#### GENTE AMERICANA



# Guaraníes

su vida y sus mitos



#### GENTE AMERICANA



# Guaraníes

INVESTIGACION Y TEXTO MARÍA DE HOYOS

ILUSTRACIONES ALDO CHIAPPE



Conocieron -como pocos- los secretos de la selva: la hoja que cura, el veneno que mata, el panal escondido, el pez que se mueve bajo el agua barrosa, el animal que sirve para alimentarse... Supieron cultivar la tierra sin estropearla. Viajaron sin perderse por un gigantesco laberinto de árboles y ríos.

Fueron grandes, temibles guerreros.

Y también buscaron la perfección del alma y creyeron que -con fe y sacrificios- se podía llegar a la Tierra Sin Mal, ofrecida por un dios cuyas primeras creaciones habían sido el lenguaje humano y el amor a los demás.

Fueron -son- los guaraníes.



Rumbo al sur	6
Vivir en la selva	8
Cultivar en la selva	10
Tekoa, la aldea guaraní	13
Cada uno a lo suyo	1
Magia, medicina y profecías	18
Las Misiones Jesuíticas	22
El arte en las Misiones	24
Ava, los hombres	26
Los mbyá	28
MITOLOGÍA GUARANÍ - E 1 Génesis	30
Las leyendas indígenas y mitológicas	56
La leyenda de Karãu	56
La leyenda de Pombéro	59
La leyenda del Ñanduti	61
La leyenda del Urutau	64
La leyenda del guavira	66
La leyenda del Jaguaru	68
La leyenda del Irupé	70
La leyenda del jurunda	72
La leyenda del muembe	73
La leyenda del sapo	74
La leyenda de Ypakarai	75
La leyenda de Suinana	76
La leyenda de Sa Guasu	
La leyenda de Manaka	80
La leyenda de Mua Mua	82
La leyenda del avati	83
La leyenda del Kaure'i	

La leyenda de Ka'i	86
La leyenda del chahã	87
La leyenda de la Mandio	88
La leyenda del mainumby	90
La leyenda de la Virgen de Ka'akupe	91
La leyenda de Ka'a	92
La leyenda de Laguna Sirena	94
La leyenda de Ka'aguy Póra	95
La leyenda de Mbaeveraguasu	97
La leyenda de Perurima	99
El Museo Mitológico de Capiatá	101
Sitios geográficos de los mitos y leyendas del Paraguay.	103
Introducción	103
Yaguarón	103
Atyrá	107
Tobatí / Caacupé	109
Caazapá	111
Carapeguá	112
Villarrica	112
Itacurubí de la Cordillera	113
Asunción	115
Concepción	115
Areguá	116
El lago Ypacarai	117
Herencia guaraní	118
Para estudiar a los guaraníes	120
Gente que se ocupa de los guaraníes	122

### Rumbo al sur

La leyenda y la arqueología coinciden acerca de los antepasados de los guaraníes.

Una antigua leyenda nos cuenta la vida de Tupí y Guaraní, dos hermanos gemelos que -enemistados por culpa de las continuas peleas entre sus mu-jeres- debieron separarse. Tupí, entonces, se dirigió hacia el norte, mientras que Guaraní se iba hacia el sur.

Por su parte, los arqueólogos hablan de los Tupí-Guaraníes, dos pueblos unidos por el mismo idioma y las mismas costumbres.

Y ubican en el Mato Grosso el lugar donde se separaron, hace al menos unos 1.600 años. Los numerosos descendientes de estos míticos hermanos o -dicho de otra forma- de estos dos pueblos emparentados, penetraron en la selva y, lentamente y en sucesivas etapas, se fueron dispersando.

Las vasijas guaraníes más típicas estaban decoradas con impresiones de dedos y uñas, hechas antes de la cocción.

Los guaraníes se desplazaron hacia el sur, empleando canoas y balsas para viajar por los ríos; algunos grupos se establecieron en las costas atlánticas y en sus islas; otros prefirieron ubicarse tierra adentro, en las márgenes de lagunas o arroyos. Allí levantaban sus aldeas y practicaban la agricultura. Pero, como en pocos años sus campos de cultivo perdían fertilidad, los guaraníes debían tomar sus pertenencias y mudarse en busca de mejores tierras y también de mejores cotos de caza y pesca.

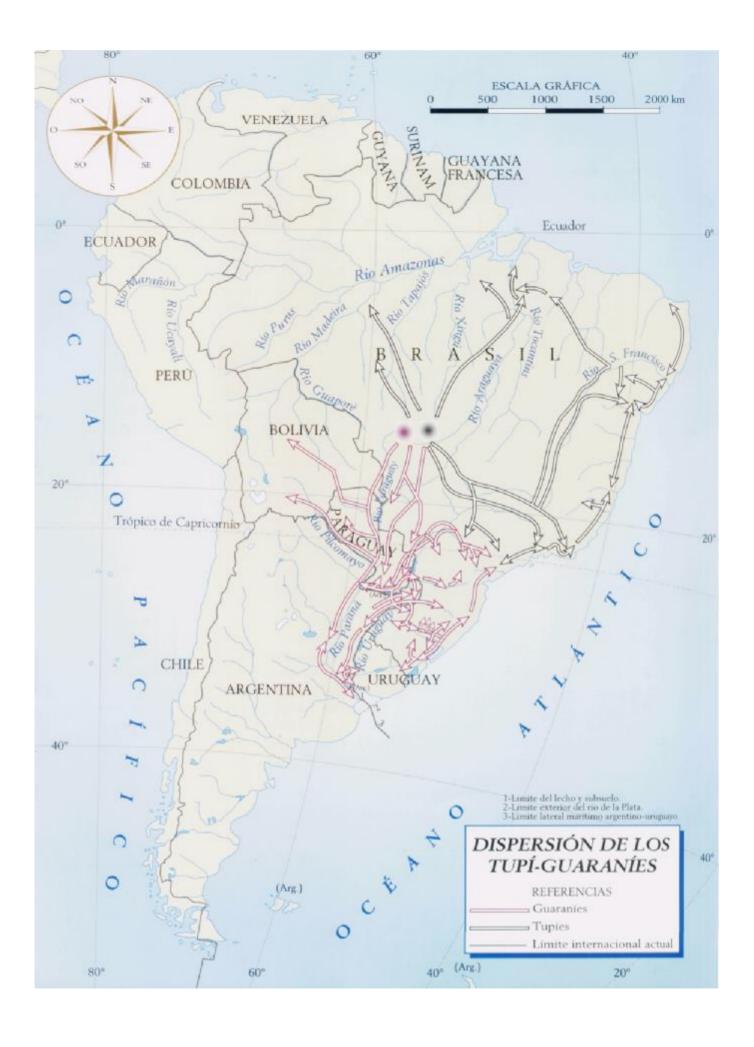
La ocupación de nuevos territorios no siempre fue pacifica. A veces, encontraron tribus locales muy fuertes, que les impedían avanzar, y debieron torcer el rumbo. Otras veces, en cambio, conquistaron violentamente y *guaranizaron* a los vencidos, imponiéndoles su idioma, casándose con las mujeres cautivas e integrando al pueblo guaraní a los hijos que tenían con ellas. Cuando los conquistadores llegaron a Sudamérica en el siglo

Mujer tupí-guaraní del siglo XVII (ilustración del holandés Albert XVI, los guaraníes ocupaban un territorio discontinuo en torno a los ríos Paraná, Paraguay, Uruguay e Iguazú y a sus numerosos afluentes. De ese modo, llegaban por el este hasta la costa atlántica y por el sur hasta las islas del Delta del Paraná y la isla Martín García. I lacia el oeste, un grupo se había desprendido para instalarse en el Chaco occidental, en contacto con los pueblos andinos: eran los *ava* o



chiriguanos. En toda esta amplia área, la lengua guaraní servia como idioma de intercambio y contacto; entre otros pueblos aborígenes vecinos, casi nunca faltaba alguien que la hablara.

El mapa indica la separación de los tupí-guaraníes y los desplazamientos de sus distintos grupos desde el siglo IV hasta el XVI, cuando llegaron los europeos. Algunos investigadores estiman que, en ese momento, había un millón v medio de personas de origen guaraní.



### Vivir en la selva

Ese lugar, tan rico en recursos como en peligros, fue el hogar de los guaraníes.



No siempre era fácil navegar por los nos de la región. que suelen tener traicioneros rápidos y saltos de agua. Sin embargo, en algunas zonar esa fue la vía de comunicación mas práctica para este pueblo.



La cerrada vegetación, las lluvias persistentes, los jaguares al acecho, las víboras venenosas y una multitud de insectos complicaron la vida de imperios tan poderosos como el inca, el español y el portugués, cuya gente encontraba enormes dificultades para circular por la selva sudamericana. Sin embargo, allí los guaraníes se movieron muy cómodamente, porque conocían a fondo los secretos y los misterios de plantas y animales.

De la enorme variedad de árboles de esta región, los guaraníes seleccionaban las mejores maderas para construir sus aldeas, sus armas, sus morteros para moler harina y sus banqui-tos para sentarse. Aprendieron a distinguir las plantas nocivas de las que ofrecían partes co mestibles (como las guayabas y los palmitos) y descubrieron hojas, frutos y raices que ser vian para curar enfermedades y pintarse el cuerpo. Encontraron buenas libras vegetales pa ra hacer sus cestas. Emplearon calaba/as de diferentes tamaños como recipientes para tomar mate, para guardar agua y hasta para hacer maracas.



Con calabazas se hacían sonajeros, cucharones y recipientes, a veces decorados por grabados hechos con fuego.



De la selva salía gran parte de los materiales usados en el adorno corporal: plumas, huesos y dientes de animales, semillas, etc., como los que componen este collar.

ci l para viajar, los guaraníes idearon la manera de despegar la corteza intacta de los cedros y fabricar con ella largas canoas, donde entraban unas veinticinco personas, También supieron aprovechar la gran cantidad de enormes manguruyús, bagres, surubies, dorados, sábalos, pejerreyes y otros peces que poblaban los ríos, y los convirtieron en buena parte de su comida habitual. Las espinas de la manta-raya les servían para hacerse tatuajes, y transformaron en buenos cuchillos las mandíbulas -llenas de filosos dientes- de las pirañas.

Como en la selva cerrada los ríos oran la ruta más fá-

De la selva también venia la carne de animales como el pécari (cerdo salvaje), el tapir, el carpincho, el agutí y otros roedores, y también platos especiales como boas, colas de yacarés y hasta unas larvas gigantes de mariposa y escarabajo, que comían fritas. Para obtener miel, sólo tenían que atrapar una abeja silvestre y soltarla, dejando que los guiara hasta el panal. Como el clima era cálido, muchos guaraníes no usaban ropa o la limitaban a simples taparrabos. Pero se untaban la piel con la fruta del *urucú* para protegerse del sol y de los insectos, v se cubrían el cuerpo con pinturas, tatuajes y adornos de plumas.

Aunque los alimentos vegetales de los guaraníes eran principalmente agrícolas, también aprovechaban partes comestibles de casi ochenta plantas silvestres; entre ellas, los palmitos o cogollos de palmas como las que vemos en la fotografía.

Entre noviembre y diciembre abundaba la miel producida por una docena de especies de avispas y abejas silvestres.





### Cultivar en la selva

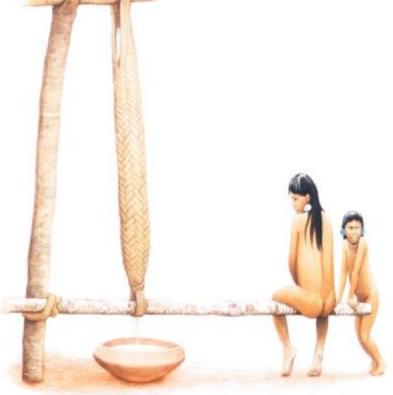
Los guaraníes tenían un sistema de cultivo bien adaptado a la región, pero les exigía frecuentes mudanzas.



Sus campos de cultivo estaban en el interior de la selva, a resguardo de los vientos. El terreno elegido, antes que nada, tenia que limpiarse; los antiguos guaraníes despejaban la vegetación con precarias hachas de piedra, con las que derribaban árboles de más de 35 m de altura y 90 cm de diámetro. Finalizado este duro trabajo, esperaban dos o tres meses, hasta que la vegetación cortada se secaba, y entonces la quemaban.

Después de las primeras lluvias, el jefe del grupo convocaba a la población para que, en un ambiente de fiesta, todos juntos realizaran las tareas de siembra. Entre los tocones de los árboles cortados y las cenizas -que servían como fertilizante-, hacían agujeros con un palo y plantaban, principalmente, maíz y mandioca amarga. También cultivaban mandiocas dulces, batatas, zapallos, maníes, porotos, ajíes, ananás, tabaco, algodón y algunas hierbas medicinales. Este sistema de cultivo -utilizado por muchos pueblos selváticos- es conocido como *roza* v *quema*, y aunque parezca primitivo, es muy eficaz y permite

n las tareas, porque algunas de esas plantas le consumirlas. Había que tostar el maní y ue ambos son tóxicos en estado natural.





Para sacarle el veneno a la mandioca amarga, la rallaban, la exprimían en prensas de hojas de palma(como la del dibujo) y la tostaban. **Resultado:** una harina muy nutritiva.

Cedazo para cernir harina de mandioca y de maíz (diámetro original: 40 cm).

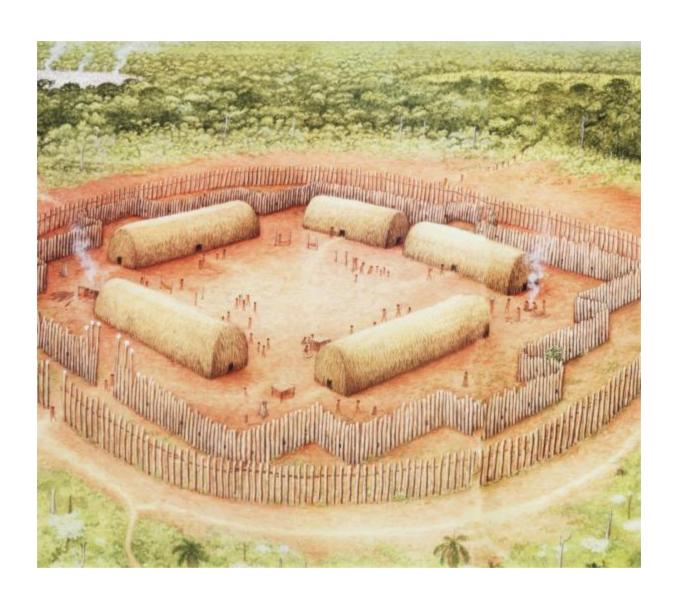
Con esta ultima se hacía una harina que se cocinaba en forma de tortilla o pan, igual que la harina de maíz. Los choclos se comían asados, y los granos de una variedad de maíz se consumían como *pororó* (pochoclo o palomitas de maíz). Mandiocas dulces y batatas se comían asadas, hervidas o en guisos con zapallo, porotos, carnes y pescados. Como bebida alcohólica preparaban una especie de chicha, el *pire i*, elaborada con maíz fermentado, agua y miel.

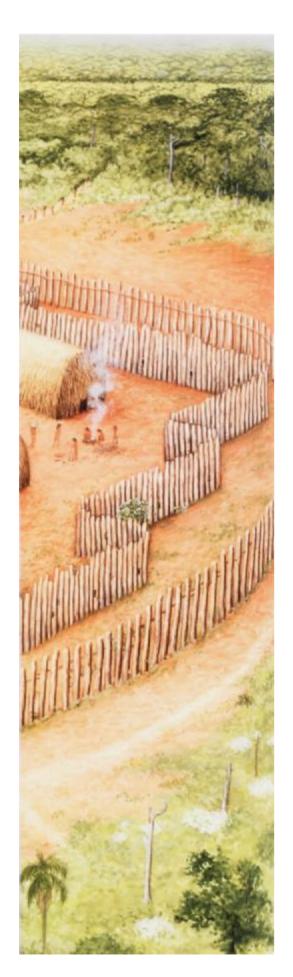




Los campos de cultivo duraban no más de cinco o seis años, porque la lluvia arrastraba la capa fértil del suelo y -sin abonos- este dejaba de ser productivo. Cuando la tierra "se cansaba", los guaraníes abandona ban la parcela y abrían otra; de ese modo los terrenos de cultivo quedaban cada vez, mas lejos de la aldea y se hacía difícil protegerlos contra las aves, las hormi gas y los saqueos de otros aborígenes. Era, entonces, el momento de partir. Dejaban atrás casas y aldea, y se mudaban a otra zona que tuviera buenas tierras.

Extremo de una pala de madera usada en la agricultura (grupo ava).





## Tekoa,

# la aldea guaraní

Era el centro de organización de la vida política.



Ubicada siempre cerca de un curso de agua, cada al dea tenía espacios propios y bien definidos para cazar, pescar y cultivar, y nadie de otro grupo podía atravesarlos sin autorización.

Las *tekoas* o aldeas eran verdaderas fortalezas rodeadas por empalizadas dobles y, a veces, fosos disimulados, con el interior erizado de estacas afiladas. Protegidas por estas defensas, se levantaban entre cuatro y ocho casas comunales o *malocas*, distribuidas alrededor de una amplia plaza donde transcurrían la vida social y las ceremonias.

La *maloca*, de unos cincuenta metros de largo, tenía armazón de troncos y estaba techada con ramas y hojas de palmera. Podía albergar hasta doscientas personas pertenecientes a varias familias emparentadas entre sí, que formaban un mismo linaje o *tevy*.

Las aldeas solían concentrar hasta mil personas y su cacique se denominaba tuvichá. Para ganarse el derecho de representar a toda la tekoa, el tuvichá debía reunir tres condiciones: ser el mas valiente, el mas generoso y el mejor orador de la comunidad. Las guerras no sólo le daban prestigio sino el derecho a obtener mujeres cautivas como botín. Como además el jete solía casarse con varias esposas, podía entonces llegar a tener quince, veinte o más mujeres y muchos hijos.

De este modo, disponía del apoyo de numerosos parientes políticos, que lo ayudaban a trabajar más parcelas de tierra y lograr mas cosechas. Gracias a eso, podía demostrar su generosidad con quien lo necesitara en su *tekoa*, y también destacarse en las tiestas, donde podía ofrecer abundantes bebidas (preparadas por sus muchas esposas) y gran cantidad de carne (cazada por sus muchos cuñados).

Por otro lado, el *tuvichá* debía ser buen orador, ya que no daba órdenes a su pueblo sino que debía convencerlo. Y si algún linaje estaba descontento, podía abandonar la *tekoa*, unirse a otra aldea o fundar una nueva. Algunos *tuvichás* se transformaron en líderes de regiones enteras y organizaban ciertas actividades en común con otras aldeas, como expediciones guerreras, largas migraciones y celebraciones rituales.

En la entrada de la aldea, postes adornados con cráneos de enemigos recordaban el coraje de los guerreros. Atrás, a la izquierda, el desmonte de un campo.

# Cada uno a lo suyo

Las tareas estaban claramente divididas por sexos.



Las mujeres cocinaban, tejían, hacían las cestas y las vasijas de cerámica, cuidaban a los niños, sembraban, atendían los cultivos y cosechaban. Los hombres cazaban, pescaban y se encargaban de las tareas más pesadas: desmontar para abrir campos de cultivo, hacer canoas y construir casas.

Todas estas actividades requerían conocimientos y habilidades especiales. Lilas hacían alarde de su arte para hilar fibras de algodón y tejer hamacas y telas, o para entrelazar tiritas de cortezas para hacer canastos donde guardar las cosechas, mochilas, enormes cestos-cargueros usados durante los viajes, estuches para flechas o plumas, cernidores para tamizar harinas, bandejas y abanicos.



Como hacían sus antepasados, esta artesana actual de Pozo Azul (provincia de Misiones, Argentina) entreteje tiras de corteza de diferentes colores para fabricar y adornar canastos.

A la derecha, un gran cesto para llevar cargas sobre la espalda, calzando la manija en la frente.

Por su parte, los varones se lucían con gran variedad de técnicas para pescar. Atrapaban ciertos peces por medio de redes o anzuelos de madera con cebos de trozos de carne de pajarito. En los arroyos angostos construían diquecitos con tierra, piedras y ramas para estancar el agua, y luego la envenenaban. O dejaban pequeñas aberturas en los diques y en ellas colocaban canastos acostados donde los peces quedaban atrapados al seguir la corriente. Los peces más grandes eran *cazados* con arco y unas Hechas especiales, de punta arponada.



Un huso para hilar algodón (grupo ava).

Todos los hombres eran hábiles pescadores, pero sólo les daba prestigio ser buenos cazadores, porque eso exigía valentía para enfrentar a los grandes animales, agudeza para rastrear, resistencia física y destreza con el arco. Canciones especiales recordaban las ha/añas de quienes habían enfrentado y vencido a un yaguareté o jaguar.

Para cazar ciervos, pecaríes, osos hormigueros, coatíes, tucanes y otros animales, ademas de emplear el arco y una variedad de flechas, los guaraníes preparaban complicadas trampas donde la presa caía en una fosa, quedaba colgada de un lazo o era aplastada por un tronco.

Las flechas eran de caña, con distintos tipos de punta de madera: A y B, arponadas, para pescar; C, para cazar aves; D, para atrapar animales grandes.

El veneno de ciertas plantas permitía matar a los peces sin hacer tóxica su carne. En pocos minutos se podían recoger los pescados con la mano.





# Guerreros y caníbales

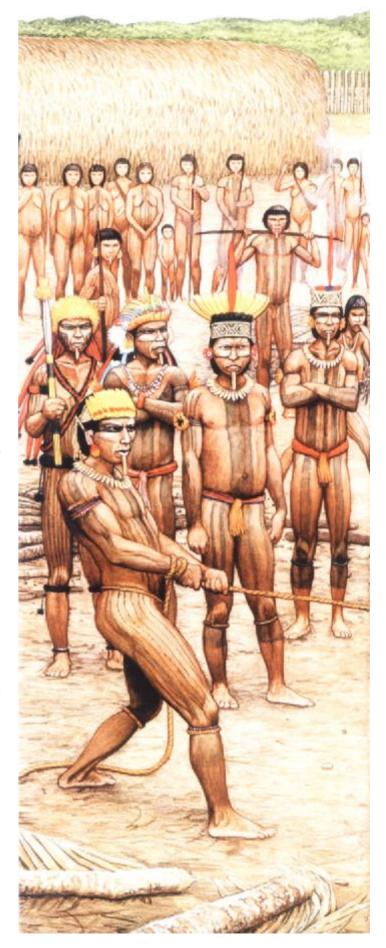
Un espíritu belicoso marcaba la vida de este pueblo.

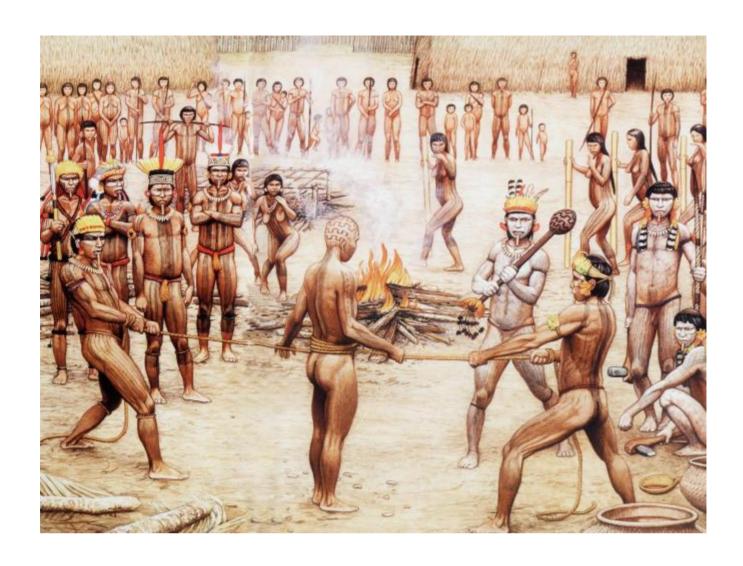
Los antiguos guaraníes se entrenaban desde niños en el uso del arco y la maza o *macana*. El guerrero valiente conseguía gran prestigio, y muchos cantos lo recordaban como héroe.

Podía haber varios motivos de conflicto con gente de otra tekoa o con no guaraníes: el uso de lugares de caza o pesca, la defensa de la aldea, la ocupación de un nuevo territorio, vengar agravios (como el rapto de una mujer, el robo de cosechas, la muerte de un pariente), o la sospecha de que algún daño (una enfermedad, un accidente) era culpa del curandero de un grupo rival. Ciertos prisioneros de guerra recibían trato especial: eran generosamente alimentados, tenían derecho a una mujer y a honores de guerrero. Después de meses de confortable cautiverio y cuando el hombre estaba en su plenitud tísica y anímica, llegaba el día de su ejecución. Una multitud se reunía en la plaza, tomaba bebidas alcohólicas, cantaba, bailaba, y -mientras el prisionero era sostenido por una soga atada a la cintura- se burlaba de él y lo insultaba.

Por fin, un guerrero lo mataba de un mazazo en la cabeza. Esta muerte traía prestigio para el verdugo y para la víctima. El primero llevaba desde entonces un tatuaje especial en la espalda y podía usar el nombre del prisionero; por su parte, si la víctima se había comportado dignamente, su linaje lo recordaría como a un valiente y buscaría venganza. Después, el cuerpo se troceaba y se cocinaba. Todo el mundo debía probar su carne, hasta los niños. De esa manera buscaban incorporar la tuerza, el coraje y el poder del enemigo a sus propias energías. Asi acabó Juan Díaz de Solís, el primer europeo que vio el Río de la Plata.

Cubierto de ceniza, el ejecutor se acerca a la víctima, un guerrero enemigo al que se le ha afeitado y pintado la cabeza.





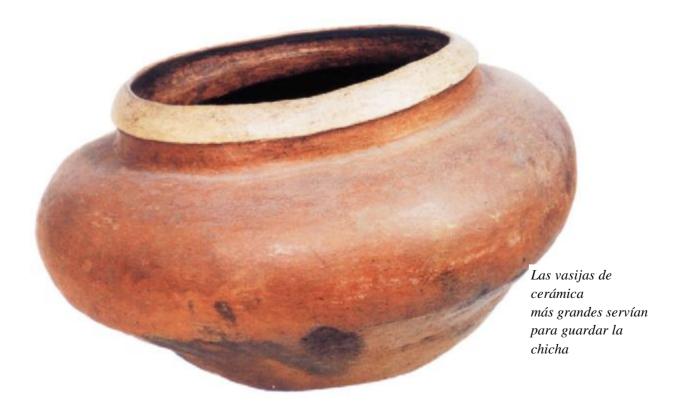
# Magia, medicina y profecías

Como no encontraron templos ni imágenes de dioses, los españoles creyeron que los guaraníes no tenían religión.



No habían reparado en unos personajes muy particulares, a quienes la gente respetaba y reverenciaba. Eran los *paí*, *payés* o chamanes, es decir los mediadores entre el mundo sobrenatural y el de los hombres comunes. Habían recibido dones especiales y eran los únicos capaces de adivinar el futuro, curar o causar enfermedades y, empleando su fuerza mágica, dominar la lluvia, hacer crecer los frutos más rápidamente y ayudar a los guerreros para vencer a sus enemigos.

Los *payés* adquirían conocimiento por medio de sueños. Antes de entrar en trance y quedar como dormidos, rezaban y esperaban que, en el sueño, sus espiritus auxiliares les revelaran cómo curar una enferme dad, dónde encontrar tierras mas fértiles y mejores lugares de caza, quién era el autor de un maleficio, etc. Conocían una asombrosa variedad de remedios obte nidos de animales y plantas y, ademas, sabían conjuros para alejar a los *añás*, perversos espíritus de la selva, dedicados a hacer fracasar cualquier tarea humana.



En las ceremonias, los guaraníes usaban adornos de plumas en los brazos, en los tobillos y en la cabeza (como esta diadema). A veces, las plumas se pegaban directamente al cuerpo.





Pipa de cerámica, con tubo de caña. El humo del tabaco tenía muchos usos ceremoniales y medicinales.

A veces, un *payé* adquiría tanto prestigio y autoridad que era apreciado en toda una zona y tenía el privilegio de transitar libremente entre comunidades en conflicto. Recibía el nombre de *karaí* -que significa "sabio"- y le atribuían el poder de dominar a la naturaleza, de convertir a la gente en animales y de transformarse él mismo en jaguar. Considerado como una especie de proteta, iba de aldea en aldea y, cada vez que se anunciaba su llegada, todos salían a recibirlo cantando y bailando. Dirigía las grandes ceremonias y fascinaba a la gente con sus discursos.

#### DOS ALMAS

Dos almas tenían los guaraníes: una divina y otra animal. La primera era la verdadera, la que sobreviviría a la muerte; la segunda determinaba el temperamento: si al nacer un individuo recibía un alma jaguar, sería violento; si el alma era de mono, sería inquieto y bromista, y si procedía de la mariposa o el colibrí, sería bondadoso y tranquilo.

Este adorno en forma de T (la linea punteada reproduce un trozo faltante) se insertaba bajo el labio inferior de los muchachos que llegaban a la adolescencia (los brazos de la T quedaban dentro de la boca y evitaban que cayera). Era signo de virilidad.



Para perfeccionar sus dones, los *karaís* se imponían una vida austera: vivían en soledad, rezaban, hacían penitencias y ayunos. Durante la Conquista española, estos protetas unieron su condición de chamanes con la de líderes políticos y encabezaron la resistencia contra los invasores.

Una mujer toca la mimby retá, especie de flauta de Pan, formada por cuatro tubos sueltos.





# La Tierra Sin Mal

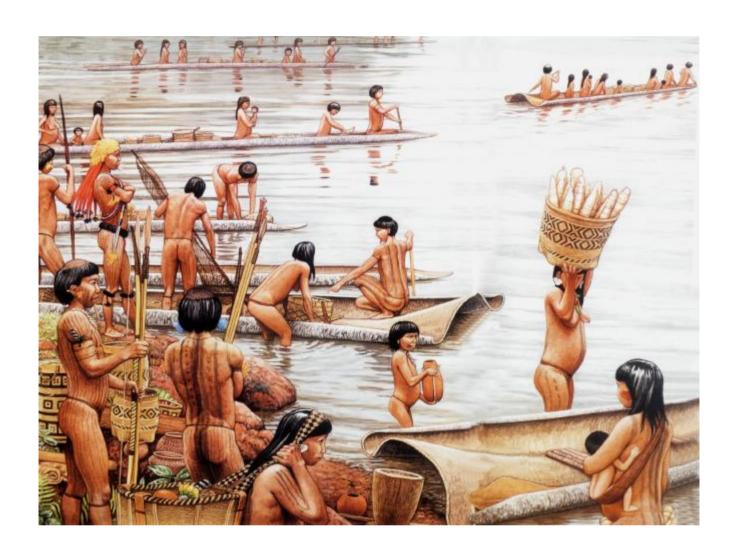
La búsqueda de un paraíso terrenal provocó largos viajes.



Los guaraníes creían en una *Tierra* Sin Mal, especie de paraíso terrenal adonde se podía entrar sin morir.

"Allí los cultivos crecen solos de cían-, la miel y la carne son abundan tes, no hay enfermedades ni muerte, y todos vi v e n con felicidad." Cada tanto, algún karaí afirmaba haber recibido en sueños la revelación de donde se ubicaba ese ansiado lugar y cómo llegar hasta él. Con sus discursos elocuentes, aren gaba a todos para que abandonaran aldeas y cultivos, y si guieran el camino que le había sido indicado. Muchos de estos éxodos eran penosos y trágicos. Los peregrinos de bían avanzar por zonas boscosas y ríos desconocidos, rodear saltos de agua, improvisar puentes con troncos y lianas, enfrentar a grupos enemigos y padecer enfermedades. Para llegar a la Tierra Sin Mal era necesario tener per-severancia, coraje y fuerza espiritual. Esta última se reno vaba cada noche, cuando el karaí presidía danzas especiales vinculadas con los mitos y con la esperanza de una nueva tierra. La música, los cantos religiosos, las oraciones y los bailes buscaban aligerar los cuerpos y liberar a los hombres de sus imperfecciones, elevándolos y facilitándoles el camino. Ante un fracaso, volvían a partir con nuevo rumbo, siempre dirigidos por su protota. Españoles y portugueses trajeron nuevos males a la tierra guaraní, Y dieron mayor impulso a la búsqueda de la Tierra Sin Mal, fuera del alcance de los conquistadores. La historia más dramática fue la de un grupo de doce mil tupí-guaraníes, quienes en 1539 partieron desde la costa de Pernambuco, en Brasil; diez años mas tarde, trescien tos sobrevivientes llegaron a los Andes peruanos, dos pues de atrayesar todo el Amazonas.

Bajo supervisión de un karaí (en la orilla, con gorro de plumas), un grupo inicia la migración a la Tierra Sin Mal.



### Las Misiones Jesuíticas

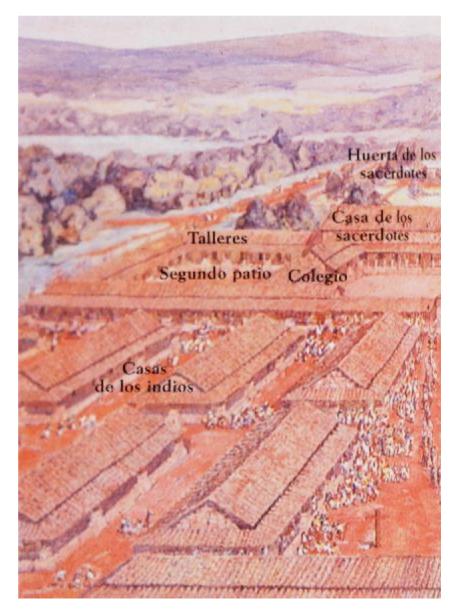
Durante más de ciento cincuenta años, miles de guaraníes participaron en una notable experiencia dirigida por sacerdotes de la Compañía de Jesús.

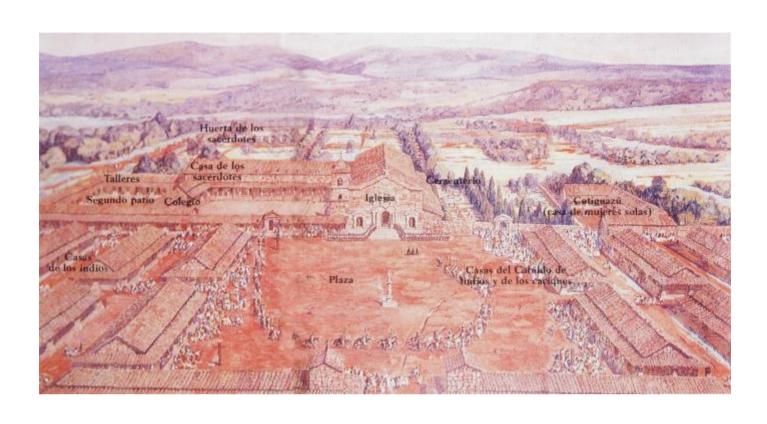
A principios del siglo XVII, la población guaraní había disminuido a la mitad, luego de cincuenta años de sufrir enfermedades llegadas con los conquistadores europeos, malos tratos a manos de los encomenderos españoles y muertes en las guerras de resistencia. Además, las *tekoas* eran asoladas por los temidos *bandeirantes*, cazadores de esclavos llegados desde San Pablo (Brasil). Por eso, muchos grupos huyeron hacia zonas inaccesibles y otros se alejaron en busca de la *Tierra Sin Mal*. Pero, a pesar de la prédica de los *payés*, otros muchos aceptaron incorporarse a los pueblos que los religiosos jesuitas querían organizar con los aborígenes -principalmente guaraníes- para convertirlos al cristianismo y enseñarles las costumbres europeas. Estas *Misiones* se instalaron en la selva y sus alrededores, y se mantenían con la agricultura, con el ganado que allí se criaba y las vacas salvajes atrapadas durante las expediciones llamadas *vaquerías*.

Ruinas de la Misión de Loreto (provincia de Misiones).



El cuadro de Léonie Mathis reconstruye una escena en la Misión de San Ignacio Miní. La antigua comunidad de la tekoa desapareció: en una misma Misión miles deaborígenes procedentes de distintas aldeas e, inclusive, muchos que no eran guaraníes. Los caciques mantenían funciones organizativas gracias al Cabildo, pero los jesuitas dirigían la Misión. Payés y karaís no tenían cabida.





### El arte en las Misiones

En honor a Tupá, nombre que los guaraníes daban al Dios cristiano, se desarrolló un arte único.



Los jesuitas supieron aprovechar la habilidad artística de los indígenas. En las Misiones surgieron carpinteros, ebanistas, herreros, pintores, escultores y plateros que construyeron graneles templos y tallaron ángeles y flores en sus trentes, paredes, pilas bautismales y púlpitos. Muros y altares lucían cruces, pinturas e imágenes de santos talladas en madera.

La predisposición guaraní para la música y el baile fue encaminada hacia la formación de coros y conjuntos musicales. El de Yapeyú tenía tanto renombre, que lo invitaban a las tiestas religiosas de ciudades como Buenos Aires y Asunción. Los músicos aborígenes tocaban arpas, violines, raveles, clarines, clavicordios y hasta un órgano, todos hechos con maderas del lugar. Cada pueblo tenía su biblioteca. La más grande estaba en Candelaria donde vivían los superiores locales de la orden de los jesuitas- y acumulaba 4.725 volúmenes. En la misión de Loreto decidieron imprimir sus propios libros y así nació la primera imprenta de la Argentina, que editó diccionarios y textos religiosos y de medicina, en latín y en guaraní.

El espíritu guerrero también fue encauzado: para enfrentar a los ataques de los *bandeirantes* paulistas que buscaban esclavos, los jesuitas crearon compañías de infantería y caballería guaraní, con los *tuvichás* como oficiales. Usaban arcabuces y flechas, y recibían entrenamiento diario. Las autoridades coloniales pi dieron su auxilio varias veces y, aun después de la expulsión de los jesuitas en 1768, estas milicias contu vieron los avances portugueses, cuidaron las costas contra los corsarios, enfrentaron a indios rebeldes v participaron en las guerras de la Independencia. En 1815, el célebre Andresito Guacurarí fue nombrado Comandante de Misiones por José Artigas, y con un ejército de *tapes* (guaraníes) derroto a los portugue ses que invadían la Banda Oriental.



Una imagen de Cristo con rasgos mestizos (siglo XVII).

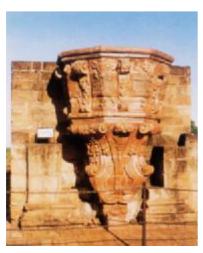


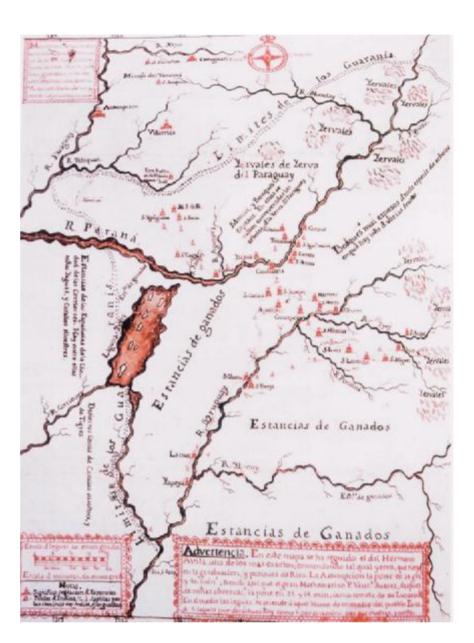
Ruinas de las antiguas misiones de Sao Miguel (Brasil) y Trinidad (Paraguay). Piedras y ladrillos resistieron años de abandono, cuando no fueron saqueados para hacer otras construcciones.





Dos ejemplos del asombroso trabajo en piedra hecho por los guaraníes: friso (arriba) y pulpito (abajo) de la Misión de Trinidad.





Entre 1631 y 1768, año en que los jesuitas fueron expulsados por la Corona española, unos pocos sacerdotes y más de 100.000 indígenas establecieron treinta pueblos en la región donde hoy se encuentra el límite entre la Argentina, Brasil y Paraguay, que aquí reproduce un antiguo mapa jesuita de mediados del siglo XVIII. La expulsión de los jesuitas se debió a una combinación de celos por sus logros y de intereses económicos en la región que ellos controlaban. Otros sacerdotes y administradores laicos condujeron las Misiones, pero éstas decayeron económicamente y sus habitantes se dispersaron, cansados de abusos.

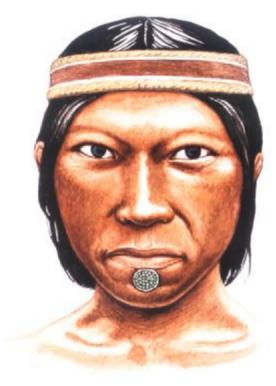
## Ava, los hombres

En el Chaco boliviano y en la provincia argentina de Salta viven tribus de origen guaraní con una historia muy particular.



Poco antes de que llegaran los españoles, algunos grupos guaraníes conocidos como *ava* ("los hombres") partieron del Paraguay en busca de la *Tierra Sin Mal.* Atraídos por los relatos de otros pueblos, pensaron que ese lugar era el país del *Candiré*, donde se hacían llamativas placas de metal; en otras palabras, los territorios del Imperio Inca.

Luego de una difícil travesía, llegaron al pie de la cordillera de los Andes, donde se establecieron. Para esto debieron someter a los indígenas chañes, dueños de aquellas tierras, quienes fueron **reducidos** a *tapií*, es decir siervos que debían dar tributo y servicios a los *ava*. Estos impusieron su idioma, se casaron con mujeres chañes y los hijos que tuvieron con ellas también fueron educados como *kerembas* o guerreros guaraníes. Se convirtieron entonces en una pesadilla para los incas, obligados a construir una línea de fortalezas que protegiera sus fronteras. Y fueron justamente los incas quienes les pusieron el apodo despectivo de *chiriguano* (en lengua quechua, "excremento frío", en alusión a cómo sufrían el frio cordillerano estos hombres de la selva).





Los hombres ava-chiriguanos adquirieron una nueva imagen: vistieron camisas sin mangas, cambiaron de peinado y modificaron su tembetá o adorno labial masculino, que pasó a ser redondo, de metal y con incrustaciones de turquesas o cuentas de vidrio, como en estos ejemplares.



Dos serere o silbatos de madera, usados para señales durante la guerra y la caza.



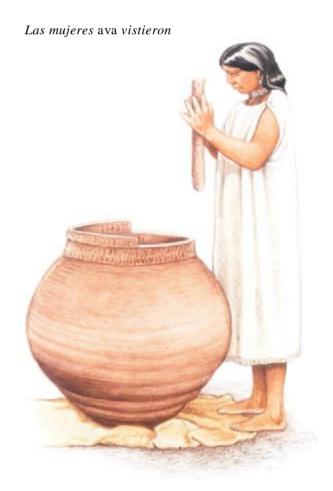


Las vasijas ava tenían asas y eran pintadas, con fondo claro y dibujos de volutas.

Los ava -conocidos por los españoles como "los temibles chiriguanos"- adquirieron identidad propia, adaptándose al nuevo ambiente y asimilando costumbres, tanto de los pueblos andinos como de los chanés. Ya en el siglo XVI se convirtieron en buenos jinetes y así multiplicaron su habilidad guerrera. Sus aldeas no sobrepasaban las quinientas personas, pero estaban muy cercanas unas de otras. Tenían malocas más pequeñas y dispuestas en un círculo, que dejaba en su centro la casa del tuvichá y el lugar donde se hacían las ceremonias.

Los españoles nunca lograron conquistar a los *ava* y los misioneros fracasaron con ellos, debido a la naturaleza indómita y rebelde de estos guaraníes, y a la influencia de sus *payés*.

Pero en el siglo XIX, lo que no habían logrado los soldados, lo consiguieron los hacendados, que fueron limitándoles sus lugares de caza y pesca e invadiendo los sembrados indígenas con sus vacas, hasta que este pueblo perdió su poderío.

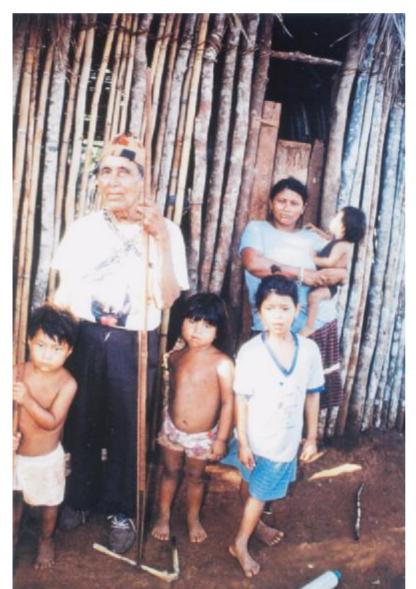


# Los mbyá

Unos tres mil guaraníes viven actualmente en lo que resta de selva en la provincia de Misiones. Tienen parientes en zonas limítrofes del Brasil y el Paraguay.



Sus antepasados llegaron al territorio argentino a fines del siglo XIX, desplazados por los colonos paraguayos, que poco a poco fueron ocupando sus tierras. Junto a los *chiripá* y a los *paí-kaiová* del este del Paraguay y del sur brasilero, los *mbyá* pertenecen al grupo de los indómitos *cainguá* o "monteses", aquellos guaraníes que -refugiados en lo profundo de la selva- se mantuvieron lejos del sometimiento de los conquistadores y de la evangelización de los jesuitas.



El pai Antonio Martínez (con gorro ceremonial) y su familia, en la localidad de Km 4 (Misiones). Se hizo famoso inclusive entre criollos de la zona.

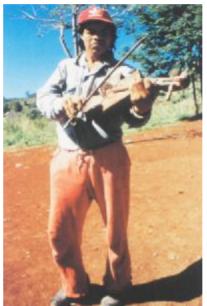
Una típica artesanía mbyá actual: ocelote de madera pirograbada.





Una muchacha, con pintura ritual en las mejillas, a punto de participar en una ceremonia.





Chicos mbyá de Colonia Fracrán, Misiones. La discriminación suele afectar a los **aborígenes.** En 1997, por ejemplo, gente de esta **localidad** no pudo participar en un campeonato de **fútbol** zonal.

Uno de los últimos ejecutantes de ravé (rabel). Curiosamente, este instrumento traído por los jesuitas fue popular entre los mbyá, que no vivieron en las Misiones.

Los mbyá son quienes conservaron más elementos de la cultura tradicional, en especial el idioma guaraní, que hablan en un dialecto muy antiguo. Hoy están arrinconados en tierras privadas o fiscales, en constante peligro de desalojo. Sus aldeas son pequeñas, y las antiguas malocas fueron reemplazadas por simples casas para cada familia. Siguen trabajando la tierra con el sistema de roza y quema, pero ahora usan machetes, hachas y azadas que compran en las ciudades. De ese modo cultivan las plantas tradicionales y otras traídas por los europeos, como la caña de azúcar. Cuando pueden, pescan, cazan con trampas y armas de fuego y -como sus ancestros- buscan miel silvestre y recolectan en el monte nueces, frutas, huevos y larvas. Pero las plantas comestibles, los peces y otros animales escasean debido a la destrucción de la selva y por la situación de arrinconamiento que impide a los indígenas desplazarse libremente.

Por eso, sus principales fuentes de ingresos provienen de la venta de artesanías, especialmente cestos, collares de semillas y figuras de animales talladas en madera. También se emplean como hacheros en los obrajes, y para levantar las cosechas. Como el guaraní es el primer idioma que aprenden, y muchos chicos no hablan castellano, tienen escuelas bilingües, pero no siempre se dictan clases de todos los grados.

Su situación sanitaria es normalmente mala, con abundancia de enfermedades debidas a la pobreza y agravadas por la desnutrición.

Los *payés* siguen siendo responsables de curar con yuyos, atraer las lluvias, adivinar el futuro, propiciar buenas cosechas, dirigir los cantos y danzas rituales y dar un nombre guaraní a los recién nacidos, nombre que mantienen oculto bajo otro, sacado del Santoral Católico.

### MITOLOGÍA GUARANÍ

#### El Génesis

### Capítulo 1



En el que se da noticia de la figura de Tupã y de la forma en que inicia la creación.

Iluminado por su propia luz, Tupã, en medio de las tinieblas primigenias, pensativo, busca la manera de crear la luz. Su rostro es grave, mas en su mirada un destello azabache habla del encuentro inminente con la creación.

Su cuerpo de coloso, antes reposado, comienza a tensar cada uno de sus músculos con un rayo de luz. Viste una túnica que cae, fresca, sobre su cuerpo divino al que la luz de su alma le ha otorgado el dorado color de las futuras mieses.

Tupã se levanta, atrae hacia sí lo más oscuro de esas tinieblas y condensa la esencia entre sus manos. Sus pies, levemente separados, se apoyan con firmeza en la oscuridad. Su mirada se proyecta con rectitud hacia lo que vendrá, sostenida por el firme eje de la nariz, recta y soberbia.

Tupã extiende sus manos hacia el infinito, las abre, y de ellas, el resplandor nace con la fuerza de los futuros huracanes inundándolo todo.

Tupã ha construido su morada para la eternidad. Ha creado la luz que le era propia, y ahora los astros brillan al pasar, bailan descubriendo sus encantos. Ahora, Tupã se deleita en la contemplación.

### Capítulo2



En el que Tupã descubre a Arasy y la nombra Madre de los Cielos.

De la contemplación al descubrimiento tan sólo hay un paso. Tupã observa con agrado las consecuencias de su obra y descubre, aún con más agrado, la presencia de otro ser que es gracias a su creación. Allí está, invisible y con todos sus encantos.

Tupă siente que el alma se le sale del cuerpo y va al encuentro de la maravilla que sus ojos contemplan.

Arasy levanta su mirada y es como si levantara el universo entero, y al bajarla nuevamente cae como caen las sábanas que se tienden sobre el lecho para una noche de bodas. Esa

mirada de suave pelaje ha lanzado sus dardos de la luna al sol, desde sí misma al centro de la Creación.

Arasy, envuelta en su cabellera nace a nuevas sensaciones. Es el mismo Creador el que la ha visto con su túnica aérea, sus pies de sólido nácar sosteniendo las columnas que enmarcan los finísimos escalones que conducen a las mieles de la eternidad. La ha visto y la ha elegido.

-Arasy -dice Tupã ahora- y su voz recorre en un susurro enamorado y azul todo el universo. La ha nombrado y eso es suficiente para que ella sea ahora madre del azul eterno, Madre de los Cielos.

### Capítulo3



En el que el Poeta, iluminado, ofrece su palabra en un canto de amor.

Tupã la siente dueña de sí mismo, se siente prenda y le ofrece el Reino de los Cielos.

-Reina serás en tu reino- dice Tupã, y Arasy, vestida de blanco lunar, de rodillas agradece al Creador por la luz que la alumbra.

Y esa misma Luz Precursora se monta a la voz del poeta que rige este universo para hablarnos con otra palabra de los magníficos sucesos:

–«Tupã y Arasy,

Almas gemelas,

Solos en la Luz donde antes reinaban las Tinieblas.

Hijos de la luz:

El Creador y la Madre de los Cielos.

Ella se descubre a sí misma sobre la blanca superficie lunar.

El descorre los velos del Dios que es y la desea

Tupã, Luz creadora

Arasy, Luz de la mirada, sola luz

Una dentro de la otra,

fiesta de la luz y del amor

Una dentro de la otra,

Una con otra,

Una desde la otra,

Una hacia la otra,

Una sumada a la otra,

Una proyectada en la otra: amor.»

### Capítulo4



En el que se da detalles a ciencia cierta acerca de las bodas de Tupã y Arasy y de la actitud de los Dioses de tierras lejanas.

El Poeta corre las cortinas del lecho nupcial. En medio de la Creación misma acontecen las bodas de Tupã y Arasy. Los astros, únicos testigos del compromiso eterno. Los astros se desatan de sus órbitas. Este momento de desobediencia les es permitido por única vez, pero la historia sabe que no será la última. El poeta se sube a su cisne y déjase volar por el espacio interminable. Las estrellas dejan caer sus brillantes pétalos ante el hecho que sucede. El pacto infinito ha sucedido. Tupã levanta con fuertes brazos el liviano cuerpo de Arasy y avanza a través del Universo, y es como si un jaguarete avanzara a plena luz sin que nadie pueda advertirlo. Con ese silencio, con esa osadía, Tupã y Arasy que ahora son uno avanzan

hacia su dorado lecho. Planetas lejanos se emborrachan con el desequilibrio del amor por un momento y luego vuelven a sus cauces. Meteoros errantes se detienen y sobrevuelan la fiesta olvidándose de sus recorridos inciertos. Cometas de larguísimas cabelleras trazan dibujos bellísimos en la lejana oscuridad celebrando las bodas. El universo todo se tambalea. Se escucha un galope alejándose, son los Jinetes del Apocalipsis que huyen de la Vida. El amor ahuyenta a la Muerte. La Noche se vuelve Día y el Día Júbilo sorprendido en toda su desnudez. Quetzatcoátl envía las plumas del Quetzal como ofrenda. Desde el Olimpo, Zeus ordena a sus hijos participar de las celebraciones. Mercurio, el de los pies alados, es el enviado de Júpiter, Venus bendice la unión con sus encantos. Vesta ayuda a encender el fuego de este nuevo hogar. Los Dioses todos observan la más colosal de las bodas, la más sencilla, la más ardiente. Un tigre azul guarda las puertas de la récamara rugiendo cada cierto tiempo para que se sepa que vela el dulce sueño de los Dioses, el colibrí lanzarelámpagos envía sus brillantes colores en sutiles rayos que se convierten en pequeños soles. El cabure'i desconociendo su futuro de escondrijos oscuros ofrece una dulce serenata nocturna. Pero en medio de la fiesta hay alguien que se esconde tras las sombras de los comensales del firmamento, alguien que por ahora no empaña la celebración...

### Capítulo 5



En el cual Tupã y Arasy deciden bajar a la Tierra.

A la mañana siguiente, pasada la embriaguez de la boda, Tupã y Arasy con un brillo nuevo sobre sus cuerpos contemplan el Universo azul.

-Allí está -dice Arasy señalando una esfera celeste que se mueve no lejos de los Reinos de Tupã- Esa puede ser la morada de nuestros hijos.

Tupã la atrae hacia su cuerpo blandamente y la mira con ternura.

-Bajemos a ver -responde

Allí van. Unidos en la luz, dejando a su paso una estela de perfumes azules. Satélites divinos giran alrededor de la Tierra. La perfecta anatomía de los valles y cerros de Areguá con sus llamaradas verdes los ha encandilado.

Descienden.

Ahora están en la cima del cerro.

#### Capítulo 6



Momento culminante en el cual Tupã y Arasy crean todas las cosas de la Tierra.

Tupã y Arasy se abrazan y del abrazo surgen las aguas de los mares.

Se besan y de sus besos fluyen los ríos que bañan y alimentan las selvas vírgenes.

Una mirada, y a sus pies, parte del valle encantado se llena con las aguas encantadas del lago Ypakarai, y todas las aguas de la Tierra se llenan de peces.

Se toman de las manos y, del contacto, una bandada enorme de todas las especies de aves escapa en busca de sus propios cielos.

Dan un paso hacia las aguas y de las plantas de sus pies los animales terrestres, a toda carrera, comienzan a buscar los sitios de sus moradas.

Las golondrinas buscan los lugares más altos para hacer sus nidos.

Formando una larguísima y pesada tropa, los elefantes, panteras, cebras, jirafas, leones, gorilas, rinocerontes, leopardos, búfalos, tigres, ciervos, ñus, mandriles, cocodrilos e hipopótamos trotan sobre las azules aguas del océano en busca de la sabana y las selvas africanas, lugares que apañarán sus andanzas.

Parte de la gran familia de los pumas y jaguaretes salen en busca de las grandes tierras del

norte que los asilarán entre sus montañas vigilados en su camino y desde lo alto, por la penetrante mirada de las águilas imperiales.

Los grandes cóndores prefieren seguir la trayectoria de kuarahy y avanzan hacia los picos más altos del mundo en vuelos altísimos sobre la cabeza de las llamas y los guanacos.

Los jurumi, los mborevi, los tagua, los jakare, los aguara, los ciervos de los pantanos, los karaja, los ka'i, los flamencos, las garzas, las cigüeñas, los koati, los gua'a, los mua, los guasu, los carpinchos, las nutrias, los kure ka'aguy, los ñandu, todos ellos y muchos más se sienten con un apego especial a estas tierras y saludan a los que parten con sus voces múltiples, con sus carreras y vuelos, orgullosos de sus colores...

Los osos polares, los pingüinos, las focas, las ballenas y los lobos marinos marchan al sur y al norte buscando los fríos vientos polares, seguidos de cerca por albatros y gaviotas que vuelan bajo, muy cerca de las olas en un romance eterno.

### Capítulo 7



Momento en que Tupã, insatisfecho, decide crear al hombre y a la mujer.

Tupã está satisfecho, pero mira a su alrededor y siente que aún falta algo.

Siente la necesidad de recrearse a sí mismo.

Se recoge sobre sí mismo a orillas del lago.

Entre sus manos la arcilla primigenia que se hace barro y masa con el zumo del ka'a ruvicha, con la sangre del yvyja'u, con la sensible carne de las hojas de la sensitiva, con los movimientos del cuerpo del ambu'a, con el agua del manantial que surge entre las verdes piedras.

La materia de la creación suprema ya está lista.

Tupã moldea dos figuras.

Las hace a imagen y semejanza de sí mismo y de Arasy.

La creación está a punto de completarse.

El tiempo se detiene.

Las dos figuras, hechas con esa mezcla divina están expuestas a la luz de Kuarahy, la luz de la vida. Todos los seres del planeta observan. La respiración contenida. Ni un solo aliento se escucha. El silencio es total cuando Tupã y Arasy les infunden el soplo de vida.

El hombre y la mujer han sido creados.

El uno para vivir con la otra.

La historia está por comenzar.

### Capítulo 8



En el que Tupã y Arasy dan nombre al hombre y a la mujer y brindan sus sabios consejos a la pareja primigenia.

El hombre y la mujer, recién creados se arrodillan frente a sus creadores. El Universo entero exhala el aliento contenido y comienza a girar nuevamente. Todos los animales continúan su recorrido, las olas de los mares vuelven a bañar las playas.

Tupă pone la mano sobre el hombro del hombre y le dice:

"Desde hoy, todas las cosas que fueron creadas estarán a tu servicio. Te llamarás Rupave, padre de la raza americana. Cumplirás tu misión respetando todas las cosas de la Tierra. Procrearás con la mujer que ha sido creada de la misma mezcla y que dejo a tu lado. Buscarás tu propia felicidad. Te alimentarás de las hierbas y de los animales que he puesto en este reino. Serás el conductor de este pueblo, y este pueblo será fuerte y noble. Nunca olvidarás que existen el bien y el mal. Para recordártelo siempre, he puesto en el Universo a

Angatupyry, espíritu del bien y a Tau, espíritu del mal. En el equilibrio de sus fuerzas encontrarás guía para todos los actos de la vida. La presencia de Tau te obligará al esfuerzo y de esa manera comprenderás el valor de todas las cosas. La presencia de Angatupyry compensa la maldad de Tau y su fuerza te sacará de las enfermedades y te ayudará a resolver los tantísimos problemas de la existencia".

De la misma manera, Arasy puso la mano sobre el hombro de la mujer y le dijo:

"Como has nacido a mi imagen y semejanza, te impongo por nombre Sypave, madre de la raza americana. Tendrás el privilegio de ser madre de los primeros habitantes de la Tierra. Procrearás con el hombre que ha sido creado de tu misma mezcla. Cuidarás de tus hijos y de la Tierra. Guardarás especialmente el fruto de arasa que aquí te entrego y que enriquecerá a tu reino.

Luego Tupã entregó las semillas del mbokaja a Rupave y le dio muchos y buenos consejos sobre cómo vivir en amor y pacíficamente.

Les dijo Tupã en tono grave: "Ha llegado el momento en que deberán comenzar la vida en éste que será el reino de ustedes para la eternidad. A partir de ahora deberán amarse y reproducirse indefinidamente. De la misma manera, deberán amar a los hijos que nazcan de su amor, infundiéndoles el respeto a los mayores, a la Tierra y al equilibrio de todas las cosas que en ella nacen, crecen y mueren. Cuando llegue la hora, ustedes, que llevan en su sangre la sangre de esta tierra, deberán volver a ella. De esa manera podrán volver a vivir, porque cubiertos sus cuerpos en la profundidad de la tierra las plantas se alimentarán de ellos y los animales, a su vez, de las plantas. De esa forma podrán estar en todos lados, viendo las maravillas que no hayan alcanzado a contemplar durante la vida. Cuando enfrenten a la muerte por vez primera, háganlo con calma, pues la vida continuará eternamente. Pueden tomar de la tierra cada cosa que hay en ella siempre que la necesiten. Los árboles, los frutos, las plantas todas y los animales están para servirles. Pero, si acaso destruyeran sin necesidad alguna cosa, recibirán un castigo por ello. Recuerden siempre que, quien arrebate la vida a un hermano, no podrá dormir en paz por el resto de sus días. Con el tiempo y con el esfuerzo de ustedes les descubriré los secretos con los cuales podrán labrar la tierra y hacer brotar las simientes para que el espíritu de cada uno de los integrantes del pueblo que habrán de formar, se aplaque y sosiegue. El trabajo es un buen consejero. Y disfrutarán el doble cuando los frutos de las plantas que plantaren estén maduros".

Más tarde Tupã anunció la llegada de los karaiete diciéndoles:

"Un día llegarán a estas tierras unos hombres extraños. No serán dioses de nadie. No deben dejarse engañar. Serán diferentes en el color de su piel, en sus costumbres, en su figura, en su modo de hablar. No los rechacen ni los tomen por dioses. Serán hombres que vendrán de tierras lejanas y después de su llegada muchos cambios habrá en estas tierras. Marcarán el destino futuro. Muchos vendrán a quedarse entre ustedes. Deberán respetarlos y exigirles respeto. Llegarán bogando en las aguas, en brazos del viento y ansiosos de ver la Tierra."

### Capítulo 9



En el que se cuenta de la forma en que Tupã y Arasy abandonaron la Tierra.

Dicho ésto Tupã y Arasy abandonaron la Tierra y en ese mismo momento los tajy, los jacarandá y los chivatos se cubrieron de flores; y los frutos de los naranjos, los pomelos, los mangos, las papayas y los aguacates, maduros y enormes pendieron de las ramas de sus árboles. La hierba de los prados se transformó en un manto verde, aterciopelado por deliciosas fragancias. Los sonidos de la naturaleza en un in crescendo maravilloso llenaron todos los rincones de la creación. Los peces saludaron dando saltos fuera del agua y haciendo divertidas cabriolas en el aire, para luego volver a sumergirse. Los aguara corrieron en círculos alrededor de los samu'u que florecían una y otra vez borrachos de aromas celestiales. Los koati intentaban graciosas reverencias formados en una fila interminable. Los jakare latigaban las aguas en la orilla formando abanicos que el sol transformaba en pequeños arco iris. Las anacondas se enroscaban suavemente en las ramas de los árboles prestándoles el tramado de los colores de sus pieles. Era la gran fiesta del agradecimiento

después de la gran fiesta de la cración. La luz se hizo más potente y clara y el cielo más azul en clara señal del regocijo de Tupã y Arasy.

Rupave y Sypave se miran a los ojos.

En ellos está esa luz de los cielos.

En ellos está la savia del ka'aruvicha y la esencia de la tierra.

No están solos.

El amor los ha despertado.

Rupave y Sypave se abrazan tiernamente y se entregan al amor sobre la hierba.

#### Capítulo 10



En el que se cuenta acerca de los hijos que procrearon Rupave y Sypave.

Tres hijos varones y muchas hijas mujeres fueron el fruto de aquel amor primigenio. El primero fue llamado Tume Arandu, el segundo llevó por nombre Marangatu y el último de los varones fue llamado Japeusa y se decía de él, que había nacido de pie.

Entre las muchas hijas mujeres que procrearon, cuatro se destacaron por sus bondades y fueron: Guarasyáva, incomparable nadadora; Tupinamba, mujer de una resistencia física notable, Yrãséma, a quien llamaban «murmullo de las aguas» porque poseía el don de la música y el canto; y por último Porãsy, mujer de singular belleza, la más bella entre las bellas.

### Capítulo 11



En el que se dan datos ciertos acerca del semblante y las cualidades de cada uno de los principales hijos de Rupave y Sypave.

Criados todos en los parajes de la colina de Aregua, los hijos de Rupave y Sypave vivieron su infancia en armonía y felicidad. Convivían con los animales de quienes se habían hecho amigos y de quienes aprendían los secretos de cada especie. Amaban la naturaleza que Tupã y Arasy les habían dejado en herencia y crecían físicamente tanto como en sabiduría.

Tume Arandu, el primogénito, se destacó siempre no sólo por su paciencia para descubrir y aprender los secretos de la naturaleza, sino por su calma y sus medidas palabras. Sus hermanos lo escuchaban frecuentemente cuando él se sentaba sobre alguna piedra a orillas de los arroyuelos que abundaban en la región. Entonces él hablaba despacio, como midiendo el efecto de cada una de sus palabras. Desde siempre tuvo una gran ascendencia sobre todos sus hermanos. Su contracción al estudio de las plantas —podía pasar horas observando los efectos de una hierba en los animales— no le impedía desarrollar una fortaleza física que infundía respeto en todos. A una señal de Tume Arandu sus hermanos se reunían a su alrededor para escucharlo.

Sus ojos claros y su mirada aún más traslúcida, hablan de su enorme bondad. Sí. Ocupa el espacio ahora, Marangatu, segundo de los hijos varones. De elevada estatura y delgado en su contextura física, Marangatu fue un virtuoso de la bondad. Jamás alzó la voz y siempre estuvo dispuesto a dar antes que a recibir. Frugal en el comer y austero en todas las cosas materiales, Marangatu vivió para los demás porque era la única forma de vivir para sí.

Nació de pie, al revés que todos sus hermanos. El errático destino de Japeusa lo conduciría a un final prematuro. Inquieto y vigoroso, Japeusa anduvo equivocándose frecuentemente y sin encontrar el verdadero sentido de su vida.

Por su habilidad se diría que está emparentada con los peces, por su belleza, que es una

verdadera sirena. Guarasyáva conoció cada arroyo, cada laguna, cada río, surcándolos con su ágil cuerpo de nadadora. De bella nadadora. No hubo secretos en el agua para la esbelta muchacha de larguísima cabellera negra.

Lejos de imaginarse que de su nombre nacería una raza, Tupinamba, corre y recorre los alrededores de su pueblo. Investiga. Sube a los cerros. Trepa a los árboles para husmear el horizonte con su mirada. Contempla los valles y luego va hacia ellos. Tupinamba nunca se agota. Se suma a cada cacería codo a codo con los hombres de la tribu. Toda hecha de fibras. Flexible y fuerte.

Yrãséma, en cambio, es una joven reposada. Ha encontrado en la música a su compañera ideal. La guitarra está siempre entre sus brazos. La guitarra y su voz arrulladora que envuelve en un perfume exquisito a quien la escuche.

La más pequeña de las hermanas mujeres es Porãsy. Aún está lejos de suponer el sacrificio al que se entregará. Pero porta sus armas a simple vista: su belleza sin par no tiene parangón en nuestra raza. De ella se valdrá para salvar a a su pueblo.

He aquí los hijos de Rupave y Sypave.

Con sus bondades y sus maldades, con sus luces y con sus sombras, viviendo tranquilamente en el paraje de las colinas de Areguá.

Aliados con la naturaleza cada uno hace el trabajo que le corresponde.

### Capítulo 12



En el que se narran los hechos que llevaron a la muerte a Yrãséma.

Todo el día se ha escuchado en los alrededores del majestuoso lago la susurrante voz de Yrãséma. Su canto ha sido constante, y los animales y las plantas y los hombres han caído bajo su hechizo.

Ya es noche en la aldea y sin embargo Yrãséma continúa cantando sin pausa.

Nada se mueve cuando su armoniosa voz se escucha.

Corre el sonido como corren los arroyos de esta tierra.

Es tarde ya cuando la bella joven se llama a silencio recogiéndose en su hamaca de plumas.

Su madre viene a verla cuando ya duerme.

Yrãséma se revuelve inquieta en su lecho. Respira mal. Su madre le toca la frente. Yrãséma sufre calores fuertísimos. Hierve en medio de la calma de la noche estrellada que está llegando a su fin. Sypave se sienta a su lado y tomándola de una mano vela las últimas horas del sueño de su hija. Cuando los primeros resplandores comienzan a mover la vida del monte, Sypave despierta al inquieto Japeusa y lo envía junto al lago, a buscar hojas de agrial y cáscaras de inga. Pero el destino ya estaba escrito y Japeusa, en lugar de las plantas que su madre le había pedido, junta hojas de ka'atái, de ortiga y frutos de naranja agria con lo cual prepara un brebaje que da de beber a su hermana Yrãséma, cuyos excesos en el cantar han provocado una descomunal hinchazón de garganta y le han enronquecido la voz. Poco tiempo después de beber el preparado de su hermano, Yrãséma siente que su garganta se cierra cada vez más hasta que al fin expira.

Muere como mueren las plantas a las que el agua no les ha llegado.

Muere suavemente, como si ella misma fuese el suave arrullo de sus cantos pasados.

Muere sin mancha.

Muere virgen.

Cierra los ojos sobre el recuerdo de sus dulcísimos cantares.

La consternación es general.

Japeusa conciente de su equivocación huye de la aldea.

Los habitantes del poblado forman un círculo alrededor del cuerpo sin vida de Yrãséma. Es la primera vez que contemplan la muerte de un igual.

Incrédulos rodean el cuerpo con flores mágicas. A su alrededor van posando diferentes objetos con el único fin de revivir a la muerta. Hierbas. Frutas. Amuletos. Ramas.

Esperan que una mariposa multicolor se pose sobre la cabeza de la niña y le devuelva la vida.

Esperan sin darse por vencidos. Esperan sin levantar los ojos del cuerpo sin vida.

Esperan cantando en un susurro. Esperan que se levante y siga cantando.

#### Capítulo 13



En el cual Tume Arandu explica el sentido de la muerte a su tribu.

Tume Arandu, en medio de la perplejidad general, hace una señal con sus manos y toda la tribu se calla. Tume Arandu tiene algo que decir, y lo dice así:

"Estamos todos rodeando el cuerpo sin vida de Yrãséma y nos resistimos a creer en su muerte. Es la primera vez que uno de nosotros se queda sin aliento. Así lo han querido Tupã y Arasy. Pero para que no estemos negando su muerte con nuestros cantares, debemos llevar el cuerpo de mi hermana al sitio donde encontrará reposo. Tupã ha ordenado que todo hombre que muere debe ser puesto en un profundo pozo hecho en la tierra. Ha dicho que cada uno de nosotros tendrá, a su hora, su propio tyvy.

En la tierra está nuestro origen y a la tierra hemos de volver.

Enterremos a Yrãséma y ya verán que Tupã es sabio.

Cuando pasen unas cuantas lunas nadie se acordará de la muerta. Pues cuando los despojos de los muertos se hayan mezclado con la tierra, pasarán a vivir la Vida Elemental y sentirán todo lo que la tierra siente. Sí, la tierra es un ser vivo, y su sangre es el agua y su aliento es el aire

A aquellos que piden venganza, les digo que no debe extrañarles el error que ha cometido mi hermano Japeusa. Todos tenemos un destino que debe cumplirse inexorablemente y aunque nos opongamos. Japeusa no hizo más que responder a sus instintos erráticos. Ustedes saben que nació al revés de todos nosotros y no debemos esperar que se comporte como nosotros. Es por este motivo que pido clemencia para mi hermano y para los que como él estén cumpliendo su destino inexorable".

#### Capítulo 14



En el que se cuentan los sucesos acaecidos en el entierro de la joven Yrãséma.

El cuerpo de Yrãséma fue puesto cuidadosamente en una urna de barro.

Flores y frutas le acompañan en el interior del cántaro.

Así colocado, su cuerpo parece estar a punto de hacer sonar la guitarra y comenzar a cantar.

Lleva para la eternidad sus más hermosos vestidos.

Sus hermanos ya han escogido el lugar donde enterrar el cuerpo de Yrãséma: ha de ser bajo un guayabal de altísimos árboles y frutas doradas.

Luego de depositar la urna en el fondo de la fosa, toda la tribu forma un círculo en derredor y entona las canciones que cantara Yrãséma, rindiéndole así un postrer homenaje al arrullo de su voz encantada. Ahora Sypave, su madre, toma entre sus manos un poco de la tierra removida y la deja caer dentro de la fosa. Imitándola, todos hacen lo mismo hasta que terminan por cubrir el agujero.

Japeusa está aquí.

Ha llegado para la ceremonia del entierro de los restos de su hermana; él mismo ha sido el causante de su muerte.

Japeusa está aquí y la tribu, con indignación, grita en su contra y pide que se le aplique el duro castigo de la muerte.

Sypave se interpone entre la furia y su hijo.

Es hora de cederle la palabra a Sypave.

La tribu calla y espera.

"Tupã nos ha dejado muchas enseñanzas, pero la más importante de ellas es aquella en la que nos señala claramente que no debemos arrebatar la vida a nadie. Dejemos entonces que sean nuestros propios dioses quienes apliquen el castigo a Japeusa. Ellos sabrán hacerlo mejor que nosotros. Nadie que haya matado a un hermano, aunque sea por equivocación puede tener la conciencia tranquila. Dejemos en paz a Japeusa, que bastante tiene con su conciencia."

Japeusa se aleja nuevamente.

La tribu entera murmura.

Japeusa ante la mirada de todos se arroja a las aguas del río y desaparece.

#### Capítulo 15



En el que Jahari sueña con la muerte de Yrãséma, y corre a su lado para protegerla.

Sobresaltado por una horrible pesadilla, Jahari despierta.

El cuerpo entero bañado en un sudor frío. Se sienta en la hamaca. Los pies en tierra.

En su extraño sueño, la voz del gua'a que él mismo obsequiara a Yrãséma, repetía «Jahari, Yrãséma ha muerto», una y otra vez repetía la frase el gua'a.

Jahari no cree en las supersticiones, pero la aparición del gua'a y su frase han sido una imagen tan clara...

Jahari corre como el ñandu.

Salva los obstáculos del camino con la fuerza del amor.

Jahari tiene miedo. Lo siente en el cosquilleo que eriza sus cabellos.

La aldea va está cerca.

Jahari es impulsado por el miedo, por la desesperación. Corre. Un silbido es lo único que los árboles y las plantas y los arroyos escuchan cuando pasa el joven a toda velocidad.

#### Capítulo 16



En el que la tribu descubre el castigo que Tupã y Arasy han impuesto al infortunado Japeusa.

Mientras Jahari corre, en la aldea la tribu busca infructuosamente el cuerpo de Japeusa. Las aguas del río se lo han tragado. Pasan los días. El sol y la luna, una y otra vez han iluminado las tierras del reino de Rupave y Sypave.

Una mañana, cuando el sol despunta en el oriente, Marangatu descubre un esqueleto sobre la arena de la playa. En cuclillas escruta los huesos y entre los huesos, adherido al esqueleto, un animal extraño, de piel ósea comienza a moverse. La tribu rodea a Marangatu que observa en calma. El extraño animal despega sus patas de las costillas del esqueleto y comienza a andar hacia atrás. Los aldeanos gritan todos a una vez: "¡Japeusa, Japeusa!". El cangrejo se aleja por la arena dejando las huellas de sus duras patas.

La tribu entierra el esqueleto en la arena y todos se alejan del lugar.

No cabe duda de que Tupã y Arasy han castigado a Japeusa transformándolo en cangrejo y obligándolo a andar hacia atrás para toda la eternidad.

Japeusa ha sido convertido en cangrejo y los cangrejos desde hoy se llamarán, para este pueblo, japeusa.

#### Capítulo 17



En el que Jahari se entera de la muerte de Yrãséma, canta su canción y muere de amor.

Agitado por la larguísima carrera, Jahari llega a la aldea.

"¡Yrãséma!" llama a viva voz, acongojado.

Toda la tribu, que ya ha comenzado a olvidar la desgracia, lo mira compasivamente.

Jahari, percibe las miradas y unas lágrimas cargadas de pena resbalan por sus mejillas. Corre hacia la habitación de Yrãséma. Sypave va a su encuentro. El gua'a que anda cerca confirma la frase de sus sueños con estridente voz: "Yrãséma ha muerto".

Las lágrimas de Jahari corren por la aldea.

Suben a todas las cosas que pertenecieron a Yrãséma. Las recorren, las acarician con su profunda tristeza, llenan los cántaros donde la joven guardaba el agua fresca. Resbalan en la curva de su hamaca y juntas forman un torrente que se encamina a la tumba de Yrãséma. Allí, riegan la tierra aún blanda y refrescan las flores que la tribu ha depositado. La tristeza de las lágrimas de Jahari, su humedad infinita hace que las flores revivan.

Jahari junto a la tumba.

Jahari desconsolado.

Jahari todo el día y toda la noche llorando por su amada, de rodillas frente a la tumba.

En su mente las horas de felicidad:

Cuando escuchaba a lo lejos el arrullo de la suave voz de Yrãséma. Cuando embelesado por los rasguidos de su dulce mbaraka reposaba durante horas a su lado. Cuando ambos se prometieron amor eterno en aquel atardecer sembrado de estrellas fugaces y de deseos. Cuando con regocijo Yrãséma recibió el gua'a que ahora ha anunciado su muerte. Tantas horas de paz, encanto, dulzura y felicidad. Tantas horas de amor entre ambos...

Jahari canta junto a la tumba:

Ya que nos has de estar junto a mí,

murmullo de las aguas,

ya que tu voz se ha apagado en este mundo,

arrullo de los vientos,

ya que la noche ha cegado tu mirada,

luz de los trinos,

ya que no podré abrazar tu cuerpo en este mundo,

oh Tupã, oh Arasy,

oh luz, oh cielos,

ya no quiero estar en este mundo sin Yrãséma.

Llévenme a visitar a mi amada.

No bien hubo terminado su letanía Jahari se desploma sobre la tumba de su amada y allí queda muerto. La tribu en medio de un silencio que lo cubre todo, cava una fosa junto a la tumba de Yrãséma y sepulta al amante desconsolado que así se funde para siempre con su amada virgen.

#### Capítulo 18



En el cual se cuenta cómo la calma de la tribu es interrumpida por el desmedido deseo de Tau.

Desde aquella mañana de silencios en que Jahari fue sepultado, la calma reina en la aldea. Tume Arandu continua descubriendo misterios en las hierbas que crecen en el valle, Guarasyáva se hace dueña de los secretos de los animales del agua. Porãsy, en su reinado de

belleza y hermosura pasea por los montes hablando con los pájaros. Tupinamba sigue conquistando cerros con su fuerza inigualable. Marangatu cuida a su unigénita con infinita bondad y ella, Kerana es el apodo de la hija única de Marangatu, ella duerme. Kerana, bella como sus tías, está en la flor de la adolescencia, sus ojos tienen el brillo del movimiento de las aguas cuando juegan con el sol. Sus delicadas manos existen sólo para las caricias. Su boca tiene la consistencia de la carne de las papayas maduras. Sus piernas han sido torneadas por el agua y los vientos con infinita dulzura.

Kerana, la suavísima dormilona.

Kerana, la joven más codiciada de toda la tribu.

Todos disfrutan de los escasos momentos en que la dormilona deja su hamaca para pasearse por la aldea, pero aún nadie imagina la desgracia que su belleza encierra para ella y para toda la gente que está a su lado.

Desde lo más oscuro de las sombras nefastas, Tau, el espíritu del mal, observa a la niña.

La observa con deseo.

La observa con pasión lujuriosa.

La observa para encontrar los puntos débiles y atacarla.

La quiere para sí y está dispuesto a todo para conseguirla.

El espíritu maligno se decide ahora a atacar. Para aparecer en la tierra convierte su repugnante cuerpo en el de un joven apuesto y elegante. Vestido como un extranjero acierta a pasar por la aldea donde Kerana duerme sus dulces sueños. Lleva entre sus manos un flauta mágica que hace sonar junto a la hamaca de Kerana. La niña despierta y ve al joven. Nunca antes había visto un joven tan hermoso. El genio maléfico sonríe grotescamente para sus adentros, pero en el exterior de su ingenioso disfraz la sonrisa es casi celestial y la mirada suavemente acariciadora. Kerana, hechizada por la música, la mirada y la sonrisa, lo escucha con placer. Más tarde el joven sigue su camino dejando extasiada a Kerana. Pero la estrategia del espíritu maligno es observada con detenimiento por Angatupyry, el espíritu del bien. "¡No te será fácil!" piensa para sí Angatupyry.

La calma de otrora ya ha sido rota. Aunque en apariencias todo esté como entonces, en los cielos ha comenzado la lucha.

#### Capítulo 19



En el cual Angatupyry interviene y Tau lo enfrenta.

Kerana duerme y sus sueños son ocupados por una única imagen, la del joven que pasó como pasa la suave brisa, dejándole un placentero recuerdo.

Pero Tau le tiene preparadas otras trampas a la niña hija de Marangatu. Dos días después de su primera aparición vuelve con el sonido de su flauta mágica a despertar a Kerana. La niña ahora lo escucha embelesada. Ya no es sólo música lo que trae el joven desconocido. Ahora conversa con ella. Le cuenta historias maravillosas. La enamora.

Angatupyry observa las visitas de Tau que ahora se hacen diarias.

Un paseo por el monte.

El obsequio de una mariposa de radiantes colores.

Miradas de pasión.

Angatupyry decide intervenir.

Primero siembra la duda en la niña. Le hace soñar sueños escandalosamente repugnantes. En sus pesadillas, Kerana ve como el joven apuesto y tierno se transforma en un horrible monstruo, se transforma en el mismísimo Tau. Pero la innata ingenuidad de Kerana la lleva a contar sus pesadillas al joven. Cuando Tau se entera de los sueños cae en la cuenta de que es acosado por Angatupyry y decide enfrentarlo. Como tantas otras veces, Tau y Angatupyry se han de trabar en una lucha sin tregua. Eligen como escenario los grandes campos cercanos a las colinas de Areguá.

#### Capítulo 20



En el que se relata la lucha extraordinaria entre el espíritu del bien y el espíritu del mal.

La lucha es fragorosa. Durante seis días con sus noches se han debatido los espíritus contrapuestos cruzándose en furibundos encuentros cuerpo a cuerpo. Lanzándose llamaradas de odio.

Kerana ha dormido esos seis días completos sin levantarse ni abrir los ojos.

Tau y Angatupyry, trenzados en recio combate, continúan ahora la lucha. Una vez más Angatupyry está venciendo. Tau extenuado trata de evadir las feroces embestidas del espíritu del bien. Una vez más el bien triunfará sobre el mal.

En su lecho, Kerana comienza a tranquilizarse.

Tau se va retirando de sus sueños.

Angatupyry sonríe viendo casi vencido a su eterno enemigo.

Tau muerde el polvo de la derrota. Rueda por el campo una y otra vez tratando de esquivar los arrestos de Angatupyry. Su monstruoso cuerpo herido y dolorido ya no da para más, está a punto de retirarse del combate. Ya es el séptimo día de lucha y Tau se ve a merced de su enemigo, pero con el último aliento invoca al dios del valor. Lo invoca sabiendo que él también puede morir para siempre jamás con esa súplica.

"Pytãjovái, ayúdame a vencer", gime desde el suelo Tau.

"Pytãjovái, ayúdame", repite con desesperación viendo avanzar a Angatupyry.

Un viento de fuego frena el ataque de Angatupyry. Tras las llamas se escucha la horrenda carcajada de Tau. Pytãjovái ha escuchado los ruegos del malvado y se ha presentado en el campo de batalla con todas sus armas. No crecerá más el pasto donde el aliento del dios del valor ha sido expulsado. Angatupyry yace moribundo. Tau se levanta y mira altivo con sus ojos cargados de maldad. Kerana despierta de pronto. Marangatu que ha estado observando el largo sueño de su hija intenta hablarle pero la niña le pide que la deje sola y sube a lo alto de un árbol desde donde escruta el horizonte. Tau, convertido nuevamente en el apuesto joven se dirige hacia ella sin oposición alguna.

#### Capítulo 21



En el cual se cuenta cómo Tau rapta a Kerana y la maldición de Arasy.

Kerana escucha el sonido de la mágica flauta del joven que le ha hecho perder la cabeza. Hechizada, baja del árbol y corre por el monte al encuentro del mágico sonido. Fundidos en un largo abrazo los jóvenes se saludan. Tau, desde su disfraz de ingenuo, por primera vez le habla con lascivia. Le habla de sus deseos más recónditos. Se desenfrena haciéndola protagonista de los placeres carnales que él imagina. La niña pretende resistirse pero Tau, conducido por sus propias ansias, se muestra ante ella con toda su fealdad convirtiéndose de pronto en el terrible monstruo que es. Grita Kerana y toda la tribu acude a su llamado. Tau se aferra a su presa y huye enceguecido. Nadie puede detenerlo. Lo ven alejarse llevándose consigo a la bella Kerana.

Tau conduce a la niña a su inaccesible morada y la persuade de intentar escaparse.

"No lo intentes, morirás si pretendes irte", le dice con su voz de trueno.

Tau, a partir de entonces sacia su sed de placer en el joven cuerpo de Kerana.

Sometida, la niña llora desconsoladamente y su llanto enfurece aún más al terrible espíritu del mal. "No seré tuya jamás" grita Kerana cada vez que el monstruo la posee, pero el grito es apagado por los ensordecedores gruñidos de Tau.

La tribu implora, clama, pide a Arasy que interceda para lograr el milagro de rescatar a Kerana. La indignación y el estupor han invadido a las gentes que ahora piden un castigo ejemplar para el raptor desalmado. Arasy escucha los ruegos y maldice a Tau, lo maldice para toda la eternidad y maldice a toda su descendencia.

#### Capítulo 22



En el cual se informa de los alumbramientos de Kerana, fecundada por el espíritu del mal, de las características de sus siete hijos y del terrible dolor de la joven.

Siete lunas han pasado desde aquel día aciago en que Kerana fue raptada por el malvado. Siete lunas han observado pálidas de espanto la desesperación de la niña. Ahora Kerana está dando a luz. Ella espera un niño, pero la maldición de Arasy le ha hecho engendrar un monstruo. Kerana da a luz un horrible monstruo de siete cabezas. Siete de cabezas de perro cuyos ojos despiden llamaradas. Siete cabezas de perro y un horrible cuerpo de lagarto. En el futuro será conocido como Teju Jagua. Siete cabezas de perro que le condenan a la inacción. Su ferocidad fue aniquilada por deseo de Tupã y, contrariamente a su horrenda figura, se alimenta solamente de frutas y de la miel que su futuro hermano menor, Jasy Jatere le lleva hasta su escondrijo.

Kerana, asediada permanentemente por Tau, parió un hijo cada siete lunas. Todos sietemesinos. Todos fenómenos deformes. Todos malvados.

El segundo hijo del mal vio la luz con la forma de una gran sierpe con cabeza de loro y un descomunal pico. Su bífida lengua, roja como la sangre. Su piel escamosa y veteada. Su cabeza emplumada. Su mirada maléfica. Se le conoce con el nombre de Mbói Tui, ronda por los esteros y protege a los anfibios. Adora la humedad y las flores. Se lo puede identificar sin verlo pues lanza terribles y potentes graznidos que se escuchan desde tantísimas lejanías.

Kerana, abrumada por la pena, apabullada por el incontrolable Tau, carcomida por la certeza de estar engendrando monstruos capaces tan sólo de hacer el mal. Dolida porque su cuerpo es el artífice que está dando forma a un ejército terrible, pare su tercer hijo:

Se le conocerá en el mundo de los hombres con el nombre de Moñái 66 y tal como su antecesor inmediato, su cuerpo es el de una enorme serpiente. Posee dos cuernos rectos e iridiscentes que funcionan como antenas. Sus dominios son los campos abiertos. Sube a los árboles con gran facilidad y se descuelga de ellos para cazar a las aves con las que se alimenta, a quienes domina con el hipnótico poder de sus antenas. Es por ello que también se dice que es el señor del aire. Moñái protege el robo y lo fomenta. Ladrones y sinvergüenzas aún hoy lo invocan en sus fechorías.

En su cuarto período de gestación, Kerana siente que al fin hay algo de humano en su vientre. A los siete meses, como ha ocurrido con todos sus hijos anteriores, pare a un niño de dorados cabellos y piel muy blanca, pero el niño ha nacido con un bastón áureo en su mano derecha. Una leve presión sobre su varita mágica y el niño, al que llaman Jasy Jatere, desaparece volviéndose invisible. El niño horroriza a su madre desapareciendo y apareciendo en lugares increíbles. Jasy Jatere será el duende que en las siestas, escudado en su figura de niño, asediará a las jóvenes y a las niñas que se animen a salir solas, conquistándolas y poseyéndolas con los poderes de su mágico bastón. Dominará a las abejas y de ellas obtendrá la miel con la que se alimentará, cuyos restos lleva hasta la cueva donde vive su hermano mayor, Teju Jagua.

Kerana no tiene consuelo. Ya hace más de dos años que se encuentra presa del espíritu del mal y Kerana sigue contando los días. Su radiante cuerpo de otrora se ha deformado debido a los maltratos que ha recibido en forma constante por parte de Tau.

Ahora Kerana da a luz al quinto engendro del mal. Su figura se parece en mucho a la de Tau, En sus rasgos agudos. En su piel oscura, en el cabello de alambre y la boca grande.

Se le conocerá por su nombre: Kurupi, que llenará de temor a las jóvenes.

Y también se le conocerá por su principal característica física: un enorme y larguísimo pene que lleva enrollado a la cintura. Sus ataques a las mujeres solas que se aventuran por la selva serán mucho más furibundos y crueles que los de su hermano Jasy Jatere. En esos casos

Kurupi viola y mata a sus víctimas. Pero su mayor diversión es raptar a las vírgenes, quienes desparecen misteriosamente para regresar encintas y listas para parir a los siete meses. Los hijos de Kurupi, sin embargo, mueren al séptimo día de un extraño mal <sup>1</sup>.

Kurupi domina a los animales silvestres y no abandona nunca la selva donde reina con el poder de su sensualidad, excepto para raptar a sus víctimas.

Cansada y desilusionada. Entregada y mustia, Kerana da a luz a su sexto hijo. Una vez más sietemesino. Una vez más monstruoso. Se le conocerá con el nombre de Ao Ao. Posee la facultad de reproducirse solo y vive en una gran manada en las zonas más inhóspitas de cerros y montañas. El Ao Ao se alimenta de carne humana y vive persiguiendo a las gentes que se aventuran por los cerros. La única manera de salvarse de la manada es trepando a un pindo. Cualquier otro árbol en el que se refugien los perseguidos será desarraigado por sus terribles garras y derribado en poco tiempo pero al parecer, el pindo posee algún hechizo contra la ferocidad de estos monstruos. El Ao Ao es cuadrúpedo pero cuando ataca se para en dos patas. Sus poderosísimas garras y su cabeza feroz nos recuerdan a un oso, pero su cuerpo es como el de una oveja y bajo esa apariencia logra que las gentes se acerquen sin temor<sup>2</sup>.

El séptimo alumbramiento de Keraná fue tan terrible como los seis anteriores. Esta vez, de su vientre, nació una criatura totalmente contrahecha. Su cabeza, semejante a la de un perro, deja ver una larga hilera de filosos dientes de diferentes tamaños. Sus orejas son pequeñas e impuestas en la parte superior del gran cráneo. Su cuerpo esmirriado y seco, sus extremidades mitad humanas, mitad garras le dan un aspecto desgarbado. Se le conocerá con el nombre de Luisõ.

Luisõ habita en los campos santos y se alimenta de los cadáveres que allí desentierra. Se le puede escuchar en las noches de luna llena, cuando emite sus lastimeros y aterrorizadores aullidos trepado a las lápidas de las tumbas <sup>3</sup>.

Luiso fue el último alumbramiento de Kerana.

Tau, parece concentrarse ahora en alimentar el malvado espíritu de su prole y se olvida de la doncella. Vejada y arruinada la pobre Kerana duerme cada vez más para evitar las lágrimas, infructuosamente, pues hasta en sueños llora...

### Capítulo 23



En el cual el Jahari gua'a se da a conocer como enviado de Tupã y revela el secreto de la hierba mágica a Tume Arandu.

Dejemos por un momento la maldición de Arasy, que se está cumpliendo en toda su extensión mientras Tau se regocija con los genios del mal que ha engendrado. Dejemos por un momento la expansión del mal, los espíritus, los fenómenos y las gentes.

Vayamos ahora hasta el lugar donde se encuentra Tume Arandu.

A orillas de una aguada luminosa, el sabio investiga las hojas de unas plantas pequeñas que allí crecen. Una voz extraña y chillona lo sobresalta: "Tengo algo que decirte" dice la voz. Recuperado del susto inicial, Tume Arandu alza la vista y no ve sino al Jahari gua'a que está posado en una rama cerca de allí. El ave lo mira y repite la frase: "Tengo algo que decirte". Tume Arandu se acerca y le ofrece el dorso de la mano a la manera en que un aficionado a la cetrería lo haría con su halcón. El gua'a se posa sobre el brazo de Tume Arandu y le habla al

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> El extraño mal al que se refiere el texto es el tétanos. Dice Rosicrán en Nuestros Antepasados: "Tupã dispuso que a los siete días de nacer se les descompusiera el ombligo, acabando por fallecer del mal de siete días (tétano)."

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Es evidente la relación existente entre el Ao Ao y el "famoso" lobo con piel de cordero que aparece en numerosos escritos de la literatura de todos los tiempos.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> El Luisõ, llamado también en guaraní Huicho, es la versión local de el lobizón u hombre lobo que tanto abunda en la literatura fantástica de gran parte del mundo y que se ha convertido en un mito universal.

oído.

A juzgar por las expresiones de Tume Arandu, pues desde aquí no podemos oir lo que le está diciendo, debe ser algo asombroso. El gua'a habla sin parar y Tume Arandu expectante, lejos del paisaje que le rodea, absorto, escucha las maravillosas palabras del ave. Luego, con el gua'a en el hombro cual un pirata, se dirige hacia el otro lado de la aguada y se pierden por un estrecho camino entre los árboles del monte.

El secreto le ha sido revelado.

Tal como lo había dicho Tupã, los esfuerzos de Tume Arandu han merecido la develación del secreto. Tume Arandu ya conoce la hierba mágica, el ka'aruvicha, la hierba portadora de la eterna juventud. Pero también conoce cuáles son las condiciones para utilizarla. Restricciones severísimas acarrea el uso del ka'aruvicha, restricciones que de ser violadas se pagan con la propia vida. El hombre que haya bebido la infusión de ka'aruvicha y cometa el angaipa, será hombre muerto. Pero si se mantiene casto, mantendrá su juventud, será inmortal, gozará siempre de buen humor, será sabio y estará a salvo de toda enfermedad. En cambio la mujer que la beba se fortalecerá, procreando de mejor manera y sin dolores de parto.

Tume Arandu prepara la infusión.

Él mismo ha de beberla y ha de dársela a sus hermanas y al gua'a, maravilloso instrumento de Tupã, que ha partir de ahora no se separará de Tume Arandu ni un solo instante.

#### Capítulo 24



En el cual se da noticia del estado de cosas promovido por los hijos de Tau.

A los siete años, los fenómenos alcanzan su apogeo.

Sus fechorías constantemente atormentan al pueblo. Los frecuentes raptos de las doncellas que lleva a cabo Kurupi. Las violaciones. Los robos y saqueos de Moñai. Los ultrajes de los cementerios de Luisõ. Las escandalosas travesuras de Jasy Jatere. Las salvajes persecuciones de la manada de Ao Ao y sus ritos antropófagos. Los graznidos de Mbói Tui. la terrible mirada de fuego que se esconde en la cueva de Teju Jagua inspirando temor y supersticiones. Moñai acumula el producto de su pillaje en Yvytykuápe.

Nadie se atreve a cruzar los montes por temor a Kurupi.

Los cerros son el imperio de la ya famosa manada de Ao Ao.

El cementerio se transforma en lugar de miedo y terror por obra de Luisõ.

El atrevimiento de los cazadores que buscan sustento en los esteros es castigado con la muerte por Mbói Tui, el protector de los anfibios.

Muertes, ultrajes, robos y violaciones predisponen a los habitantes de la tribu a pelearse unos con otros. A matarse entre hermanos. Las familias se atacan unas a otras. Se incendian las aldeas.

El mal, propagado por el triunfo de Tau, impera en las tierras que Tupã bendijo aquel día primero. Ahora los hombres se arman, se matan, prefieren el vandalismo a la bondad. La semilla del mal está instalada en toda la tribu.

Es en este momento de confusión y furia es cuando la calma y sabiduría de Tume Arandu aparecen para decir basta. El sabio convoca a los avare y a los más renombrados miembros de la tribu para que le acompañen al Ñemono ongáva de Atyha pues tiene algo importante que decir, algo que solucionará los problemas actuales.

#### Capítulo 25



En el cual se habla de la reunión del pueblo en la Asamblea y de las resoluciones que se tomaron para acabar con el vandalismo desatado por los fenómenos.

Aquel día el pueblo estuvo reuniéndose desde muy temprano, deseoso de escuchar las palabras de Tume Arandu. Cuando todos estuvieron atentos, el sabio les dirigió un breve pero clarisimo mensaje de amor, de unidad y de compañerismo. Lo hizo con palabras sencillas, las más difíciles de pronunciar en esas ocasiones. Lo hizo apelando al sentimiento común y dejó en todos y en cada uno de los asistentes la semilla de la bondad y la esperanza. Luego, en una sesión secreta, se reunió con los notables de la tribu y les dijo:

"No les digo nada nuevo contándoles que estamos viviendo un tiempo en el que la muerte se impone sobre la vida. La tristeza ocupa el lugar que antes estaba reservado a la alegría. El odio es el sentimiento que reemplaza al amor. La sangre corre con más fuerza que el agua de nuestros arroyos. El agua cristalina de la vida se enturbia en las oscuras cloacas de la muerte. Es evidente que de esta forma nos encaminamos directamente a la desaparición total. Hemos de hacer algo."

Tume Arandu hizo una larga pausa y luego continuó ante el azorado silencio de todos los notables de la tribu:

"He de revelarles un gran secreto."

Todos intercambian miradas y asienten con la cabeza.

"Tupã ha enviado un mensajero a través del cual está con nosotros todo el tiempo, dándonos las indicaciones para que terminemos de una vez y para siempre con los males que nos azotan.

Hélo aquí, el Jahari gua'a se ha revelado como mensajero de Tupã.

Se sirve Tupã de él, como instrumento para estar a nuestro lado. Sus palabras me han inspirado un plan para destruir a los siete fenómenos y con la ayuda de una de mis hermanas podremos llevarlo adelante.

Ha llegado la hora del fin para los siete hermanos. Ya no tienen escapatoria. Debemos aprovechar este momento. Tau ha marchado hacia Ruapehu y no podrá intervenir. Si logramos acabar con ellos haremos retroceder a la maldad que tiende su manto sobre todos nosotros."

Un pesado e incómodo silencio se forma cuando Tume Arandu calla.

"Si estamos de acuerdo en seguir el plan que Tupã nos dicta, he de marcharme para preparar a mis hermanas e iniciar las acciones".

Los asistentes con la mirada clavada en el piso responden con su silencio. El miedo y la incredulidad han ganado su voluntad, pero no pueden impedir que el valor de Tume Arandu y de sus hermanas se interponga a la maldad.

Tume Arandu se levanta y se marcha.

#### Capítulo 26



En el cual Tume Arandu pide la colaboración de sus hermanas.

Ya en la aldea, Tume Arandu hace llamar a sus tres hermanas y les pide que se sienten alrededor del fuego que él mismo aviva con una rama.

Guarasyáva, Tupínamba y Porãsy, más luminosas que el mismo fuego, iluminan el lugar con su extraordinaria belleza.

Tume Arandu les habla ahora de la juventud.

Les revela el secreto del ka'aruvicha.

Les cuenta los prodigios del Jahari gua'a. Les habla de la constante preocupación de Tupã por su pueblo y al fin, les cuenta el plan para exterminar a los siete monstruos.

"Yo iré a matarlo –dice, poniéndose de pie Porãsy– Engañaré a Moñái y escaparé de sus fauces sin un sólo rasguño, pero si Tupã desea el sacrificio, allí estaré para morir por mi pueblo".

Porãsy, altiva extiende su mirada más allá del círculo familiar que la rodea y gira alrededor de los reunidos. Está ansiosa por comenzar su tarea.

La misión no le asusta. Todo lo contrario, le infunde valor. Porãsy aspira el aire renovado de la tarde que va cayendo del otro lado del río. Llena sus pulmones más que de aire, de valor y coraje. Porãsy ha decidido ser la protagonista y así será.

#### Capítulo 27



En el cual nos enteramos de cómo Porãsy llega hasta la caverna de Moñái y lo convence de reunir a sus hermanos.

Aún no sale el sol y Porãsy ya parte hacia la gruta donde Moñái vive y acumula el producto de su rapiña. Camina sola en medio de la oscuridad de la selva. Conoce cada tramo como la palma de su mano. Cada latido de cada ser vivo se convierte a su paso en un aliado que exhala su fuerza para acompañar a la joven. La menor de las hermanas de Tume Arandu marcha, y en sí misma acumula todos los deseos de la tribu, de la selva, de los cielos y de los ríos. Todos quieren verse libres de la maldad que por tantos años han soportado.

Porãsy avanza.

Cuando se aproxima al cerro Kavaju 79, en cuya gruta descansa el monstruo, Porãsy redobla los cuidados. Su andar ahora es imperceptible. Es como una sombra que se adentra en la cueva. Tan sólo un lejano resplandor delata la existencia de una antorcha de fuego prendida en las paredes de la gruta.

Porãsy entra sin hacer el menor ruido.

Porãsy sabe que Moñái, aún dormido no tardará en advertir su presencia.

El fétido olor de la caverna mal iluminada, como una alimaña, se desliza y pretende cubrir a la joven, pero el poder de los aromas de la selva repelen la podredumbre y la niña se mantiene incólume. Moñái mueve su largo y viscoso cuerpo. Sus cuernos se iluminan con cada movimiento.

De pronto levanta la cabeza y sacando su bífida lengua, con voz de trueno dice:

"¿Quién eres, qué haces aquí?"

"He venido a verte. Tanto se habla de tus hazañas. Tanto se habla de tu agilidad. Tanto se habla de tu valor. Tanto que me he enamorado y decidí venir a verte para decírtelo, Moñái", contesta la joven.

Desconcertado el monstruo se arrastra hasta un lugar desde donde ver mejor la hermosura de Porãsy. Sus calientes bufidos dejan salir nubes que se adivinan blancas en la penumbra de la cueva.

"Dices que han llegado hasta tí los cuentos de mi agilidad y de mis hazañas y de mi valor".

"Así es".

"Y dices que te has enamorado de mí".

"Así es".

"Entonces estarás dispuesta a ser mía ahora mismo".

"Para eso estoy aquí, pero es mi deseo, antes de vincularnos, conocer a tus hermanos y celebrar nuestras nupcias junto a ellos".

Moñái, obnubilado por la suprema belleza, gira alrededor de la niña haciendo zigzaguear su largo y escamoso cuerpo. La desconfianza siembra su semilla en la naciente mañana que extiende sus primeras luces en la boca de la gruta.

Moñái piensa.

En sus iridiscentes cuernos la luz va y viene de arriba a abajo. Sin embargo, el deseo pesa más que la duda en esa extraña balanza que se mueve en el tenebroso interior de Moñái. Sus ojos son el reflejo de la cueva en la que habita y en ellos no hay lugar para otra cosa que no

sea la extrema belleza de Porãsy.

Moñái ahora habla:

"Sabrás que Teju Jagua, uno de mis hermanos, no puede salir de su cueva a raíz de su deformidad, pero si realmente me amas, como dices, entonces podemos partir de inmediato hacia Jaguaru 80 y celebrar la boda en aquel lugar".

El plan de Tume Arandu comienza a andar.

La partida hacia Jaguaru, prevista por el sabio, es inminente.

Porãsy responde de inmediato y sin dudar:

"Comprendo perfectamente y si ése es tu deseo, partiremos de inmediato".

Sin ningún recaudo la bestia parte hacia Jaguaru acompañado de la bella Porãsy.

Allá van.

Ella elegante y hermosa.

Él reptando y avergonzado de andar así a la luz del día, pero ansioso de poseer a la que reina sobre la belleza de la tierra.

#### Capítulo 28



En el cual se cuenta la boda de Moñái y Porãsy en Jaguaru.

Han pasado diez días desde aquella mañana en la que Porãsy llegó a la primera cueva, la de Moñái. Ahora está en la segunda caverna, la que sirve de habitación al temido e inofensivo Teju Jagua. Ha esperado la niña durante días junto al deforme de siete cabezas. Al fin Moñái ha regresado con el resto de sus hermanos.

Ahora están todos reunidos.

Porãsy ataviada con un vestido de niebla y cascadas, sabe que está llegando el momento en que su actuación debe ser totalmente convincente. Ante su ojos, como nadie los ha visto antes, están los siete hermanos: Kurupi, Jasy Jatere, Moñái, Teju Jagua, Mbói Tui, Luisõ y Ao Ao. La postal es terrorífica pero todos están extrañamente alegres. Corre la chicha y beben los monstruos monstruosamente.

Fuera de la gruta es noche cerrada.

La luna es la gran ausente a la fiesta.

Tume Arandu y los suyos rodean el cerro en silencio.

La trampa se prepara y el fin está cerca.

Adentro, la grotesta fiesta fulgura a la luz de las antorchas. Los monstruos tórnanse toscos y bamboleantes en medio de las tinieblas del alcohol. Porãsy espera el momento para actuar. Observa a los siete hermanos. Observa la borrachera sabiendo que su tribu espera una señal suya para actuar.

Momento culminante: Porãsy cree llegado el momento e intenta escapar.

Alcanza la puerta y está a punto de salir.

Desde afuera ya empujan la gran piedra que cubrirá la entrada.

Moñái advierte el movimiento y, como un rayo, saliendo de la penumbra envuelve con su cuerpo de serpiente el frágil cuerpo de la niña tirándola nuevamente al fondo de la caverna. Sus fauces abiertas desmedidamente para lanzar un grito aterrador: "¡Traición!". El grito de la furia de Moñái. El grito desesperado de Porãsy: "¡Cierren la gruta, ya no puedo salvarme!". La tribu clausura la entrada y el fuego exterminador comienza a alzarse en el cerro.

### Capítulo 29



En el cual se narra la ascensión de Porãsy a los cielos.

Un enorme faro. Una antorcha gigante que enciende el día en el centro mismo de la noche. La tribu en ronda alrededor del cerro. Caminan tomados de la mano. Cantan opacando los terribles gritos de los siete hermanos monstruosos.

Tume Arandu de espaldas al fuego.

El poeta busca el rostro del sabio y advierte rodando en sus mejillas dos perlas traslúcidas. Porãsy se ha sacrificado. El sabio despeja de su mente las imágenes de su pequeña hermana en manos de los monstruos. Deja salir las terribles imágenes convertidas en pequeñas lágrimas.

Arden los monstruos consumiéndose en el fuego.

Arde Porãsy y su pequeño cuerpo ingresa en la transformación final.

Espíritu de mua el espíritu de Porãsy, luminoso y claro se concentra sobre sí mismo.

Cerca de la madrugada la tribu entera presencia la ascensión de una luz pequeña e intensa que desde entonces llamaron Mbyja Kofi 81. También desde entonces, Tupã destinó al espíritu de la pequeña Porãsy a alumbrar la aurora de todas las mañanas de la historia.

#### Capítulo 30



En el cual nos enteramos del destino que tuvieron los siete monstruos lejos de la faz de la tierra.

Siete días y siete noches estuvo el cerro bajo el mar de fuego, alimentado con ahínco por toda la tribu. Al fin, los siete maléficos ascendieron a los cielos convertidos en siete pequeñas estrellas que hoy conocemos como la constelación de Las Pléyades o Las Siete Cabrillas. La tribu les dio el nombre de Eichu y aún hoy se les conoce con aquel nombre.

Consumidos los horribles cuerpos de los monstruos y purificados sus espíritus, descansan para siempre en el alto cielo.

Cuando la luz del octavo día despeja los últimos restos de la densa humareda Tume Arandu abre la gruta. El viento se lleva para siempre las cenizas y la tribu vuelve a respirar la brisa límpida que Tupã legara en el principio.

#### Capítulo 31



En el cual se transcribe la canción que el Poeta dedica a Porãsy.

El contento y la grande alegría que la tribu toda siente ahora, liberada del tormento y del miedo provocado por los maléficos, se ve empañada por el sacrificio de Porãsy. Lloran sus antiguos pretendientes. Lloran sus hermanas. Llora en silencio el sabio Tume Arandu. Llora la selva y los ríos y el aire de la tarde y los pájaros del monte. Es el dolor de haber perdido a la que reinaba sobre toda la hermosura del mundo. Y el dolor se expresa con lágrimas dolientes.

Llora el poeta y enhebra las lágrimas de toda la tribu en su fina pluma, para bordar con palabras un canto de alabanza y alegría que borre las lágrimas y aleje el dolor.

La voz del poeta al fin logra expresar su canto y dice:

La naturaleza se expresa gozosa cuando tu apareces, estrellita hermosa. Blanca flor del alba, tan buena tú fuiste que al querer salvarnos quemada moriste. Hija de Arasy, perlita del cielo, tu fresco rocío llega desde el cielo. Lágrimas de niebla cargadas de esencias, las flores se abren ante tu presencia. Oh bella estrellita, cuando asoma el día al mirar tu brillo nos das alegría. De tu viaje eterno hallamos consuelo al saber que eres mimada del cielo. Y si las heladas blanquean los campos tu luz refulgente tòrnase un encanto. Tú eres del cielo la estrella encantada, has nacido hermosa y eres venerada.

#### Capítulo 32



En el que se narra la vuelta de Tau y su furia vengadora.

Pasaron los días y la calma pareció retornar a la tierra. Los hombres se esforzaron por hacer las paces y olvidar sus rencores. En muchos sitios se encendieron fogatas que representaban el fin del odio y de la guerra. La rapiña y las pillerías iba desapareciendo poco a poco. La primavera con su esplendor comenzaba a hacer brillar a las plantas de la selva que restallaban de aromas y colores.

Una mañana en que la maravillosa orquesta de la creación se aprestaba a dar inicio a las primeras notas del gran concierto primaveral, de improviso el cielo se vistió de negro. El sol que había comenzado a tender sus aúreos rayos palideció y quedó atrapado más allá de la densísima capa de nubes borrascosas que avanzaron desde el oriente precipitándose con furia.

Tau estaba de regreso.

Lo supo antes que nadie Tume Arandu a través del gua'a.

Lo supo la tribu porque de inmediato recrudecieron la violencia y las rencillas.

Lo supo el monte sobre el cual un viento destructor se abatió con la fuerza de mil huracanes dando por el suelo con ramajes floridos y pudriéndolo todo.

Lo supo el río cuyas aguas se vieron encrespadas contra su voluntad y lanzaron miles de peces muertos a las orillas.

Tau rugía en lo alto del cerro y Kerana lloraba desconsolada.

Tau prometía venganza y la venganza se iniciaba con esa arrolladora tormenta que no sólo agitaba el exterior de la tierra sino que encendía los fuegos más oscuros de los espíritus de los habitantes de la aldea.

Desde entonces un tiempo difícil se inició en aquellos parajes.

Tau descendió del cerro y a toda carrera fue en busca del artífice de la la destrucción de sus hijos. Fue en busca de Tume Arandu sin pensar que éste ya lo estaba aguardando.

Tau corre atraviesa los montes y en un tris se encuentra junto a una laguna donde el sabio se está bañando. Tau, fuera de sí, lo convoca con su grito vengativo. Tume Arandu gira sobre sí aún metido en el agua y mira fijamente a Tau. Lo mira con calma. Lo mira con fiereza. Lo mira de una manera única e inconcebible.

Tau, avergonzado, huye del lugar.

El sabio nuevamente le ha tendido una trampa.

Lo ha empayenado.

El poder del ka'aruvicha nuevamente ha dado resultado sobre la abominable maldad de Tau. En su huida Tau se encuentra frente al Ita Oñeangecháha y ante la visión de su propia imagen desencajada y furibunda empaña con su aliento la piedra lisa y brillante y sobre ella dibuja una pata de ñandu en señal de amenaza y maldición a la generación de Tume Arandu.

#### Capítulo 33



En el cual se cuenta la triste muerte de Kerana.

Nadie sabe ahora el paradero de Tau. Todos saben que se toparán con él sembrando cizaña. Las habladurías sobre sus maldades corren una tras otra de aquí para allá. La discordia y el mal son sembrados paciente y ardientemente por Tau en todos los rincones de la tierra. Los males se multiplican como nunca antes. El caos es ahora mayor que cuando los maléficos hermanos organizaban sus parrandas. Tau va de correría en correría, de la selva a los montes, de los montes a los poblados, de los poblados a los ríos, de los ríos a las islas y su maldad no parece tener fin.

En lo alto del cerro Jaguaru, Kerana continúa con su amargo llanto.

No puede parar.

Sus lágrimas son incontenibles.

Nadie que la viera ahora diría que esa mujer flaca, pálida y desgarbada fue hace apenas unos años una joven hermosa y soberbia, admirada por toda la tribu.

Su cabello antes radiante ahora está hecho jirones, mechas revueltas sobre una cabeza en la cual su rostro demacrado provoca lástima y espanto.

Kerana llora.

Llora por su amargo destino.

Llora por haberse dejado engañar.

Llora por haber parido aquellos siete monstruos.

Llora por sí misma y por su tribu.

Llora hasta que la fuente de sus lágrimas se agota y al fin, desfalleciente, se deja caer sobre sí misma dando un último suspiro.

Kerana ha muerto y en el sitio de su muerte un pequeñísimo surgente deja correr un hilo de agua para toda la eternidad <sup>4</sup>.

#### Capítulo 34



En el cual se narran la historia del gran incendio que decidió a Tupã a imponer un gran castigo para los hombres.

Convertido en innumerables personajes Tau recorre todos los lugares donde es posible sembrar la semilla de la maldad. Así, hoy es un extranjero bondadoso que se detiene a pedir un poco de agua y al rato se encuentra en otro punto distante, transformado en un alegre joven que munido de extraños instrumentos es capaz de ejecutar melodías encantadoras. Más tarde se transforma en un hombre pendenciero que provoca peleas entre hermanos y después es un habilidoso nadador que llega al poblado a través del río desde remotas tierras.

El engaño es una constante y en todos los lugares donde aparece siembra, de una u otra

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Narciso R. Colmán refiere que en la cumbre del Cerro Jaguaru existe un surgente muy pequeño que filtra un hilo de agua que evoca las dolientes lágrimas de Kerana.

forma, la discordia y provoca las rencillas.

Pero al fin este papel también aburre a Tau y decide hacer una gran maldad.

Decide vengarse destruyendo la creación.

Tau prepara su poderosa fuerza y, valiéndose de la ausencia de su eterno contrario, Angatupyry, decide incendiarlo todo.

Imagina ahora Tau las llamas del incendio y a medida que las imagina las llamas van naciendo en distintos lugares de la tierra. Primero son débiles y pequeñas pero ocupan lugares estratégicos. Los hombres y las mujeres de la tribu en sus distintas aldeas apagan con facilidad los primeros brotes. Pero el sol se hace cada vez más insistente sobre los pastos secos y las llamas comienzan a reproducirse a gran velocidad.

El fuego se propaga.

Ahora las llamas son de la estatura de un hombre.

El fuego avanza, crece, se multiplica.

Tau ríe con sonoras carcajadas. Tau ríe y su risa se transforma en más y más llamas que alimentan el fuego enloquecido. Un mar enorme y rojo comienza a arrasar las aldeas. Los hombres huyen. Abandonan a sus ancianos. Dejan a los niños librados a su suerte.

Grandes lenguas de fuego empujadas por el rojo aliento de Tau se elevan hasta la altura de los árboles más altos. Allá van. Indestructible, el monstruo ígneo galopa con ferocidad consumiendo en esa carrera las bellezas de la creación. Entre el crepitar de los vegetales, se escuchan los rugidos desesperantes de las fieras, los gritos de los monos y los alaridos de hombres y mujeres que son alcanzados por el fuego.

El gran incendio divierte a Tau que se llena de regocijo.

Han pasado las horas y Tau se echa a descansar sobre las llamas.

Entonces las llamas, como un caballo al que su montura ha dejado libres las riendas, aflojan su loca carrera. Todavía corren pero ahora ya no son acicateadas por nadie.

Siete días han de pasar hasta que los poquísimos sobrevivientes del infierno dejen de sentir el fluir del fuego cerca suyo. Un gran desierto chamuscado, desde el cual brotan pequeños hilos de humo elevándose impasibles hacia el cielo, ha quedado luego del gran siniestro.

A pesar de la desgracia, la desunión y las discordias se multiplican nuevamente.

No hay paz para la tribu y Tupã decide desde su trono poner fin a tanta crueldad.

Señales y mensajes terroríficos serán dados desde el alto cielo y será muy pronto.

#### Capítulo 35



En el cual se cuenta cómo Tupã dio instrucciones a Tume Arandu y cómo éste las llevó adelante.

Ahora Tume Arandu lo sabe todo. Posándosele sobre el hombro, el gua'a le ha hablado con la voz de Tupã y le ha indicado el camino a seguir de ahora en más.

"La furia de Tupã es grande y para dar un corte a las horribles visiones a las que los hombres lo han estado sometiendo, Tupã ha llamado a Tupã Amaru, el padre de las aguas, y le ha ordenado que azote la faz de la tierra con una lluvia larga y torrencial que todo lo cubra". Esas fueron las primeras palabras del gua'a, pero no fueron las últimas.

"Es voluntad de Tupã que Tume Arandu construya un ygarusu para hacer frente al diluvio y que junto a sus hermanas Tupinamba y Guarasyáva navegue en él hasta que las aguas desciendan. Es menester que Tume Arandu guarde todo esto en el más absoluto secreto. Tume Arandu y sus hermanas serán el punto de partida de una nueva generación más pura y obediente, Tupã proveerá que así sea".

El resto de los dichos del gua'a se referían a las mismas cosas repitiéndolas una y otra vez con el fin de que todo salga tal cual Tupã lo había mandado.

Ahora ya lo sabe.

Tume Arandu se adentra en el bosque.

Elige el árbol con el cual construirá el ygarusu.

Ahora se le ve concentrado en su trabajo. Debe hacerlo solo y con sus propias manos. Esa es

la condición que Tupã le ha impuesto.

Tume Arandu asegura el árbol con una multitud de cuerdas antes de intentar cortarlo. Ha puesto en práctica un ingenioso sistema de poleas por el cual cuando el árbol caiga quedará a un metro del suelo en forma horizontal. Hachas y herramientas de extraña forma utiliza el sabio en la construcción que avanza día tras día. De la misma manera avanzan los callos en las manos de Tume Arandu que se van haciendo más y más diestras en el arte de construir embarcaciones.

Han pasado ya diez días y Tume Arandu da los últimos toques al ygarusu.

#### Capítulo 36



En el cual se intentan explicar los raros fenómenos de la víspera del Yporu

El plazo de Tupã se ha cumplido y la crueldad sigue siendo una constante en las aldeas de la tribu, violencia, muertes, riñas, disputas, sangre...

El sol de la tarde, en su curva descendente, moja su figura de hostia dorada en aquella sangre y se tiñe de rojo. Se vuelve oscuro y su arrebolada cabellera se hace más perceptible al ojo humano.

Las llamas que le son propias se mueven constantemente en un aletear que nada bueno puede anunciar. Como si sangrara, el cielo azul también comienza a teñirse de rojo oscuro.

Giran en círculos los lobos buscando morderse la propia cola. Se desespera toda la fauna del monte. Los animales corren sin ton ni son. Comienzan a sentir que ya no son dueños de sí mismos. Desde los más feroces hasta los más insignificantes gritan y tiemblan con furia y miedo

Los hombres de cada aldea, temerosos, hacen las paces con sus enemigos.

Las guerras llegan a su fin cuando los guerreros, amedrentados por los signos del cielo, rompen sus flechas y las entierran en el monte.

Va cayendo la tarde y todo parece encendido.

Cada cosa y cada ser vivo es una brasa al rojo, una llaga.

Cuando la oscuridad de la noche mata esa visión sanguinolenta, una cerrada lluvia de estrellas se desata sobre la región. Los nativos buscan refugio y los que no lo encuentran son víctimas del nerviosismo de las fieras que los devoran en un abrir y cerrar de ojos.

Nadie entiende bien que está sucediendo pero todos saben que el fin se acerca.

En el posento de los dioses Arasy, ante el arrepentimiento que observa en los hombres, pide clemencia a Tupã y le implora que levante el castigo. Pero Tupã, severo y serio se limita a contestar que aplazar la pena capital es imposible.

En medio del nerviosismo general la noche va pasando.

Cerrada y misteriosa.

Sin luna y ciega pasa la noche.

Tume Arandu conduce a sus hermanas hasta el sitio del bosque donde ha escondido el ygarusu y dentro de él comienzan la tensa espera. Tume Arandu les habla entre tanto de los designios de Tupã y de las horribles cosas que tendrán que ver inexorablemente cuando ocurra el Yporu.

La mañana despertó imponiendo el mismo miedo que su antecesora.

El sol, la morada de Tupã, no mostró su alegre y tibio rostro como siempre lo hacía. Vendaba sus ojos un jaguaveve. Evidentemente Tupã no deseaba contemplar lo que habría de acontecer.

#### Capítulo 37



En el que se cuentan los hechos que acontecieron cuando el Yporu se descargó sobre la tierra

Ahora el sol, con los ojos vendados, desaparece por completo.

Nubes que parecen seres vivos se abalanzan enturbiando el cielo. Como fieras hambrientas avanzan dándose las unas contra las otras y provocando el mismo estrépito que haría una manada de millones de rinocerontes. No son nubes negras. Son nubes de un color indescriptible. Son nubes del color de la muerte.

El aire se enrarece. Apesta a cucarachas muertas. El cielo está cubierto por una gran osamenta que se desplaza como si estuviera viva.

Miedo y desconcierto son uno solo en los rostros de los nativos. El gran monstruo de la destrucción los mira de frente y no hay nadie que pueda detenerlo.

Los relámpagos caen como enormes flechas partiendo en dos los árboles más añosos de la tierra y levantando humaredas salvajes. Pedazos de nubes espesas como un caldo grisáceo y mortal se precipitan a tierra dejando cráteres informes en la roca de los cerros.

Un viento pesado se levanta arrancando el follaje ya marchito de los árboles. Un hálito caliente que provoca quemaduras a su paso y mata con sus caricias demoníacas. El cielo se desploma.

Es el fin.

Comienza a llover.

Con una furia contenida el agua se deja caer sobre la tierra. El agua forma lanzas aceradas que no mojan, en primera instancia perforan y se clavan en la tierra para luego derretirse por la fuerza de más y más lanzas que caen unas sobre otras. Entonces el agua comienza a cubrirlo todo. Entonces la sangre de los muertos brilla sobre la superficie del agua. Entonces los vivos huyen hacia las zonas más altas con desesperación. Entonces el ygarusu de Tume Arandu y sus hermanas boga al garete en ese mar que comienza a formarse de cuya superficie se levantan olas tan altas como los cerros. Olas furiosas. Los hombres, las mujeres, las bestias trepan buscando las cumbres. Se muerden, se rasguñan, se devoran entre sí. La ley del más fuerte es la que talla en este momento. Serpientes gigantescas estrangulan a los jaguarete, los jaguarete devoran a los nativos y los llevan entre sus fauces. Los nativos se matan entre sí y clavan sus lanzas ora en los cuerpos calientes de las bestias, ora en las laderas de los cerros para ayudarse a trepar. El desconcierto es total. Cada quien toca la música de su propia salvación. Cada quien lucha por su vida a su manera y sin embargo todos sienten que la condena les alcanzará por igual. Tume Arandu, sentado en el fondo de la embarcación se tapa el rostro con ambas manos. Más allá de su sabiduría, más allá de la inmortalidad de que le ha provisto la yerba mágica, el ka'aruvicha, Tume Arandu no soportaría el espectáculo de la destrucción total. Sólo el poeta puede contarnos lo más terrible. Y así lo hace:

Todo canto que canta al exterminio habla a la vez con la santa voz del niño que con el fin, nace, y al comienzo, comienza a andar a tientas en las aguas donde se queman, sagrados, los inciensos. Mas la luz sagrada ha de brillar y la vida renacerá en la tierra que sagrada fue desde el comienzo y bendita en las palabras de Tupã.

Cae la noche y las aguas rugen. Las olas, ágiles como venados, saltan a bordo del ygarusu inundando el fondo del gran bote. Ahora son frescas estas aguas. Se alejan de la muerte. Se acercan a la vida. La muerte es un recuerdo apenas. Las aguas lo cubren todo. La tierra ha desaparecido por completo. El Yporu, la sentencia sagrada, se ha cumplido. Tupã Amaru ha cumplido con su misión y, mientras se retira a su morada, deja órdenes de que las lluvias

#### Capítulo 38



En el que se cuenta el fin del Yporu y los primeros acontecimientos en las tierras nuevas.

Los tripulantes de aquel gran bote construido por Tume Arandu no logran recordar el tiempo que duraron las lluvias. Tupã les quitó el sentido del tiempo. No hubo más que una sola penumbra. Ni la negrura de las noches, ni la claridad de los días.

Pudo haber pasado una sola jornada o una eternidad.

Lo único cierto es el agua que todo lo cubre y nada ha dejado en pie, excepto el ygarusu, que boga pequeño en aquella inmensidad de agua que se extiende hasta tocar los cielos en todas las direcciones.

Ha dejado de llover y ahora una niebla densa acompaña el avance del ygarusu que parece un espectro deslizándose sobre la calma y el silencio aún cargados de misterio.

Días más tarde, disipada la bruma, una fresca brisa riza apenas las aguas.

El gua'a, que acompaña en el ygarusu a los tres sobrevivientes, les anuncia que ya no lloverá y que las aguas comenzarán a bajar lentamente. Tume Arandu y sus dos hermanas divisan en la claridad del primer día los picos de ciertos cerros sobre los cuales se han salvado algunos animales. Sabremos más tarde, por boca del poeta, que aquellos animales fueron los que conformaron luego la fauna guaranítica.

Meses después las aguas dejan al descubierto la tierra.

Tume Arandu, sus hermanas y el gua'a descienden del ygarusu y se adentran en los montes. Los árboles llenos de algas y vestigios de la vida acuática los saludan con sus perfumes vegetales. Todo es nuevo para ellos. El paisaje no difiere mucho de lo que ya conocían pero ahora sienten un particular respeto por la naturaleza.

Al fin y al cabo la naturaleza es Tupã y Tupã es la naturaleza.

Los pocos pájaros y animales que, acurrucados en las cimas de los montes, lograron salvarse del diluvio ahora aparecen saludando con sus cantos y sonidos al hombre sabio y a sus dos hermosas hermanas. Anduvieron este primer día con cautela los hermanos. Esperaban una indicación de Tupã, una señal, una palabra, y miraban de reojo al gua'a que no habría el pico.

Piensan y avanzan los tres hermanos cuando al salir del monte hacia un claro amplio y verde advierten la presencia de dos hombres que están sentados junto al fuego.

Tume Arandu, con el gua'a sobre el hombro, se acerca a ellos adelantándose a sus hermanas. Los hombres, altos y vigorosos, se ponen de pie y saludan a Tume Arandu y a sus hermanas Guarasyáva y Tupinamba. Karaive y Mafihory, dijeron llamarse los hombres que, por otro lado eran jóvenes y fuertes. Ambos invitaron a Tume Arandu y a sus hermanas a sentarse alrededor del fuego y les contaron su historia.

Karaive y Mafihory habían sido pobladores de la luminosa Halánte 90, la ciudad más hermosa de un gran país que se ubicaba en medio del mar. Halánte también había sido devorada por las aguas y los dos hermanos se salvaron providencialmente al encontrar un pequeño bote que abordaron y en el cual resistieron el diluvio.

Tume Arandu al ver su condición de marítimos apodó a Karaive con el sobrenombre de Paragua y a Mafihory con el sobrenombre de Amaraso, los cuales perduraron en el tiempo. Con esos nombres se les conoció para siempre. Con esos nombres descubrieron muchísimos años después el lugar donde antes se alzaba Halánte, pero esa es otra historia y el poeta se las contará cuando llegue el momento.

Tume Arandu se retiró a realizar sus meditaciones a una bella zona del bosque y los cuatro jóvenes entablaron una amistosa relación. Descubrieron arroyos que cantaban una música nueva y pájaros que ya conocían de antes, jugaron con ellos. El sol brillaba en lo alto como nunca antes y el amor se hizo presente. Tiempo más tarde Amaraso casóse con Tupinamba y Paragua con Guarayáva. Tupinamba y Amaraso decidieron partir hacia las tierras del norte y se asentaron cerca de un gran río que sería conocido como Amazonas. Guarasyáva y Paragua procrearon cerca de otro gran río que se encontraba hacia el poniente y que sería conocido

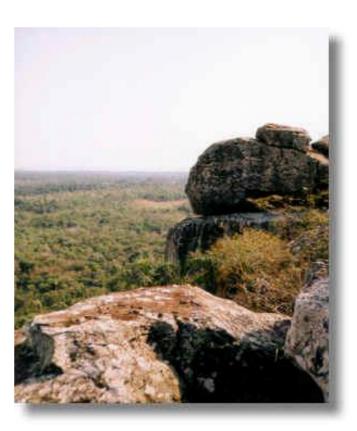
como Paraguay.

Muchas historias ocurrieron entre aquel momento y la llegada de los Karaiete que Tupã había anunciado a Rupave y Sypave aquel día primero. Muchas historias extraordinarias y magníficas. Pero esas historias merecen otro sitio pues hasta aquí podemos decir tan sólo que Tupinamba fue madre de la raza Tupi y Guarasyáva madre de los Guaraní. Dos tribus poderosas fueron los Tupi y los Guarani, con sus características propias y con sus semejanzas. Entre ambas cubrieron casi todo el continente y ambas tribus escribieron, como protagonistas, una historia fabulosa hasta que llegaron a estas tierras los Karaiete y el terror se instaló durante mucho tiempo entre los nativos.

# Las leyendas indígenas y mitológicas



#### La leyenda de Karãu



Vista desde la cumbre del cerro Kavaju.

La tarde iba preparándose para el sueño, dejaba tras de sí los multicolores vestidos de fiesta que había llevado durante el día. Como siempre, rumores de aves en retirada completaban la cercanía de la noche. La gran dama de negro preparaba las lentejuelas del universo para pasearse a sus anchas. La luna era en ese momento apenas un hilo de plata, una pulsera finísima tejida con la luz del sol, elevándose desde la otra orilla del río. Frío.

Agosto reina.

Hoy las rosadas mieses florales de los tajy han estallado, pero bajo el hermoso manto de flores aletean las oscuras sombras del más allá.

Aletean en torno del joven indio que se prepara para la gran ceremonia.

Aletean en torno de la anciana que se prepara para la otra vida.

Aletean en torno de la choza y de los árboles y de las flores y de las estrellas, que rodean la fuerza del joven y la agonía de la anciana.

La anciana clama por el hijo que en ese momento no tiene oídos para su madre.

El joven guerrero escucha ahora tan sólo los latidos de su deseo. Presiente el encuentro amoroso. Lo avizora en los tambores que resuenan en la noche recién nacida, en los ruidos de los animales que se deslizan en busca de sus presas, en el zumbido apenas audible de las flores que se fecundan unas a otras. El joven guerrero no tiene oídos para el clamor de su madre. Y su madre está muriendo.

El médico de la aldea sujeta las manos de la anciana entre las suyas y cierra los ojos para no ver a los enviados del más allá que vienen a llevársela.



Supuesta cueva del Moñái en la ladera del cerro Kavajú, ubicado en el departamento Cordillera.

El joven guerrero se aferra a su bastón emplumado y parte, dejando atrás la choza donde vive. Aún existe un instante en el que duda y se detiene. Las estrellas lo miran esperanzadas, las flores de los lapachos gritan: ¡vuelve junto a tu madre! El joven guerrero gira su altiva cabeza y mira en dirección de la choza que acaba de abandonar. Su madre clama: vuelve, hijo mío, sólo quiero despedirme. Pero el joven no la ha escuchado. Cegado por la pasión de su juventud, retoma el camino y las estrellas dejan caer lágrimas celestiales.

Ahora los pasos del joven son firmes.

A medida que avanza, la noche se cierra sobre él y los tambores acercan sonidos cada vez más potentes. En la planta de sus pies descalzos, Karãu, el joven guerrero, siente el pulso de la tierra latir al unísono con su pecho. Los perfumes del fuego comienzan a llegar hasta su piel e inician el proceso de enardecer a cada uno de sus músculos. Su mirada se enciende cuando llega al círculo en el que la tribu danza sus sueños.

Orgulloso de sus prendas, orgulloso de su cuerpo, Karãu se hace un lugar en el círculo de fuego, se apoya en su bastón emplumado y con su mirada lanza-relámpagos comienza a buscar entre las jóvenes más bellas a aquella que lo ha estado llamando sin saberlo.

#### ¡Ahí está!

La mirada de aquella mujer ha cruzado, por un instante brevísimo, sus brillos de río con la mirada del vanidoso guerrero. Lo ha enceguecido, lo impulsa a la conquista. Esquiva, la joven desaparece de inmediato en el racimo de hembras teñidas de fuego.

Karãu duda. Ha sido como una aparición que ahora vuelve para hacerse ver tan sólo por un momento. El guerrero sale del círculo y camina con firmeza por el exterior de ese pequeño sol tribal que forman los indios en su fiesta de la Luna Nueva. Camina sigiloso como el jaguarete sobre las ramas de los árboles. Se diría que sus ojos, su piel, sus pasos, todo él ruge cada vez que la aparición juega a incitarlo.

De pronto, lo que parecía una aparición está ante la vista de todos.

¿Ha dado un salto, o simplemente la magia de su belleza extrema la ha puesto allí, junto al fuego? Karãu se detiene y entra en el círculo. Sólo el fuego los separa. Sólo el fuego los une. Cualquier otro se quemaría. Ellos, en cambio, están allí como si estuvieran en su ámbito más natural.

Sus cuerpos hacen el fuego.

¿Quién cazará a quién?

Es la mujer vestida de llamas la que inicia el movimiento, y los tambores, que se habían callado para escuchar el crepitar de esas llamas, inician un tam-tam cada vez más intenso. Karãu se mueve en sentido contrario, no dejará que los papeles se inviertan. Él quiere ser el cazador y va al encuentro de la joven por el lado opuesto. Le da alcance y rodea la pequeña cintura de la joven con su brazo derecho. Ella echa sus brazos al cuello del joven y él la desprende del piso como arrancando una planta exótica de la orilla del río.

Ahora danzan.

Todas las cosas giran a alta velocidad.

Las manos en los tambores. Los pies de Karãu y la joven. Sus cuerpos. El fuego. Las estrellas. La finísima curva de la luna. El círculo de la tribu.

Todas las cosas giran a alta velocidad.

Se desenfrenan.

El alma. Los corazones. La carne. Los pensamientos. La pasión.

Una sombra sola está quieta en medio de la alocada carrera.

Una sombra a espaldas de Karãu.

Tu madre ha muerto dice la sombra, y los tambores callan. Enmudece el aire de la noche y todo lo que giraba abandona su impulso y se deja ir en un último movimiento que ya no atiende al movimiento...

Tu madre ha muerto, repite ahora en medio del silencio la sombra quieta.

No molestes, viejo. Ahora no es momento. Ahora no es tiempo de llorar.

Karãu, teñidas sus palabras por el fragor sensual del momento, no comprende que su madre ha muerto. La tribu en pleno no comprende el desamor de Karãu y, sintiéndose culpables, cada uno de los presentes, esconde su mirada en el piso de tierra. Las llamas retroceden, ceden en la hoguera dejando paso al reinado de las cenizas. La joven, objeto del deseo desenfrenado de Karãu, escapa hacia el bosque. Karãu olvida la fiesta, a su madre muerta, al viejo médico que le ha dado aviso, y corre tras ella.

La persecución ya no es simbólica sino real: el jaguarete persigue a la hermosa gacela.

Karãu huele en el aire el perfume de la joven y entra en el bosque.

Como si fuera una premonición, la estela de flores de tajy que va dejando tras sus largas zancadas, se deshace y las flores, antes perfumadas, caen marchitas y con un hedor de muerto. Karãu se interna en el monte que cada vez se hace más y más espeso. Cae repetidas veces enredado entre las lianas que ahora proliferan por doquier. Ya no hay flores ni suaves fragancias, todo es oscuridad impenetrable. El suelo que pisa es un barro pegajoso.

Un crujido, el canto de un ave, un movimiento de hojas y Karãu cambia de rumbo.

Ya no sabrá regresar.

El cielo, ahora ausente, lo sabe, pero Karãu ya no puede ver el cielo, sólo un cerrado techo de hojas que le impiden la orientación. Como si fuera un canto de sirenas, cualquier ruido lo atrae. Karãu piensa solamente en la bella joven que ha escapado de sus brazos.

Karãu es ahora otro hombre. El deseo se ha transformado en obsesión primero y en desesperación después. Ha perdido su preciado bastón emplumado. Su cuerpo arañado por la vegetación presenta rastros de sangre. Su rostro se ha hinchado producto de las picaduras de los insectos. Su temple es ahora obstinación.

Toda la noche tras un imposible.

Karãu sale ahora a un claro, ve un cielo bajo y cerrado por nubes oscuras.

Nuevas esperanzas le trae el pantano neblinoso que tiene frente a sí.

Avanza

Las pestilentes aguas hasta la cintura.

Apariciones entre la niebla.

Ve a la joven que se aleja caminando suavemente sobre el inmundo lodazal.

Ve a la madre muerta que asoma entre las aguas y se hunde nuevamente. Escucha sus gritos: ¡Sálvame, hijo! ¡Sálvame, por favor!

Una y otra vez la bella joven y la madre muerta aparecen y desaparecen ante los azorados ojos de Karãu. Una y otra vez Karãu intenta alcanzar a las mujeres con su voz, pero de su garganta no sale un solo sonido.

El agua ahora le llega al cuello y sin embargo Karãu sigue avanzando.

Ya no hace pie.

Karãu se hunde y vuelve a salir a flote en el pantano.

Ya no es un hombre.

Apenas una masa informe entre el barro.

De pronto un grito lastimero alza su cuerpo flaco y de entre los pajonales un ave negra extiende sus alas y se pierde entre la niebla. Un ave condenada a vagar en los pantanos. El cuerpo del color del barro. El grito del color del arrepentimiento tardío. Un ave triste: el karãu.



#### La leyenda de Pombéro



Éstas son las tierras de Carapeguá, ciudad ubicada en el departamento Paraguarí: escenario de la leyenda del pombéro.

En medio de la noche Itivere despertó con la sensación de que algo rondaba su choza. Salió y anduvo un buen rato por los alrededores del monte con pasos sigilosos pero nada pudo ver ni escuchar. Sólo algunos pájaros nocturnos, breves aleteos y graznidos apenas perceptibles. Itivere piensa en Guyravera, su amada esposa.

Guyravera descansa, enorme la curva de su vientre. Habita en él la vida de un nuevo ser que pronto brillará para ellos. Guyravera sueña paraísos de paz y ni siquiera en sueños atisba la desgracia que el destino les ha entregado hace ya un buen tiempo.

Itivere mira al cielo cara a cara al jaguaveve que parece estar quieto pero que, él lo sabe, pronto se irá. Mira confiado a la desgracia, la desafía. Cree que enfrentando al astro, las desgracias huirán muertas de miedo. Confía en su poder. En su fuerza hay algo natural que siempre lo ha sacado a flote en los momentos más acuciantes. Confía en sus propias fuerzas. Itivere no ha escuchado los silbidos fuertes y agudos que desde hace varias lunas rodean el poblado y en particular su choza. Un silbido que parece salir de la oscuridad misma de la noche. Un silbido cargado de magia, algo que Itivere desprecia.

Desde cientos de años atrás los akahendy merodean los poblados guaraníes. Siempre con la esperanza de engendrar en una mujer de suprema belleza que mejore las extrañas características de su raza. Los akahendy, homúsculos pequeños, nunca descubrieron las

distintas formas de generar el fuego. En las noches más oscuras roban los tizones de los fogones y los llevan hasta sus poblados. Son expertos, eso sí, en preparar elíxires y filtros con hierbas y mieles. Son expertos en esa magia que proviene del poder de las hierbas.

El cuerpo de estos pequeños seres, que no superan la estatura de un niño de diez años, está cubierto de vellos de una gran suavidad los cuales les crecen incluso en las palmas de las manos y en las plantas de los pies.

Pueblo rencoroso, los akahendy, marcan a sus víctimas tocándolas con sus velludas manos. Una caricia imperceptible que provoca un escozor de extraña sensación en las niñas y que les hace amigas de las sombras para siempre.

Los akahendy son más veloces que el viento y para no ser descubiertos se mimetizan como si fueran ñandúes empollando, o como troncos secos o como matorrales. La forma de su cuerpo y sus extrañas vestimentas hechas de pieles, plumas y hojas les ayudan a despistar a sus enemigos.

Capaces de la amistad, los akahendy esperan la ofrenda de los pueblos que cerca de los matorrales les dejan caña, tabaco y miel. La respuesta generalmente no se hace esperar. Los akahendy retribuyen las ofrendas con huevos de pájaros, panales llenos de miel, y otras delicias del monte. Pero también son muy vengativos cuando la ofrenda no llega.

Guyravera ya siente los primeros síntomas del parto. Se recuesta dentro de la choza y al poco tiempo, cerca de la medianoche, nace una niña. Itivere escucha un silbido largo y profundo. Sale a ver, siente pasos y un tizón encendido escapa del poblado hacia el monte a gran velocidad. Itivere lo entiende todo. Los akahendy han robado el fuego de la vida a su pequeña hija. Lleno de furia intenta perseguir al duende pero sus fuerzas se acaban bien pronto. Es imposible perseguir a quien corre más rápido que el viento. Desesperanzado vuelve al poblado. Su niña es más hermosa de lo que hubiese podido imaginar pero él sabe que el fuego de la vida ya no le pertenece. Ha sido tocada por las heladas manos del akahendy.

Itivere se revuelve en su propia impotencia. Sabe que con la fuerza no podrá lograrlo. Entonces decide granjearse su amistad. Tal vez de esa forma logre liberar a su hija del maleficio. Itivere deja ofrendas a los duendes. Una y otra vez las ofrendas desaparecen pero no son retribuidas. Signo inequívoco de que la amistad no será dada.

Ha crecido la niña. Su padre la observa con pena. Trata de seguir sus movimientos pero al menor descuido Iramara se pierde de la vista de los suyos. La niña prefiere los lugares oscuros del monte. La penumbra es su aliada y se siente atraída irremediablemente hacia ella

Una tarde en que Iramara se ha desprendido de la vigilancia de su padre y se encuentra en lo espeso del monte trepada a un añoso árbol, es sorprendida por un hombrecillo que se presenta ante ella de improviso y festeja su gusto por las sombras.

"Si te gusta la sombra y la oscuridad de los montes, entonces también te gustará la miel, tanto como a mí" dice el hombrecillo.

La niña acepta la miel que el duende le alcanza y siente que la presencia de aquel ser le hace sentirse más segura. Menos rara. Aceptada y halagada la niña entabla una conversación fluida con el duende que no se limita tan sólo a esa tarde, sino a muchísimas tardes más.

El hombrecito le realiza permanentes obsequios y la niña se siente a gusto con él.

Ahora, Iramara es una adolescente hermosa. Ha pasado mucho tiempo desde aquel primer encuentro con Timbe, el duende, y se han hecho muy amigos.

El hombrecito le ha estado embrujando con la magia de sus brebajes. Iramara ya está lista para la gran expedición de la que siempre hablan cuando están juntos. Partir a tierras lejanas, abandonar la aldea a la que nada ni nadie la ata, irse por los caminos del monte... Iramara lo siente en su sangre joven en la que el deseo también empieza a bullir, no sólo por el desarrollo natural sino, y sobre todo, por los brebajes que Timbe le proporciona.

Itivere y Guyravera se han vuelto taciturnos de tanta tristeza. Su hija, la luz de sus ojos, los desprecia. No contesta a sus preguntas. Se encierra en un ensimismamiento en el que ellos ven el fin. Ambos han decidido irse de la aldea. Llevarse lejos de allí a Iramara, arrancarla de las garras de los akahendy y comenzar una nueva vida más allá del horizonte. Lo han pensado mucho y al fin se han decidido. No encuentran otra forma de salvar la vida de su amada hija.

Pero los akahendy también han decidido con respecto a la vida de Iramara.

"Ha llegado el momento", dice Timbe a sus congéneres.

"Hoy traeré a Iramara", repite el duende y una multitud de hombrecitos aúllan de placer y lanzan risotadas sin sentido mientras se revuelcan en el campo pelado.

"Mañana partiremos", dice Itivere a Guyravera.

La mujer calla, presiente que todo será inútil pero no contrariará a su esposo.

Itivere vigila su choza. Duerme Guyravera. Duerme Iramara. Pero la noche no duerme. La oscuridad de unas nubes densas y negras va cubriendo el cielo. Se escucha un silbido. La luna ya ha desaparecido del cielo. Algunos relámpagos caen en la lejanía como agujas de fuego.

Un descuido apenas y la niña ha desaparecido. Itivere descubre la hamaca vacía. No recuerda haberse dormido. Despierta a Guyravera. Iramara se ha ido.

"Volverá" dice la madre. Pero la niña ya no ha de volver.

Cerca de los pantanos, en la zona más oscura, se puede ver lo que Itivere y Guyravera no quieren imaginar. Allí están Iramara y Timbe. El duende la convence para partir. Le da de beber los zumos mágicos y se la lleva. La niña va sentada en un especie de trono que los akahendy han construido sobre dos varas. Varios hombrecitos se turnan para llevar las varas sobre sus hombros.

Cuando llegan a su destino la tierra y los árboles y los matorrales parecen despertar. De todos lados surgen más y más hombrecitos. Hediondos y zaparrastrosos. Excitados por la presencia de la bellísima adolescente rodean el pequeño trono con frenesí ensordecedor. Gritos. Zapateos. Risas y un olor inmundo que casi desmaya a Iramara. Nuevamente Timbe le alcanza zumos mágicos y la niña entra en un estado de sopor del que ya no saldrá nunca más. Ella no imagina que será fecundada por estos pequeños monstruos, no entiende del todo lo que sucede, no entiende la lascivia de los hombrecillos diabólicos. Pero está allí en medio de la turba y nada puede hacer.

Itivere, al amanecer, viendo que su hija no regresa, decide reunir a su tribu y partir en su busca. Allá van los bravos indios en busca de las tierras de Karapegua, en busca de los akahendy para exterminarlos. Dos días caminaron los indios hasta llegar a las planicies de Karapegua que tienen frente a ellos. Amanece nuevamente y el jefe, Itivere, siente la proximidad de su hija. La vé y corriendo a su encuentro la toma entre sus brazos y sale del círculo de duendes, incendiándolo todo. Los indios ponen fuego a todos los matorrales y el fuego se extiende de inmediato rodeando a los hombrecitos infernales.

"Ahora están donde deben estar", dice Itivere con su hija en brazos mientras se aleja caminando por la orilla de un río. La venganza está hecha y el guerrero siente que su hija está a salvo aunque la observa temblar en sus brazos. Un sudor helado cubre el cuerpo de la niña que poco después muere. Su padre con el llanto incontenible la entierra junto al río y regresa vencido a su aldea.

Aunque Itivere creyó haber destruído a la raza de los akahendy con aquel monumental incendio, algunos de ellos lograron escapar. Itivere y Guyravera murieron poco después de pena y desconsuelo. Los akahendy sobrevivientes se distribuyeron por distintas tierras y aún hoy continúan haciendo de las suyas en los alrededores de los poblados. Se les conoce con el nombre de Pombéro, a raíz de sus manos velludas y continúan dando su protección a quienes les acercan ofrenda de tabaco, caña y miel. Aparecen en los lugares donde se los nombra y atacan de vez en cuando a las adolescentes insistiendo con su manía de fecundar a las mujeres bellas para mejorar su raza. Se los encuentra solos, y utilizan andrajos mugrosos como vestimenta, llevando casi siempre un rotoso sombrero de paja que les cubre el rostro.

## 🔷 La leyenda del Ñanduti

Como el humo de las grandes quemazones, un techo bajo de nubes negras cubría la aldea de los Guerreros del Sol. Las nubes se arrastraban enceguecidas por la fuerza de los vientos. Los habitantes de la tribu sabían que esa oscuridad era circunstancial y se preparaban para el próximo esplendor del Sol. Nadie estaba triste porque sabían que el astro de oro volvería a

brillar sobre sus cabezas alzándose con toda su fuerza. Nadie, excepto Ñandu Guasu, el hijo del jefe de "los grandes avestruces".

Desencajado, se revuelve en su hamaca de fibras.

¿Cuánto tiempo lleva así?

¿Cuánto tiempo lleva su madre intentando hechizos para librarlo de aquel tormento?

"¡Oh, Sapuru, hermosa ninfa indígena, abandona esta tierra y nunca vuelvas!" piensa para sí la madre de Ñandu Guasu, viendo a su hijo sufrir por el amor no correspondido.

Sapuru desafía al Sol.

Paradoja: Sapuru envía su mensaje de esperanza montado en las nubes y en el viento.

"Sapuru se quiere casar y se lo ha dicho a sus padres", dijo la machu con tono malicioso al oído de Ñandu Guasu. De inmediato el guerrero está en pie escuchando lo que la vieja viene a decirle. "Sapuru se casará con el hombre que le haga el más raro y valioso presente". La machu hizo una pausa para palpar con sus ojos sesgados las reacciones de Ñandu Guasu. "Claro que será muy difícil superar los que ya ha recibido –agregó la machu– aunque dicen que el regalo que trae Jasy Ñemoñare es más hermoso y raro todavía. Trae collares, pendientes y brazaletes de un metal raro, blanco y brillante, y dicen que lo ha sacado de la luna misma una noche en que ascendió hasta allí con su magia de descendiente directo de la reina de la noche".

Ñandu Guasu la escucha y se siente demolido por la evidencia verbal de la vieja.

Ñandu Guasu piensa en la muerte.

En su muerte.

Canta el kogohé y Nandu Guasu huye de la vieja, del canto y de la muerte.

Corre por el bosque el joven guerrero.

Corre con sus piernas de acero.

Corre ahuyentando a las nubes negras, al canto maléfico, a los augurios de la vieja machu, al viento que retuerce el cielo. Trepa a los árboles, los traspasa. Cruza los manantiales y sobre todas las cosas va extendiendo con furia la furia del Sol. Todo se ilumina a su paso.

Corre haciendo el día hasta que cae la noche.

Ahora, Ñandu Guasu, con paso reposado, recorre el monte que ha hecho suyo durante el día. Presiente el hallazgo, lo huele en el aire. Es un perfume finísimo, casi imperceptible. Una sonrisa se dibuja en su rostro de hombre. Ha llegado junto al árbol muerto. El árbol que el rayo de los cielos ha destruido con su fuego. Ñandu Guasu acaricia el tronco muerto y en el lugar que ha tocado nace un brote pequeño y verde. Ñandu Guasu levanta la mirada advirtiendo la presencia viva de la más encantadora obra de la naturaleza que jamás había visto. Un tejido blanco y brillante, empapado en rocío, lleno de reflejos, hecho con dibujos de una perfección celestial. Un manto nacido para Sapuru. Sin dudas un regalo insuperable.

De pronto, de entre el follaje, surge la figura de Jasy Ñemoñare. El también quiere a Sapuru. Ñandu Guasu no tiene armas pero lo enfrenta. Un duelo por amor. Por el amor de Sapuru. Rodeos. Fieras miradas. Ruedan los contrincantes. La luna los mira. Una piedra, una herida mortal, la sangre corre y la luna llora porque su hijo ha muerto. Jasy Ñemoñare yace bajo la luz de la luna.

Ahora Ñandu Guasu trepa hacia las ramas que sostienen el codiciado manto. Su rostro iluminado por la certeza de tener a Sapuru para siempre. El joven alarga sus manos y el finísimo tejido se deshace en una baba pegajosa e informe. Es un hechizo. Es una quimera. Es un imposible. Jamás podré tener entre mis brazos a la bella Sapuru, se lamenta en sus pensamientos Ñandu Guasu y lágrimas de rabia ruedan por su rostro.

De un salto está en el suelo y corre rumbo a su aldea.

Corre con sus piernas de acero.

Corre cubriendo la luz lunar con un manto negro que todo lo ensombrece.

Corre ahuyentando a los hechizos, a la muerte y a la fría luz de la luna.

Corre haciendo la noche con su llanto hasta que nace el día.

Ahora Ñandu Guasu se revuelve en su hamaca. Sueños terribles agitan su espíritu. Habla en lenguas extrañas mientras duerme. Grita. Su madre, acongojada lo despierta. Lo saca del infierno. Ñandu Guasu calla. No cuenta su travesía por el monte. Se lo ve con el semblante ensombrecido por la pena y por la rabia. El sol ya está en lo alto cuando el joven decide sincerarse con su madre. Se sientan juntos, a orillas del río, y con la mirada perdida relata lo sucedido: la travesía, el claro en el monte, la muerte de Jasy Ñemoñare, la joya de aquel tejido, la desazón final.

La madre se levanta y simplemente dice: "Llévame a ese lugar".

El joven la mira, primero sorprendido y luego con una sonrisa esperanzadora.

"Confía en mi", dice la madre, y parten.

No corren por el monte, lo sobrevuelan con la fuerza del amor.

Ahora están en el sitio del hallazgo. La madre observa el cuerpo de Jasy Ñemoñaré cubierto de insectos y luego dirige su mirada a la maravilla del tejido allá en lo alto. La fuerza del sol parece haberle dado más vida, más brillo, más luz. La madre observa con detenimiento, no se arriesga a tocar la tela, sabe que el mínimo roce la destruirá. Se limita a mirar el constante movimiento del pequeño animal. Sus idas y vueltas. Su colgarse y descolgarse contínuo, casi sin pausas.

Ñandu Guasu se ha dormido.

Sobre una rama repone las fuerzas que ha gastado durante la noche.

La madre aprende la urdimbre del tejido maravilloso. Sigue los pasos de la araña. La madre comienza a tejer un manto hecho a imagen y semejanza del que tiene ante sus ojos. Lo teje con sus propias canas. Lo teje con amor. Lo teje sabiendo que hará feliz a su hijo.

Cuando Ñandu Guasu despierta, su madre descubre ante sus ojos el tejido que ha hecho con sus canas. El joven sorprendido mira la obra de su madre y mira el tejido prendido de las ramas: son idénticos. Con temor el joven toma entre sus manos la suavísima urdimbre. La madre cuenta cómo lo ha hecho y el hijo, con su natural ingenio, le dice: "lo llamaremos ñandu ati."

"Ve y entrega esta ofrenda a Sapuru" dice la madre.

Los descendientes de Ñandu Guasu y Sapuru continuaron tejiendo aquel delicado encaje que hoy conocemos como ñanduti, homenaje eterno al talento y sabiduría de la madre de Ñandu Guasu, y nombraron a las arañas, tejedoras naturales y primigenias de aquella maravilla, con el nombre de ñandu con el que hoy las conocemos en nuestro idioma guarani.



Es la calma hora de la siesta, cuando la sombra aparece apenas a nuestros pies. Uruti, la hija del mburuvicha de los guarani sale de la aldea. Guía sus pasos la pasión por un hombre. Un guerrero. Un solitario que ha desafiado las fuerzas de la naturaleza con el poder de sus ancestros.

Uruti llega junto al tajy florido que está al borde de la fronda espesa. Allí deberán encontrarse. Allí espera al amado. Allí, inquieta y ardorosa, Uruti se sienta y se pone de pie una y otra vez a la sombra fresca del lapacho. Jaguarainga no llega. Algo lo ha retrasado.

Cuando Uruti está a punto de retirarse aparece el guerrero solitario deseoso de ver a su amada.

La tarde se enciende nuevamente y los nubarrones que poblaban el alma de Uruti con desencantos desaparecen como si un gigante los hubiera soplado con fuerza alejándolos para siempre.

Estoy aquí, viéndolos. Uruti la bella princesa guarani y Jaguarainga, el fuerte guerrero, plebeyo pero orgulloso de ser descendiente de los primeros habitantes de estas tierras. No sabe él, sepámoslo nosotros, que su madre ha sido la hermana del gran jefe guarani.

El diálogo meloso de los jóvenes. Las caricias.

él le ha traído como ofrenda una piel de tigre aún caliente y algunas heridas en los brazos y en el pecho, rasguños de la fiera con la que ha tenido que luchar a plena luz del día, para llegar junto a su amada. Orgulloso de su triunfo, el guerrero descansa en el regazo de su amada. Ella cura sus heridas con hojas de ceibo y palabras de amor.

Los enamorados sienten pasos y voces.

La niña se asusta.

El guerrero le pide calma.

"Es la voz de mi padre, debo irme", dice la niña.

"Ya es tarde para huidas, enfrentemos la situación", le contesta el guerrero.

Ambos se ponen de pie y de esa forma reciben a la comitiva que se acerca hacia ellos.

Reprende con voz firme el padre a la hija y ésta pretende poner excusas a la presencia del guerrero junto a ella. Pero Jaguarainga, altivo y seguro de sí mismo, enfrenta la situación y confiesa su amor por Uruti al gran jefe guarani.

Indignación es lo que ha logrado con su confesión de amor. Una indignación que esconde un odio ancestral. La tribu a la que pertenece Jaguarainga es una tribu esclava de los guarani. Con soberbia, Arakare, el padre de Uruti, destrata y menosprecia al guerrero. El joven se defiende recordando al viejo jefe que su tribu ya era dueña de estos lugares cuando la suya aún no existía como pueblo y le advierte que el alejarse de los consejos de la naturaleza poniendo por encima la ansiedad de poder le pesará en el futuro, en un futuro muy cercano.

"Hoy pueden ser dueños de estas tierras y esclavizar a las tribus ancestrales, hoy tienen el poder, pero si continúan alejándose de la madre tierra, se volverán esclavos en muy poco tiempo", dice el joven. El viejo jefe lo maldice y lo hace echar fuera de su presencia.

La niña vuelve a la aldea con sus padres y sus padres la envían al templo mayor para que los sacerdotes conjuren el daño de la pasión y el ardor de su alma. Uruti deberá consagrarse como vestal del templo y alejarse de todo hombre por siempre jamás.

Se resiste Uruti, mientras las otras vestales del templo la animan diciéndole que pronto olvidará los sucedido. Que los sacrificios, los ayunos y la disciplina la convertirán en otra mujer.

Pasa el tiempo y Uruti ha superado las pruebas para ser consagrada vestal del templo.

Hoy es el día.

Su padre y su madre están presentes en el templo.

Los sacerdotes realizan los ritos iniciales de la ceremonia.

Uruti, vestida de blanco como las demás vestales está lista para la danza espiritual.

Las melodías de los dioses resuenan en ecos profundos y las vestales comienzan su danza circular. Cuando la música cesa, las vestales quedan con la vista clavada en el techo del templo. Hay algo allí que llama la atención de las vírgenes. Pero antes que nadie pueda darse cuenta ya las mujeres han bajado la vista. Sólo Uruti, como si escuchara una música del más allá, inicia una danza extraña a la santidad del templo, extraña a las vestales, extraña a los sacerdotes. Es una danza de una sensualidad como no se ha visto. Su cuerpo transformado en las llamas de una gran fogata. Cada desplazamiento una insinuación. Los movimientos ondulatorios de Uruti cesan de pronto y cae al piso desmayada.

Los sacerdotes, alarmados por la expresividad lujuriosa de Uruti, se reúnen y entienden que el espíritu de castidad no ha penetrado en el alma de la joven. ¿Qué hacer?

La ira despierta en el gran jefe Arakare.

Como es posible que de su simiente haya nacido tan baja mujer, que se rehúsa a ser casta y pura para la eternidad. Que corre tras un bastardo. ¿Qué clase de hija ha tenido?

Minutos más tarde los guardias del templo reclaman la presencia de los sacerdotes en las afueras del lugar. Han sorprendido a un indio trepado a los techos del templo. Han sorprendido a Jaguarainga espiando la ceremonia de las vestales. Tratando de impedir la consagración de Uruti. Y lo ha conseguido. De inmediato Arakare condena al maldito a la muerte y a su hija a presenciar el castigo.

"Morirá. El verdugo le aplastará la cabeza, cortará su cuerpo en pedazos que serán devorados por la tribu y sus huesos se tirarán en un claro del bosque para que su alma no tenga reposo", esas son las palabras que usa Arakare para sentenciar a Jaguarainga.

El guerrero intenta defenderse pero nadie atiende sus reclamos. Invoca el amor por Uruti y eso enardece aún más al gran jefe: "Llévenlo y átenlo al árbol. Ofrézcanle mujeres, manjares y vino, para que gozando de los placeres terrenales sufra más a la hora de la muerte".

Los preparativos para el castigo-sacrificio comienzan de inmediato. Los guardias traen mujeres, manjares y bebidas al prisionero que todo lo rechaza. Las vestales y Uruti, mientras tanto, preparan un plan para liberar al guerrero. Mezclan a las bebidas jugo de adormideras rosadas y ninfeas azules. Una vez que todos comienzan a beber, pues sin ese paso no hay ritual, comienzan a caer dormidos como troncos. Es aquí cuando vuelve a aparecer en escena Uruti. Llega para liberar al prisionero. Desata las cuerdas que lo mantienen unido al árbol y luego de solazarse en caricias y declaraciones de amor eterno escapan del lugar llenos de esperanza. Desean alejarse lo más pronto posible hasta que la ira de Arakare se aplaque. Toman el rumbo del naciente. Van unidos en el amor. Huyen pero en la huida no hay

rencores. En sus almas no hay espacio para otra cosa más que para el amor.

Días después una nutrida comitiva de trescientos guarani armados hasta los dientes y encabezados por el jefe de los guerreros de Arakare y antiguo pretendiente de Uruti atrapan a los fugados y los regresan al templo. Ahora el castigo es doble. A Jaguarainga se le impone la misma forma de muerte que fuera sentenciada por el gran jefe y a Uruti, la condena para las vestales mancilladas, que es tan terrible como aquella: ser devorada por la boa de templo. Una terrible y gigantesca pitón con poderes de augur. Ruega la madre de Uruti por su hija, implora ante Arakare por la vida de Uruti pero éste no le perdonará la afrenta. La suerte está echada.

Un rugido terrible hace temblar todo el templo, ¿se está cumpliendo la sentencia? ¿de dónde ha venido aquel terrible rugido que aún desde el eco continúa haciendo temblar las poderosas paredes? ¿Qué es lo que está pasando allí afuera? Dos guardias horrorizados penetran en el templo y dan aviso: Juaguarainga ha dado muerte a la serpiente gigante. La ha partido en dos luego de librarse de sus ataduras. Al ver que la serpiente se enroscaba a los pies de amada, logró zafar de las ataduras y como un poceso arrebató el hacha de uno de los guardias y de un sólo golpe partió en dos a la terrible boa. Sus dos partes aún siguen agitándose y manchando de sangre las paredes del templo.

Jaguarainga continúa disputando con los guardias hasta que al fin cae rendido.

Arakare perdona la vida de Uruti aconsejado por los sacerdotes y ratifica la condena de Jaguarainga, sacrificio que deberá ser presenciado por Uruti. La sentencia se cumple sin ritual. El verdugo le aplasta la cabeza, troza su cuerpo muerto y tira los huesos. Luego del sacrificio libera a Uruti que corre hacia su padre. Uruti llora, grita y maldice a su padre que se mantiene impávido ante los reclamos infructuosos de la bella Uruti.

Uruti se marcha del templo seguida por su madre, Ojampi, que decide seguir a su hija a donde vaya en lugar de cuidar del anciano y malvado jefe de los guaraníes. Las señales de desastre para la tribu de Arakare no se hacen esperar. Los sacerdotes se las hacen saber, pero el viejo jefe ha perdido la capacidad de entender esas cosas y no hace caso de los avisos. "Los malos augurios se cumplen sólo con los cobardes y yo soy un hombre valiente", dice Arakare. "Nada ni nadie me doblegará". Los dioses para hacer más penosa su soledad deciden convertir a la bella Uruti en un pájaro nocturno que llora todas las noches y descansa durante el día y a su madre en un árbol seco sobre el cual se posará el urutau.

El viejoArakare ya no puede conciliar el sueño. Su tribu fue perdiendo sus posesiones y él fue perdiendo el poder. Arakare envejeció rápidamente y murió solo, escuchando el lamento terrible del urutau durante todas las noches de su vida y aún después de muerto.



#### La leyenda del guavira

Corren las primeras épocas de la colonización. Corren como los primeros caballos que atravesaron la mar océano. Corren como las nubes que vienen empujadas por los mismos vientos que ensancharon las velas de las primeras carabelas. Corren como lo han hecho en todos los tiempos, sin detenerse, avanzando siempre en pos del futuro inalcanzable.

Los bravos indios de esta tierra se enfrentan a los conquistadores que vienen con su soberbia en busca de Eldorado. Dispuestos a todo por un pedazo de oro, los hombres de allende el mar se internan en los bosques de las nuevas tierras y se enfrentan cuerpo a cuerpo con los aborígenes.

En una de aquellas luchas un guerrero español cae prisionero del temido cacique Jaguati.

Jaguatí tenía una hija muy hermosa pretendida por varios de sus mejores guerreros a los cuales ella había rechazado uno a uno.

Cuando el hombre blanco llegó a la aldea fue encerrado en una jaula.

Allí, avergonzado y temeroso, pasó sus primeros días sin probar bocado. Pensaba en su dulce amada que había dejado en las ahora lejanas tierras europeas. Imaginaba que ya no volvería a verla. Sufría por ella. Se veía sacrificado por aquellos salvajes de los cuales no entendía ni siquiera el idioma. Lloraba en silencio.

En esos pensamientos estaba cuando sintió la penetrante mirada de Apykasu, la joven y bella hija de Jaguati. Ella le entregó dulcemente una vasija con agua fresca y él, sediento, aceptó. Desde entonces fue Apykasu quien llevó los alimentos destinados al prisionero. Su figura le había impactado al punto de sentirse totalmente enamorada del extranjero.

Apykasu entonces habló con su padre. Le pidió que le entregara al prisionero porque se había enamorado de él, que le perdonara la vida. El cacique se mostró condescendiente con su amada hija. ¿Cómo iba a negarle un deseo? Además quería que su hija le diera descendientes.

Apykasu inició la seducción del extranjero. Ante las atenciones de la joven el hombre se mostraba amable pero distante y no daba muestras de corresponderle. Como si estuviera en otro lado y no en aquella aldea.

Apykasu le hizo mantas y adornos. Le preparó platos especiales. Le hizo entender que le amaba y al fin, vencida por la desdicha del amor no correspondido, Apykasu ordenó que lo enviaran a la hoguera. Fue un simulacro lamentable ya que el prisionero, aún al borde de las llamas, no se inmutó. Prefería la muerte a ser infiel a la promesa que le había hecho a su amada. Prefería morir antes que faltar a su palabra.

Terminada la farsa de la hoguera Apykasu intentó por todos los medios comunicarse con el apuesto joven hasta que al fin lograron entenderse. Entonces ella suplicó su amor una y otra vez. Pero él, con absoluta sinceridad le confesó que no podía amarla, que le agradecía lo que ella había hecho por su vida pero que era un imposible porque había dado su palabra a otra mujer.

Apykasu lloró mucho aquel día encerrada en su choza.

Su padre intentó consolarla pero ella insistía en que estaba enamorada del extranjero.

Una voz amiga que Apykasu no reconoció la sacó de triste llanto. "Ve a ver a la kuña Paje" murmuró alguien a través de una abertura de la choza en medio de la noche. Apykasu salió a ver quien le aconsejaba pero sólo encontró el silencioso sueño de la aldea.

De inmediato, Apykasu se puso en marcha. Al llegar a la casa de la hechicera, Apykasu encontró que ésta le estaba esperando. "Pensé que ya no vendrías", le dijo. "Hace días que estoy esperándote. Cuéntame todo", dijo la hechicera acomodándose en su poltrona.

Apykasu le contó sus desdichas y sus penas paso a paso sin olvidarse de ningún detalle.

"Es muy sencillo lo que debes hacer", dijo la Kuña Paje.

"¡Quiero saberlo ya!", respondió la joven inquieta.

"Mañana bien temprano vas a invitar al extranjero a dar un paseo. Llévalo hasta la falda del primer cerro elevado que veas. Allí encontrarás un papagayo que te preguntará qué buscas. Dile que quieres encontrar los frutos del guavira y él te conducirá hasta los árboles donde podrás tomar la fruta. Dale de comer esos frutos a tu extranjero en forma abundante. Tienen

una propiedad mágica: se olvidará de todo lo que vivió en sus tierras y entonces quedará a tu voluntad. El resto tendrás que hacerlo tú misma".

Sonriente y reconfortada por las palabras de la hechicera, la joven princesa volvió a su aldea con el espíritu cambiado. A la mañana siguiente, Jaguati no podía creer el espíritu alegre de su hija. Apykasu se levantó de buen humor e hizo como la hechicera le indicara. Invitó al extranjero a dar un paseo. Divisó el cerro. Se dirigió hacia él y encontró al papagayo parlante que les habló atentamente ante el asombro del extranjero. Más tarde conducidos por el animal encontraron los jugosos frutos del guavira de los cuales el extranjero tomó los más grandes deleitándose con ellos.

Está demás decir que el hechizo se hizo realidad. El extranjero quedó para siempre en la aldea y Jaguatí tuvo una numerosa descendencia producto del amor de su hija con el hombre blanco.



#### La leyenda del Jaguaru

Navega el eximio remero cerca de la costa. Sus ojos escrutan la topografía de cada sitio. Se siente dueño del río pero no por eso deja de investigar su costa, sus profundidades, sus secretos.

Mira con asombro la extraña cueva que se abre ante sus ojos.

Es como una boca monstruosa y oscura que espera sobre la barranca. Nada se puede divisar de su interior. Oscuridad total. Guarán enfila su canoa hacia la abertura. En un primer momento nada puede ver. Lo negro absoluto. Ahora, habituado comienza a percibir las paredes de la cueva. Se diría que posee como los murciélagos una visión que proviene de los ecos. Guarán se guía más por el ruido de sus remos en el agua, aquí poco profunda. El olor es nauseabundo en esta pocilga. Lo aguanta todo en el afán de conocimiento el joven Guarán. Pero llega un momento en el que debe regresar. Es mucha ya la distancia recorrida y a juzgar por los ecos hay aún mucho por delante. Guarán decide tomar consejo de sus mayores. Su espíritu aventurero no le impide ser juicioso ente lo desconocido. Regresa Guarán sin inconveniente alguno y al fin, luego de un largo trecho, logra salir a río abierto nuevamente.

Guarán ha llegado a la aldea. Se encamina hacia la choza del más anciano de los de su tribu. Se sienta en silencio junto a él. El viejo le invita una infusión que hierve en el fogón. Beben. "¿Qué has descubierto ahora, Guarán?", pregunta el anciano como leyendo los pensamientos del joven. "He encontrado una cueva cavada en la barranca del río. He entrado en ella y parece no tener fin. Pero por lo que se huele allí debe estar ocupada por algún animal enorme. Me gustaría cazarlo", responde Guarán ansioso. "Mala cosa lo que has descubierto muchacho, mala cosa..."

Sorprendido por la respuesta el joven cacique espera la continuación. Un largo silencio queda suspendido en el aire como levitando hasta posarse en el suelo suavemente. Entonces el anciano vuelve a hablar: "Muchos, en mis tiempos, buscaron esa cueva y no pudieron encontrarla. Muchos guerreros fuertes y nobles esperaron al monstruo de aquella caverna inaccesible por años junto a la orilla de río, mas el monstruo siempre les encontraba desprevenidos. En esa caverna habita el jaguaru, de eso no tengo dudas. Te ayudó la bajante pero el mérito es tuyo. Ahora ya sabemos dónde está pero ¿qué podemos hacer? Nunca podremos sorprenderlo. Eso es ley..."

"Pero, ¿qué clase de animal es el jaguaru?, preguntó Guarán. "Eso no sabría decírtelo pero es

enorme y espantoso. Nadie que lo haya visto cara a cara ha vivido para contarlo. Dicen que se parece a un gigantesco lagarto. Dicen que tiene cabeza de tigre. Dicen que agita su cola con una fuerza jamás vista, arrancando árboles de cuajo con un solo golpe, dicen que se alimenta del bofe de las mujeres jóvenes... dicen tantas cosas del jaguaru".

Guarán recuerda haber escuchado alguna historia acerca del jaguaru cuando muy niño y un escalofrío corre por su espalda. ¿Por qué no siguió avanzando? Hubiese sorprendido al monstruo y lo hubiese matado, salvando a todo su pueblo de la terrible amenaza.

Pasaron los días y las semanas.

Guarán anduvo merodeando el lugar donde descubriera la cueva pero ya no pudo encontrarla. "Que existe estoy seguro, yo no soñé esa cueva" afirmaba para sus adentros el cacique. Había mantenido el secreto pero no evitaba el sitio del río donde suponía que se encontraba la cueva

Varias lunas han pasado desde aquel misterioso hallazgo.

Guarán siente que algo está por suceder. él mismo en persona, junto a los guerreros más fuertes de la tribu, marcha hacia aquel lugar. No divisan nada especial. Sólo la costa del río y calma. Mucha calma. Cada garza en su lugar. Los pájaros en absoluta tranquilidad. Ni un pez salta fuera del agua. La calma tan acentuada resulta sospechosa pero nada puede decir el joven cacique. Ni un indicio ante los ojos de los guerreros.

Es el atardecer. Están de vuelta en la aldea.

Cada uno se ocupa de sus tareas hasta que, entrada la noche, la aldea se concentra en el sueño. Jukyete, la esposa de Guarán siente que el joven no está bien. Lo ve dormir agitado. Una transpiración fría recorre su cuerpo. De pronto se levanta sobresaltado, se pone de pie y mira a su alrededor. Sólo la noche y el silencio. A lo lejos se escucha el lamento del urutau. Guarán desea fervientemente que su mirada penetre en la oscuridad. Jukyete desea fervientemente que su esposo pueda reposar en paz. Le frota ungüentos que ella misma ha preparado hasta que al fin el guerrero duerme tranquilo. Ahora es ella, la mujer, quien siente dentro de su cuerpo aquella ansiedad enorme que despertó a su marido. Se queda de rodillas junto a su esposo. Quisiera correr alrededor de la aldea, tal es la fiebre que le ha quedado encerrada en el cuerpo. El suave ondular de la brisa es para ella como un huracán sobre su piel. Trabajan los sistemas de su cuerpo de una manera exagerada.

Jukyete observa el descenso de las llamas en las hogueras. Observa el sueño de su esposo y de los guerreros en sus hamacas. Su cuerpo alerta siente ahora el sacudón del follaje en dirección al río. Debe ser el viento, piensa la mujer. Debe ser el viento...

Jukyete, vencida por el cansancio, cae acurrucada junto a su Guarán.

Más allá del temblor de los nidos, más allá del crugido de las ramas quebradas, más allá de los pasos que hacen retemblar el monte, la tribu duerme. Una sombra de barro. Una cabeza de barro. Un cuerpo de barro. Un monstruo de barro es el que asoma sus fauces abiertas en medio del silencio de la noche. Nada se mueve. La fetidez del monstruo todo lo invade, todo lo cubre, todo lo aletarga. Yérguese el fenómeno y muestra un pecho blanco y al parecer vulnerable. Adelanta su cabeza protegiéndose y atacando, todo a un mismo tiempo. En un abrir y cerrar de ojos la boca del monstruo rodea a Jukyete y la aprisiona. El terror desvanece a la joven que no tiene tiempo ni siquiera de gritar. El monstruo da un salto felino, agita con furia su larga cola y desaparece tal como ha venido. Los guerreros siguen en el sueño. Unos ancianos ven pasar la sombra espantados pero sus piernas no responden y no pueden avisar nada a nadie.

En lo alto del cielo se prepara una tormenta.

Riñen las nubes chocando unas contra otras. Saltan las chispas del duelo y caen quebradas y

verticales sobre el río. La tribu despierta con el primer ramalazo de la tormenta. Guarán busca con el brazo a su mujer pero no la encuentra. Se pone de pie y grita su nombre. Interroga a cada uno de sus hombres. Nadie ha visto nada. Al fin aparece un viejecito que dice haber visto la silueta del monstruo llevándose a una mujer. Guarán la ha perdido para siempre. Su grito es desgarrado. Guarán, enloquecido promete venganza.

Desde aquel día prepara a sus guerreros el joven cacique. Prometió venganza y así lo hará. Somete a los mejores a un duro entrenamiento. Día y noche están alertas. Han cavado una fosa para atrapar al maldito. Navegan el río buscando la maldita cueva pero no pueden hallarla. Saben que en algún momento, la bestia tendrá que salir. Esperan.

Guarán escucha en la noche nublada el retumbar del follaje y sonríe. Ha llegado el tiempo de la venganza. Despierta a los pocos guerreros que duermen y cada uno se coloca en su sitio. La bestia se acerca. Está cebada. Viene por más. Como si percibiera la trampa, el monstruoso animal se acerca lentamente, como tanteando el terreno. Los viejos se encierran en sus chozas. Los niños duermen. Las mujeres espían por las rendijas. Los hombres, tensos, esperan la llegada del que resopla sobre sus cabezas. Calcados de su anterior aparición son los movimientos del monstruo, pone los pies sobre las huellas que había dejado. Alarga el cuello buscando a la víctima pero esta vez no encuentra a nadie. Esta vez encuentra un sorpresivo ataque. Lazos y boleadoras enormes le aprisionan las patas. cae de costado el monstruo, se desploma en la fosa disimulada con hierbas. Se desploma su enorme peso y nubes de polvo blancuzco se elevan impidiendo la visión. De entre las nubes de polvo un rugido espeluznante se eleva quemando el aire. Es Guarán quien clava en las fauces del monstruo una lanza enorme. La lanza vuelve a aparecer salpicando la hedionda sangre en la nuca de la bestia. Las flechas caen en lluvia tremenda sobre el blanco pecho tiñéndolo para siempre de sangre. Con la lanza de Guarán incrustada en la boca se desplomó el monstruo.

Una imagen en la pared posterior del templo de Yaguarón inmortaliza la tremenda lucha. Continúa...



#### La leyenda del Irupé

Cumple con sus ritos la tribu en medio de la noche.

La luna acompaña cada paso. Las doncellas vírgenes danzan en torno al fuego. Corre entre los hombres el vino de mandioca. Canta y baila la tribu. Se exacerban los espíritus.

El joven Chiru cuenta sus hazañas. Acaba de regresar de la ciudad del oro. Cuenta todo con lujo de detalles y las fantásticas aventuras ocupan todo su hablar. Nada de lo que allí pasa parece tener mucha gracia después de haber pisado aquellas tierras doradas.

Bailan las doncellas vírgenes alrededor del fuego.

Coronadas de flores danzan con sus atuendos blanquísimos.

Las llamas que se levantan con fuerza crujiente tiñen la piel de las jóvenes de un rojo incandescente y furioso que enerva los espíritus. Chiru mira a las doncellas. Mira a una doncella en especial. La más joven. La más hermosa. La más áurea. La mira con deseo irrefrenable.

Ahora las doncellas detienen su danza y agitadas descansan junto a un árbol.

Chiru manifiesta su deseo a un hombre que está a su lado.

El hombre le advierte que esas doncellas no pueden ser tocadas. La maldición de Tupã caerá sobre quien ose tocar a las doncellas vírgenes de la tribu.

Chiru, agitado por los espíritus del vino, se acerca a la joven y le ofrece sus brazos para el merecido descanso. La joven rehúsa el ofrecimiento. El muchacho insiste. La acosa. Se le acerca. La joven huye. Se levanta y corre por el monte. Chiru, enceguecido por la negativa la persigue.

Alejada del fuego y corriendo por el bosque, la niña, plateada por la luna parece un espectro encantado. No está dispuesta a entregarse a los brazos de aquel indio ebrio. Llena de miedo, trémula pero decidida se aleja con sus ágiles piernas. Casi lo ha perdido de vista. Chiru, embriagado, no acierta el camino que ha tomado la joven pero su deseo es irrefrenable y no se detiene. Obstinado avanza. La niña se detiene junto al río. Se ha trepado a una roca saliente y allí aprisiona entre sus manos el talismán defensor de la virginidad. En ese mismo momento ve aparecer a través del follaje a Chiru.

"Al fin te he alcanzado" grita el muchacho poseído por los espíritus del alcohol.

"Huiremos juntos. Te llevaré a la ciudad del oro. Viajaremos sin descanso y la aventura será nuestra única guía. Te ofrezco el paraíso que está más allá de los cerros". Suplica el joven ante el silencio de la niña que temblorosa aprisiona aún más su amuleto. El hombre se acerca a ella.

Intenta varias veces subir a la piedra en la que está erguida la pequeña doncella.

Le acosa desde abajo Chiru hablándole continuamente de amor y desenfreno.

El silencio es el resguardo de la niña. Mira el río cargado de estrellas. Un reflejo vivo. La luna enorme en su superficie. Todo parece hablarle, incitarla.

Ya trepa Chiru.

Ahora sí está por darle alcance.

La niña no lo duda un instante. Salta y se sumerge en ese espejo de astros y reflejos. Salta detrás el muchacho, guiado por el deseo.

Se desliza la niña hacia lo más profundo.

"Te salvaré y serás mía" balbucea el hombre y se sumerge en las oscuras aguas en busca de la doncella. Una y otra vez va y viene de la superficie a las profundidades hasta que al fin logra alcanzar el cuerpo de la niña. Lo aferra fuertemente y se dirige a la superficie, pero al salir a flote descubre que lo que trae aferrado es una flor. Grande y en forma de corona. Ámbar en el centro y teñida de colores rosados en los bordes de cada pétalo, ancho y carnoso. Sorprendido primero y furioso después, Chiru tomó la flor y sin fijarse en su gran belleza la arrojó lejos de sí.

Chiru siguió sumergiéndose con la esperanza de encontrar el objeto de su deseo pero fue inútil. Al fin, sin fuerzas fue arrastrado por un remanso que se lo llevó para siempre a las profundidades. Los dioses habían dado su castigo al importuno joven y premiado la bondad de la doncella convirtiéndola en una hermosa flor que se eternizaría dando nombre al río que puebla, porque Paraguay significa río de coronas y aquellas coronas llevan el nombre de Irupé.



#### La leyenda del jurunda

Cerca del río, los chiquilines pescan. Tiran sus precarios anzuelos en cuya punta danzan alguna lombriz y, atentos, esperan el pique. Muchas veces pasan horas hasta que pueden engañar a algún pez. Las más de las veces los peces se acercan al anzuelo, miran a la lombriz que se retuerce todavía bajo el agua, la olisquean y se van quizá riéndose de la ingenua manera de pescar de esos chiquilines.

Pero ellos son felices.

Estar junto a las aguas del río los hace felices.

De vez en cuando se cansan de esperar y entonces se dan un chapuzón.

Claro que no se aventuran a acercarse al remanso que desde el recodo del río los mira con sus negros ojos. Pero en el remanso era donde más gusto da pescar. Allí se pueden atrapar los mejores peces. El remanso es para los más osados y sólo uno de aquellos chiquilines se atreve a pescar en ese lugar. Es que el riesgo de resbalar y caer es grande. Y si se cae allí...

"Se enfurece el Ypóra y te arrastra hasta el fondo del río, te entierra en el barro te cubre de ramas, te ahoga y ya no te deja regresar. Ni tu cuerpo van a encontrar si te caés ahí..." le dice uno de los amigos al más audaz.

Pero el chiquilín no hace caso.

Lo que más le gusta es tentar al remanso.

Se acerca siempre solo y allí tiende la línea con el anzuelo. Una vez hasta sacó un dorado de allí. Claro que su padre lo felicitó por la pesca pero también le advirtió que no debía arriesgarse tanto, "Ypóra puede enojarse contigo si eres tan obstinado", le dijo.

Todo reto, toda advertencia era de balde.

El chiquilín no tenía oídos para recomendaciones, obedecía más que nada al llamado de la sangre. Había nacido aventurero y nadie podía impedirlo. Eso pensaba su padre. Aunque no dejara de llamarle la atención y de poner cuidado en él toda vez que podía.

Un día iba del brazo de su madre a una fiesta en el pueblo. Parecía muy contento de acompañarle, pero lo cierto es que al primer descuido, el chiquilín desapareció. ¿Dónde estará? No desesperó la madre, conociendo el temperamento de su hijo, mas al pasar las horas y no verlo regresar comenzó a asustarse. ¿Dónde se habrá ido? se preguntaba la madre ahora desesperada. Al fin decidió buscarlo a orillas de río.

Cuando la madre llegó el chico ya no estaba en la orilla, había caído al agua, el remanso lo había arrastrado pero él había logrado asirse a un tronco y giraba y giraba en el remanso. La madre al verlo dio un grito de espanto y sin pensar que podía ayudarlo mejor de otra manera, se arrojó al agua para salvarlo. "¡No, madre!", gritó el chiquilín que conocía la fuerza del remanso. Pero ya era tarde. La madre ya era arrastrada por el remolino implacable. Los círculos de agua le apretaban el pecho y la arrastraban hacia el fondo. Aún tuvo tiempo para una mirada última a su amado hijo que, con lágrimas en los ojos contemplaba lo inevitable.

El agua dulce del río le mojaba el cuerpo.

El agua salada de las lágrimas le mojaba el rostro.

Miró hacia el fondo del río y vio dos ojos verdes que también le miraban desde el fondo del agua. Una mirada terrible que surgía de la oscuridad total de las aguas.

"Has sido castigado", dijo una voz que resonó profunda, "por tu culpa tu madre ha muerto. Ypóra te condena: desde hoy obligatoriamente seguirás el curso de los ríos, intrincado como tus deseos. Pescar era tu alegría, pues pescarás toda tu vida y más aún. Te pondré plumas de colores, volarás a ras del agua y perseguirás a los peces. Pero los chicos como tú te perseguirán por siempre. No te será posible cantar, pero cada vez que lo intentes un graznido seco saldrá de tu garganta para recordarte que tu madre ha muerto por tu culpa."

Despareció la mirada luminosa del fondo del río. Y el martín pescador que ahora estaba posado en el tronco se alejó volando sobre el rumor de las aguas.



## La leyenda del muembe

Espera el hombre dando rodeos sigilosos alrededor del poblado. El cacique de la aldea ha faltado a su palabra y el joven indio está al acecho. No quiere enfrentarse al cacique, simplemente llega hasta aquí para llevar a su amada lejos de las mentiras y el engaño.

Hace ya varias lunas el cacique prometió a Chihy la mano de su hija, pero faltando a su palabra, ahora la entrega al mejor postor, un cacique poderoso de las costas del Paraná. Una alianza que la tribu necesitaba y la princesa es entregada a otro hombre. Eso Chihy no lo permitirá jamás.

Espera Chihy borrar del rostro de la princesa el amargo llanto.

Ella no sabe de la presencia de su amado tan cerca del lugar pero mantiene la secreta esperanza de que aquel se haga presente y la rescate. Como un fantasma el joven enamorado busca el mejor lugar para controlar los movimientos de la aldea y poder entrar sin ser visto. Dos grandes perros y una vieja paje custodian la puerta de la choza donde reposa su angustia la princesa.

Mira con atención Chihy.

Piensa en un plan para rescatar a la princesa.

Piensa en un plan para unirse con su amor.

La noche deja caer sus negros párpados sobre el monte.

Chihy, amparado en esas sombras baja de su escondite. Los perros están alertas. La vieja paje se ha quedado dormida pero tiene el sueño liviano. Eso lo ha comprobado ya Chihy durante el día. Ayudado tal vez por los duendes del amor, Chihy ve al fin libre su camino. Logra entrar a la choza y despertando suavemente a la pequeña princesa se da a conocer.

"Te he esperado con gran esperanza", le dice la muchacha. "Calla. Debemos irnos", le responde cauto el indio y salen a enfrentarse con las fauces del monstruo nocturno. Ni una señal de vida. Ladran los perros a lo lejos, seguramente perseguirán a algún animal que los distrajo. Vuelve a sentarse en el portal la vieja y se adormila nuevamente.

La pareja de jóvenes enamorados corre ahora tratando de alejarse lo más rápido posible de aquel lugar. "Tu padre me ha engañado", dice él. "A mi también, contesta la joven, nos ha engañado a los dos. No le creía capaz de hacerme esto". "Lo único que importa es que ahora estamos juntos", dice Chihy. "Para siempre", responde la princesa.

Sus miradas rozan el infinito.

Sus cuerpos arden de deseo.

Sus corazones se agitan de pasión.

Toda la noche han escapado poniendo el corazón en la fuerza de sus piernas. Al amanecer fatigados por la huida se detienen frente a un surgente de cristalinas aguas. Allí calman su sed y se echan a descansar. No cuentan con una persecución inmediata, pero se quedan dormidos. Despiertan cuando el sol está alto y los saluda con toda su vehemencia.

"Debemos irnos pronto", dice Chihy.

Se levantan de la hierba y observan que del otro lado de la surgente los pájaros huyen en bandada. Alguien viene hacia ellos. Intentan la fuga por el otro lado pero se dan cuenta de que están rodeados. Ya se escuchan los gritos de los grupos que les persiguen. Se comunican entre ellos. Llegan desde todos los puntos. Escapar es imposible. Se escuchan los pasos rápidos que se acercan hacia ellos. Aún no los pueden ver pero ya huelen a aquellos sabuesos expertos en la caza.

Chihy abraza a la princesa y la besa ardientemente.

Cuando los cazadores llegan, nada encuentran en el claro. Tan sólo un hermoso y fuerte yvyrapytã abrazado por una frágil planta de muembe, prendida a su tallo como una tierna princesa abrazada a su amante.

El amor de Chihy y la princesa, por gracia de Tupã, se ha tornado eterno.



## La leyenda del sapo

Vio con envidia Añá desde su morada de tinieblas cómo Tupã, desprendiendo haces de luz, construía un gracioso y bello pájaro. Muy pequeño y muy hermoso resultó el mainumby que Tupã puso para alegrar los aires de la tierra.

De inmediato y con mucho afán el Rey de las Tinieblas puso manos a la obra pensando en crear una criatura que le supere en belleza. Quería una criatura deslumbrante pero olvidó que en su reino carecía de luz. En su empeño, Aña mezcló las sustancias que le parecieron más apropiadas para su creación. Se aplicó durante mucho tiempo a esta tarea y cuando al fin estuvo satisfecho, al igual que Tupã lanzó la figura que tenía entre las manos para que esta emprenda el vuelo por sí misma.

La creación oscura, en vez de aletear, cayó pesadamente sobre la tierra y se alejó dando unos saltos pesados y grotescos. Los planificados gorjeos resultaron unos gritos graves y desmañados. Croando y saltando el sapo buscó los lugares más húmedos y oscuros para habitar sobre la tierra.

En su afán, Añá creo una figura hecha de tinieblas y oscuridad.



Tume Arandu es uno de los pocos hombres que saben acerca del la llegada de los karaiete.

Tume Arundu teme la llegada de esos seres extraños y despiadados que pretenderán dar nuevos rumbos a su pueblo. Teme por esos rumbos desconocidos. Teme a esa gente desconocida. Teme porque Tupã lo ha anunciado en la hora primera y ya está escrito en el destino guarani.

En la invisible balanza en la que Tume Arandu sopesa la idea de irse de este mundo, la próxima llegada de los karaiete es un tema que inclina el plato hasta hacerlo tocar el piso.

Tume Arandu no quiere presenciar esa llegada extraordinaria, el rompimiento de las tradiciones. No quiere ser parte de de los indígenas masacrados por la civilización. Pero eso también es parte de un designio divino y debe ser respetado. Estaba escrita la súplica de Tume Arandu.

Entonces, antes de entregarse a las transformaciones de la muerte, Tume Arandu suplica a Tupã. Le habla con sencillez y le pide que cuando llegue ese momento aciago haga desaparecer para siempre de la tierra la bella y sagrada ciudad resplandeciente. Haga desaparecer el Mbaeveraguasu y a toda la gente que allí vive y disfruta de la luz inextinguible.

Tupã escucha los ruegos de su hijo dilecto.

Escucha las palabras de Tume Arandu y se dispone a cumplir sus deseos.

Tupã se traslada en la historia.

Avanza hacia el futuro con la velocidad del rayo. Alcanza el momento en que están desembarcando los Karaiete en las playas americanas. Llega hasta Mbaeveraguasu, donde los descendientes de Paragua realizan sus ritos sagrados. Alcanza a escuchar los tres cañonazos de los conquistadores y desencadena el fin para la gente del Mbaeveraguasu.

Los pobladores de Mbaeveraguasu ven con asombro como crece la fuerza del Tupã Ykua. El agua salta cada vez con mayor rapidez y en mayor cantidad. Llama la atención el fenómeno pero no preocupa en primera instancia. Cada hora que pasa la surgente multiplica sus fuerzas.

El agua ahora adquiere fuerza. Saca bravura de sus propias caídas y renovada rebota y repica contra cada obstáculo. Las zonas más bajas de la ciudad comienzan a inundarse.

Crece la superficie de agua y con su crecimiento adquiere olas que van y vienen entre los edificios. Las aguas provocan la caída de algunas piedras. Arrastran los utensilios de la gente, sus pertenencias. El agua va ganando terreno y se vuelve implacable. Ahora comienza a arrastrar a los pobladores más débiles. Engulle a los niños. Voltea a las mujeres. Ahoga a los ancianos. Los hombres tratan de salvar a sus familias. Mbaeveraguasu está quedando bajo el agua. Buscan una salida las impetuosas corrientes recorriendo todas las habitaciones que hasta hace pocas horas eran lugares de felicidad y alegría. ¿Quién nos maldijo? piensan algunos sin saber que todo lo que acontece es por la súplica de uno de los suyos, uno de los fundadores. No entienden el exterminio dispuesto por su dios. No entienden la violencia de las aguas. Pero Tupã sabe que no se podía hacer de otra manera. Y ahora también lo sabemos nosotros. No pasan dos días cuando ya la ciudad resplandeciente está completamente bajo las aguas y gran parte de sus habitantes también. Muy pocos se salvaron de la furia de aquellas aguas.

Tupã vuela nuevamente hacia el futuro, se anticipa a los hechos.

Las aguas están a punto de superar la resistencia impasible de los cerros.

Ahora un frayle recién llegado a la región para la evangelización se acerca a las todavía rugientes aguas. El Tupã Ykua no se ha detenido ni tan sólo un minuto. No ha dado respiro. Yacen el fondo ya cenagoso del pequeño mar los miles de hombres, mujeres y niños de la perdida Mbaeveraguasu.

El frayle se aproxima a las aguas. Las olas golpean las laderas de los cerros. Entonces el fraile bendice aquella gran masa líquida y las aguas se calman. El frayle bautiza el sitio con el nombre de Ypakarai y las aguas duermen un sueño plácido y tranquilo.

Tupã regresa hacia otros tiempos donde se lo necesita de inmediato.

El lago de Ypakarai comienza a ser una leyenda.



## La leyenda de Suinana

Muchas bajas había sufrido el valiente pueblo Pyturusu en los últimos enfrentamientos con sus enemigos. El peligro de que la impotencia cundiera en los integrantes de la tribu era inminente. Los jefes y sacerdotes se reunieron entonces en uno de los sitios sagrados a deliberar sobre los pasos a seguir. El pueblo aguardaba expectante las resoluciones de sus líderes.

Alguien debía penetrar el territorio enemigo de incógnita y traer noticias ciertas acerca de los movimientos que preparaban para poder sorprenderlos y darles un golpe definitivo. ¿Quién era el indicado para esa misión? ¿Sería mejor enviar a un grupo de guerreros o tan sólo a uno de sus hombres? ¿En cuánto tiempo necesitaban tener conocimiento de esos movimientos? Estas preguntas se hacían los integrantes del consejo de la tribu, que eran como de costumbre los más ancianos. Ellos volcaban toda su experiencia en ayuda de la fuerza de los jóvenes guerreros.

"Chopo debe ser nuestro enviado" dijo el cacique de la tribu. Los demás asintieron en silencio. Chopo era era el hombre indicado. Las mujeres de la tribu lo detestaban, pero eso no era ningún problema. El sentimiento venía impulsado por el rechazo del guerrero que no encontraba en ellas ningún atractivo. Su fama de asceta era por todos conocida. Parecía hecho para la guerra. Nada lo ataba. No sentía afecto por nadie más que por el ente abstracto de su nación. Era valiente, fuerte y bien intencionado. Chopo debería infiltrarse en el campo enemigo.

Esa fue la determinación.

Después tenderían sus trampas para atrapar y vencer al enemigo.

Fue llamado Chopo y comunicado de la tarea que los venerables le encargaban. Fue instruido claramente de los objetivos de su misión, sobre cómo llevarla adelante sin peligro para su vida y cómo recoger la información precisa que el pueblo Pyturusu necesitaba.

Chopo orgulloso ante la designación se preparó para su peligrosa misión y sin pérdida de tiempo emprendió el camino. Atravesó arroyos y ríos. Sorteó cerros y planicies hasta llegar a las tierras de sus odiados enemigos. Chopo se apostó en las altas ramas de un árbol durante el día y al llegar la noche bajó a inspeccionar el lugar.

Algunas chozas esparcidas en un claro del monte componían el poblado. Muy cerca de allí habían perdido la olvidable batalla que los llevara a tomar tan drásticas determinaciones. Por ello Chopo se encontraba allí. Cuando la noche absorbió por completo los colores Chopo bajó de su sitio de espía y se aproximó a una de las viviendas en total silencio. A través de una hendija abierta en el adobe de la choza pudo ver una sola hamaca y en ella a una mujer. Curioso, Chopo penetró en la choza y, primero con mucho sigilo y luego más descaradamente, se puso a observar a la mujer que dormía plácidamente. Era una mujer joven y dormía totalmente desnuda. Los efluvios de la feminidad que antes no habían llamado la atención de Chopo parecían atraerle irremediablemente. Absorto el espía contempló a la mujer toda la noche. Su blanco cuerpo atraía al guerrero.

Antes del amanecer Chopo volvió a su árbol. Trepó nuevamente a las ramas más altas y se quedó allí viendo aquella choza en la que se había solazado en la contemplación de aquella criatura hermosa. Chopo no atendía, muy a pesar suyo, los movimientos que había venido a vigilar.

Al llegar nuevamente la noche, Chopo esperó que los hombres se retiraran a descansar y cuando lo creyó prudente volvió a bajar. Llegó hasta la choza de adobe y se introdujo en ella para volver a deleitarse en el placer de la mirada. Lo que Chopo sentía era algo nuevo. Nunca antes había experimentado ese estremecimiento en la contemplación de una mujer.

Así, en forma invariable, el accionar de Chopo se repitió día tras día. Cuando llegó el momento del regreso, Chopo inició su viaje con pena. Pensaba en la mujer y pensaba también cuáles serían los informes que llevaría a su gente. Un sentimiento de culpa le invadió y fue por ello y por su ensimismamiento que varias veces extravió el camino.

Cuando llegó a su aldea, lo aguardaban con inquietud, pero Chopo sólo pudo dar informes imprecisos y vagos que en poco ayudaron a su tribu. El viejo mago de la tribu lo llamó aparte y le sugirió que él sabía lo que estaba pasando en su interior. Chopo entonces confesó la verdad de su aventura y por ello fue reprendido severamente. Pero el viejo mago que era un profundo conocedor del alma humana comprendió la situación en la que el guerrero se encontraba.

"Si esa mujer ocupa tu mente tan intensamente, debes ir a buscarla y retirarte a otras tierras para vivir con ella. De lo contrario nunca tendrás paz en tu espíritu", le dijo el mago. Chopo se alegró de aquellas palabras. Necesitaba ese aliento y la comprensión del viejo se lo había dado

"No creas que te será fácil. Raptar a la mujer de tu enemigo es tan arriesgado como enfrentarlo en inferioridad de condiciones", dijo el mago. "Ese no es obstáculo para Chopo", respondió el guerrero confiado. "Te daré algo para que tu misión no fracase —continuó el viejo— llevarás esta bolsa siempre contigo. Si llegas a encontrarte en peligro puedes usar los talismanes que en ella encierro. Si te persiguen y quieres despistar a tus seguidores deberás usar este huevo de urraca rompiéndolo contra el suelo. Si vuelves a encontrarte en peligro podrás usar el segundo talismán que es el que se parece a la punta de un asta de ciervo. Pero debes guardarte de usar el último. Este que está envuelto en este trozo de caña tiene indicaciones severas, sólo en caso de peligro mortal podrás usarlo. Y para ello deberás plantar esta caña en el suelo. Entonces te hallaré y romperé el hechizo. Deberás llegar a las tierras del Ka'aguasu, sólo allí encontrarás paz. Pero recuerda los peligros del camino".

Chopo puso la bolsa colgando de su cuello y partió en busca de aquella mujer que le había quitado el sueño. Atravesó los mismos arroyos y ríos. Cruzó los mismos cerros y planicies hasta llegar a aquel árbol que le sirvió tantos días de seguro refugio.

En este punto no está demás decir que Chopo era un hombre apuesto y hubo una época en que fue muy codiciado en su propia tribu por las jóvenes más hermosas. Su apostura siempre le había dado una soltura y seguridad envidiables. Ahora Chopo esta subido al árbol y espera que la noche venga en su auxilio. Aún no ha visto a la mujer que le desvela, pero él sabe que está allí. Percibe sus aromas con su fino olfato de cazador. Cuando la diosa de negro tendió

sus mantas y oscureció el cielo, Chopo bajó cuidadosamente del árbol. Con paso firme se dirigió a la choza. Espió primero por la rendija y entró luego en la pequeña habitación. Allí estaba la mujer radiante y hermosa. Blanca y reluciente. Desnuda. Chopo contuvo el aliento y cubriéndole la boca suavemente para evitar cualquier grito inoportuno la despertó. Lo primero que vió Chopo en la mirada de aquella mujer fue el miedo ante la posibilidad de ser agredida, mas con palabras tranquilizadoras Chopo le explicó su plan y ella consintió en irse de aquella aldea. Chopo la tomó en brazos y huyó con ella.

En su camino tuvo necesariamente que encontrar peligros que le obligaron a usar sus talismanes. El primero, cuando una horda de salvajes se le echaba encima. Entonces Chopo rompió el huevo de urraca contra el piso y de inmediato sus perseguidores se vieron envueltos en una especie de ceniza azulada y muy oscura que les impidió la visión y los desorientó. El segundo cuando unos bandidos salteadores pretendían arrebatarle a su mujer. Entonces Chopo prendió fuego al talismán que parecía la punta de un asta de ciervo y de inmediato una densa niebla de humo rodeó a sus enemigos. Fue en ese momento cuando el tercer talismán, sin que Chopo se diera cuenta cayó al fuego y comenzó a quemarse. Chopo y la mujer se abrazaron aprovechando la humareda neblinosa y entonces Chopo obtuvo de aquella criatura que él consideraba de una belleza celestial su primer beso. Un beso apasionado que le producía oleajes intensos en la sangre. Chopo gozaba de aquel momento único en su vida mientras su tercer talismán ardía en el fuego.

Chopo no tuvo tiempo de darse cuenta de la extraña transformación que en aquellos dos cuerpos unidos se estaba produciendo. Un fuerza suprema proveniente de las profundidades de la tierra succionaba su cuerpo asentándolo en la tierra. él mismo se estaba convirtiendo en un grueso y macizo tronco y la mujer en un ramaje ralo y escaso.

Así, unidos para toda la eternidad quedaron Chopo y su amada mujer blanca. El mago de su tribu sintió en las lejanas tierras de los Pyturusu lo que estaba ocurriendo pero nunca pudo ayudarlos pues Chopo no había enterrado el trocito de caña y en cambio se había consumido en aquel fuego del primer y único beso de su vida. Transformados en el árbol que hoy se conoce con el nombre de Chopo o Suinana cuya corteza participa en una mezcla que produce estados de espíritu irreales al igual que el hatchís.



## La leyenda de Sa Guasu

La selva extendíase lujuriosa en aquel valle.

De tanto en tanto algún viajero desprevenido aventurábase entre los matorrales, las arboledas y la enmarañada trama. Los que lo veían adentrarse en aquellos peligrosos parajes sabían que ese viajero ya no avanzaría. Ya no continuaría su recorrido. Sabían que Sa Guasu no perdonaba y que inevitablemente quien entrara en aquellos dominios perecería.

Nadie lo había visto jamás pero todos conocían su aspecto.

Sa Guasu era un terrible personaje. Enorme en su totalidad Sa Guasu tenía las piernas muy cortas y los brazos larguísimos y terminados en garras afiladísimas. Su rostro con un solo ojo en medio de la frente producía espanto de tan sólo imaginarlo. Poseía una boca enorme con dos filas de afilados dientes desparejos. Su aspecto hirsuto y mugroso lo hacía aún más terrible. Olía a carroña y se alimentaba exclusivamente de carne humana. Cientos de desprevenidos habían sucumbido en sus garras y habían sido destrozados por sus mandíbulas. La historia lo hizo inmortal y así se mantenía. Muchas veces los hombres de los poblados cercanos intentaron destruirlo. Ninguno de ellos regresó jamás.

Nadie conocía la fórmula para acabar con aquel flagelo viviente que no perdonaba a hombres y mujeres. Nadie imaginaba el fin del terrible monstruo. Era un sueño imposible.

Pero un día un aventurero cruzó la selva de ida y vuelta sin que nada le pasara. "Habladurías" dijo el viajero. En esa selva no habita ningún monstruo. La gente del pueblo entonces supo que el monstruo había perecido. Al fin podrían vivir en paz. Ya no tendrían que esquivar aquellas sendas maléficas. Ya no había motivos para temer. El miedo se alejó de los aldeanos de la zona.

Yo sé lo que ocurrió con Sa Guasu y es por eso que quiero contarlo.

Una tarde, el monstruo estaba trepado a un árbol muy alto y, cual vigía de un barco contemplaba los senderos aledaños a su reino de terror. Cada vez le costaba más conseguir su alimento, pero al final siempre aparecía algún distraído que se animaba a andar esos caminos y Sa Guasu podía repetir sus banquetes. En el tiempo del que hablo Sa Guasu estaba con hambre.

Desde lo alto, cierta tarde de verano en que el sol levantaba luces como de polvo y desfiguraba las imágenes de todo lo existente, Sa Guasu divisó a una mujer vestida de blanco que se aproximaba al lugar. De inmediato se le hizo agua la boca al antropófago. Descendió del árbol con la rapidez del rayo aferrándose a una y otra rama con sus enormes garras y sus largos brazos parecían hamacas. El terrible monstruo acechó a su presa y cuando estuvo lo suficientemente cerca se lanzó con fuerza para atraparla. Sa Guasu rodó por la tierra. La mujer se había zafado con un movimiento simple y sus blancos vestidos ondulantes en el aire enrarecido flotaron un instante y se desvanecieron. Nada pudo hacer el fenómeno. La mujer siguió su camino cada vez más aprisa. Etérea. Sa Guasu pensó en un espejismo pero lo descartó de inmediato. Esa selva no era un desierto y allí no había ningún espejismo sino la posibilidad cierta de un banquete.

Sa Guasu fue tras su víctima pero esta corría cada vez más a prisa. Tropezaba el monstruo trepando los cuestas tras la grácil mujer que en ningún momento se detenía ni miraba hacia atrás. Parecía seguir un designio sagrado. La vista al frente. Escondido el rostro bajo un manto blanco.

Sa Guasu la siguió con ahínco. Anduvieron así leguas y leguas hasta llegar a una zona de aridez total. La selva había quedado atrás y ahora Sa Guasu supo que se encontraban en una zona inhóspita. Sospechó nuevamente de la existencia real de su víctima pero ya había andado demasiado como para volver sin su presa. El monstruo se impulsó nuevamente con fuerza. Acometió a la mujer pero cuando parecía tenerla al alcance de sus garras se le volvía a escapar.

Desesperado Sa Guasu reconoció el sitio sobre el que andaban. Cerca de allí estaba el famoso Itakua, la grieta abismal de la que nadie volvía. Pero eso era nada para tan temido personaje. Sa Guasu siguió adelante. La mujer también. Una y otra vez se le escapaba. La mujer se acercó finalmente a la grieta y movida por una fatalidad terrible se lanzó al Itakua. El monstruo no se iba a amilanar ante aquello. Lo suyo era sobrenatural y aquello que era mortal para los humanos no lo era en absoluto para él. Sa Guasu se lanzó tras su futura víctima.

El silencio reinó.

Después de la caída de ambos, sólo el viento.

El viento y algún guijarro que caía empujado por éste a las profundidades.

Aquella extraña mujer, se los digo porque lo sé a ciencia cierta, era el fantasma de una de sus víctimas que volvió para vengarse. Ahora aquel valle donde vivió el monstruo atemorizando a las gentes se llama Mbae Sa Guasu, pero ya no hay ningún monstruo antropófago en él. Plantaciones y Chacras cubren lo que ayer fue la morada del terrible homúnculo de un solo ojo.



Marcha por la selva la tropa de indómitos. Mbarakaju lidera a los suyos. Guerrero sin par. No hay quien le iguale en resistencia física, en el tiro de las flechas y el manejo del mbaraka. La madre naturaleza ha sido generosa con Mbarakaju.

Las tropas de Mbarakaju pasan por los poblados y en cada lugar pintan el signo de la dominación. No hay quien se le resista. Mbarakaju, como buen tirador es también un eximio cazador. Prueba de ello es su collar donde ya no caben más colmillos de jaguareté. Ha cazado cientos de estos animales en su corta vida.

Mbarakaju en su plenitud.

Ahora persigue a una fiera que ha herido.

Se aparta de los suyos. Avanza por la selva siguiendo el rastro de sangre.

La noche lo sorprende y Mbarakaju opta por descansar. Busca un buen lugar y allí pasa la noche. Mbarakaju tiene el sueño liviano. La menor señal de peligro y el guerrero está alerta.

Al amanecer continúa su marcha, encuentra al tigre que ruge de dolor y acaba con él. Sigue sumando cuentas en su collar. Pareciera que la cosecha de colmillos jamás acabará.

Una lluvia atropellada y densa cae sobre la selva ahora y lava todo rastro de sangre. ¿Cómo regresar junto a los suyos? La capacidad de orientación del joven indio y su intuición no bastan para vencer a la enmarañada vegetación que frente a él se levanta como una muralla.

Mbarakaju comienza a andar.

Vuelve sobre sus pasos. Le parece estar dando vueltas en círculo.

No. No puede ser. Al fin Mbarakaju, exhausto se tiende sobre la hierba en busca del sueño y el descanso reparador. Duerme el guerrero. Duerme y sueña con una joven hermosa. La niña le habla, ahora lo está llamando: "acércate" le dice en su luminoso sueño.

Mbarakaju despierta cuando el sol está declinando. Un rocío claro y fresco cae sobre su cuerpo. Al incorporarse descubre que el rocío tan claro y perfumado cae de un ysapy, el árbol de la dicha. Buen augurio, piensa el guerrero y avanza nuevamente a través de la selva como guiado por un espíritu más poderoso que su voluntad. Mbarakaju escucha lejanos sones de tambor. Apura el paso. Ahora ya puede oir voces. Es evidente que se aproxima a una aldea.

El indio, escondido en la frondosidad de la selva observa la aldea. Todo es movimiento allí. Se preparan para una celebración. Reposan los manjares y las bebidas en gran cantidad. Con avidez mira Mbarakaju todo lo que ante sus ojos se extiende como una aparición. Van y vienen las mujeres apuradas con los preparativos. Se encienden las fogatas. La tarde va dejando paso a la oscuridad. Los hombres preparan sus instrumentos. Comienzan a beber.

Mbarakaju decide integrarse a la fiesta. Avanza hacia la aldea. A su paso las gentes de la tribu detienen sus acciones. Mbarakaju llega junto a los músicos. Extiende la piel del tigre que acaba de matar. Arranca de las manos del músico el mbaraka y sentándose sobre la piel comienza a ejecutar el instrumento y a narrar la historia del principe Chimboi. Su canto, más allá de la forma en que llega hasta el lugar, ocurrente y misterioso, concita la atención de hombres y mujeres.

La canción relata que el príncipe Chimboi, jefe de los karios, altanero y solitario vivía en un blanco palacio, suspirando permanentemente por una mujer bella y virgen. La habilidad de Mbarakaju para el relato cantado le lleva a mezclar el encantador argumento del príncipe con la tribu en la que se halla cantando. Mezcla la realidad y la fantasía y lo hace premeditadamente. Cuenta en su canción que el príncipe Chimboi cree que va a encontrar a aquella mujer de sus sueños, símbolo de la perfección humana, entre las doncellas de aquella tribu. Las jóvenes de la tribu se miran unas a otras comparándose. ¿Quién de ellas será la elegida de Chimboi? Pero el príncipe es sólo invento de Mbarakaju, ha nacido de su ingenio y allí vive.

Después de terminada su canción Mbarakaju es aceptado en la fiesta. Se celebra la cosecha de la mandioca y las fiestas de la nubilidad. Las familias de las núbiles han adornado a sus vírgenes y cada una de las que pasan en desfile parece más bella que la otra.

Túrbase Mbarakaju cuando ve avanzar en aquel desfile iniciático a la mujer que ha visto en sueños. Se le ilumina el rostro ya encendido por el calor de las fogatas. Los sueños le han anticipado el encuentro. Mbarakaju siente deseos de actuar. Toma nuevamente entre sus manos el mbaraka y dedica una canción a la joven. El desfile se detiene pero parece suspendido sobre las notas y las palabras de la canción. Es un momento tocado por la divinidad. Al finalizar su canto Mbarakaju, tramposamente dijo: "Esta será la esposa de Chimboi".

Koeti se llamaba la dulce niña. La abuela de la niña, Chiro, recordó entonces las señales del cielo que el día del nacimiento de Koeti habían señalado un camino sembrado de estrellas. Una vida grandiosa y eterna. La anciana creyó ver en las palabras de Mbarakaju parte de aquel designio divino. "Guíanos hasta el palacio de Chimboi", dijo la vieja al extranjero. Los hermanos de Koeti se opusieron pero a una palabra de la anciana moderaron su enojo y reprimieron sus decisiones. Mbarakaju, Chiro y Koeti partieron al día siguiente hacia el inexistente palacio blanco donde vivía Chimboi. Avanzaron los tres. Mbarakaju con paso firme, la anciana ágil como una joven y la niña extrañamente torpe. Como si no quisiera avanzar. Con recelo y miedo.

Se detuvieron después de mucho andar. Mbarakaju cazó un venado y lo puso al fuego. Koeti dormía en su hamaca. Cuando estuvo lista la carne comieron en silencio los tres. La anciana preguntó: "¿Cuándo llegaremos al palacio de Chimboi?". "Cuando yo quiera" respondió secamente Mbara-kaju. Inmediatamente la vieja recriminó al guerrero su promesa, tras lo cual Mbarakaju dijo: "¡Yo soy Chimboi, Mbarakaju es sólo mi nombre de guerra".

La anciana no creía lo que estaba escuchando. Había sido engañada. Tal vez se había apresurado al decidir hacer este viaje con un desconocido.

"Déjame a la niña y vete. No te necesito", dijo el guerrero a Chiro.

Chiro recupera la calma y unta la frente, las mejillas y el pecho de su nieta con un ungüento verde que extrae de un pequeño recipiente. Mbarakaju observa la despedida de la mujer y se alegra de que no oponga resistencia. La anciana se aleja y cuando Mbarakaju vuelve la vista hacia Koeti comprende el sentido de aquellos ungüentos. La vieja se va pero deja sus hechizos. Mbarakaju quiere gritarle algo pero la voz no le responde. Algo le marea, le impide la mirada. Koetí se vuelve neblinosa ante sus ojos, desaparece. Se transforma. El guerrero siente que su cuerpo pesa como un elefante. No puede moverse de su sitio. Impotente observa la transformación de la niña. Ahora logra acercarse a la joven. Intenta abrazarla pero se sorprende él mismo de estar abrazado al tronco de un árbol. Sorprendido mira al árbol buscando alguna señal que le indique el lugar de Koeti. Nada alrededor. Koeti ha desaparecido. Chiro también. Solo en aquel desolado lugar Mbarakaju se sienta bajo el árbol, la espalda apoyada en el tronco. Un suave cansancio invade al guerrero. Sus piernas ya no le pesan pero un extraño sopor le invade hasta vencerle.

Es la hora del alba y el sol aparece suavemente.

Mbarakaju se pone de pie y golpea las ramas más bajas con su cabeza. Una lluvia de pétalos cae a sus pies. El árbol estaba cubierto de flores. El guerrero busca por todos lados algún indicio que le guíe hacia Koeti. Infructuosa es su búsqueda. Vencido, huye de aquel lugar encantado.

Chiro ve que el extranjero se aleja del lugar y vuelve para deshechizar a su joven nieta. La anciana contempla el bello árbol florido y siente un vértigo extraño. La belleza marea sus pupilas cansadas. De pronto, de los árboles vecinos surge un ave pequeña y multicolor. Como una flecha llega hasta las flores y allí, sostenido en vilo por el rápido movimiento de sus alas, introduce su pico en una y otra flor bebiendo el sabroso néctar. Las flores se tiñen de rosas y leves morados al contacto del largo pico que las ultraja. Se diría que se ruborizan y tiñen su blancura de subidos colores. Chiro no se atreve a dar caza a aquel pequeño pájaro que va de flor en flor. Su nieta seguía siendo bellísima, pero ya no era marane. Así lo entendió la mujer y consideró inútil deshechizarla. Así quedó entre nuestros árboles el manaka que con sus bellas flores se sonroja de haber perdido la virginidad con aquel misterioso pájaro del cual se dice que era un príncipe encantado.



## La leyenda de Mua Mua

Las lavanderas en el arroyo Mbokaja.

Trabajan y ríen. Son felices más allá de las desdichas de amor que todas han experimentado alguna vez. Bonichua las observa. Les ofrece filtros para el amor. Las lavanderas cuentan sus historias. Cambian hierbas que atraerán al amado por algunos vestidos. Ofrecen sus productos y se llevan encerradas muy cerca de la piel aquellas hierbas que les traerán la felicidad.

Ahora un hombre baja hacia el arroyo arrastrando un ciervo muerto. Le ha dado caza y viene a lavarse la sangre que le mancha el cuerpo. Asukape es su nombre y lleva un talismán poderoso colgado a su cuello. Una itakaru encierra el talismán, la misteriosa piedra que Asukape ha extraído de las mágicas minas de Juty. La piedra que crece alimentándose como los seres vivos.

Bonichua siente que su cuerpo se estremece ante la presencia de aquel joven hermoso.

Bonichua es una mujer vieja, fea, desdentada y lleva como una condena un enorme bocio en la garganta. Todas las mujeres de su familia han tenido ese aspecto terrible que les da el bocio levantado. Todas las mujeres de su familia han sido hechiceras. Todas han acercado a los amantes con sus hierbas y han destruido a aquellos hombres que quisieron escaparse de su influjo.

Bonichua vive en una cueva cerca del arroyo.

Hasta allí lleva las hierbas que recoge por las noches y en ella hierve sus caldos mágicos en las noches de tormenta propicias para los efectos destructores. Los hombres que se acercan hasta la cueva para pedirle hierbas y filtros que les ayuden a conquistar a sus amadas se quedan en el lugar por uno o varios días y vuelven hoscos y retraídos. Vuelven sin haberse resistido a los encantamientos artificiales de la bruja. Aquellos que osan despreciarla o se burlan de sus poderes amanecen muertos en cualquier parte o quedan idiotas para siempre.

Bonichua, cuando conversa con las lavanderas, se jacta de sus poderes y ríe con ellas.

Las lavanderas saben que es mejor tenerla de su lado.

Pero ahora Bonichua ha puesto sus ojos en aquel joven que se aleja con el ciervo al hombro.

A partir de entonces la vieja intenta atraer al muchacho con toda de clase de artimañas mágicas pero extrañamente el joven resiste lo que otros no podrían ni tan sólo por un instante. Varias son las veces que Bonichua encara con soberbia, confiando en sus filtros, al joven. Pero éste continúa su camino como si nada. El secreto del joven es su itakuru y todos los cuidados que pone desde que se percata de la persecución de la bruja.

Asukape tiene una mujer joven y hermosa. Avatiky se llama la joven. Asukape le ha dicho que no se aventure sola por los caminos del poblado. Que no se aleje, pero su naturaleza andariega la lleva a recorrer los sitios del pueblo y a llegar hasta el arroyo. Allí, sentada sobre una piedra, los pies en el agua, entona una canción de amor donde nombra a su amado. La bruja sale de su cueva y observa a la criatura. Sale decidida. Intenta engañarla y atraerla a su cueva pero la jovencita pone reparos así que Bonichua la rapta, arrastrándola con su terrible fuerza hasta lo más oscuro de la cueva.

Avatiky insulta a la vieja, le ofrece sus joyas... pero la bruja quiere el amor de Asukape y no otra cosa. Avatiky le dice que jamás podrá tenerlo ni aunque quedara como la única mujer sobre la tierra. Bonichua enceguecida toma un hacha y le corta un brazo. El grito de la joven retumba con gran fuerza dentro de aquel tenebroso lugar y queda allí rondando, ahogado, sin poder salir al exterior. Es un refugio seguro aquella cueva para la bruja. La vieja completa su obra. Acalla los gritos de Avatiky hachazo tras hachazo. La tritura y al final, cansada envuelve los pedazos en un lienzo y sale al exterior. La noche sin luna brilla como un negro monstruo. Bonichua arroja con fuerza de monstruo la bolsa con los restos de Avatiky hacia la cumbre del cerro.

No había terminado de caer aquella bolsa cuando saltaron mágicamente, del lugar cientos de pequeñas luces intermitentes que parecen flotar en el aire y moverse con vida propia. Bonichua mira con extrañeza el fenómeno. Se asusta. ¿Qué es esto? ¿De dónde salen esas luces como fuegos fatuos pequeñísimos que se mueven por sí mismos? ¿Quién ha ordenado este hechizo? Bonichua temerosa se apresta a destruir las señas del crimen pero en ese momento aparece la luna sobre los cerros. Una media luna blanca y radiante. Ya no podrá destruir aquellas señales. Esas luces que se entrometen una vez más entre ella y el amor de Asukape.

Noche tras noche Bonichua persigue a las pequeñas luciérnagas sin poder alcanzarlas ni destruirlas. Cada día hay más y más luces en las faldas del cerro. Las pequeños insectos, símbolo de la luz del amor que no puede ser exterminada jamás, dan fe del horrible crimen de Bonichua.



## La leyenda del avati

Acosados por el hambre caminan por la llanura desierta dos grandes columnas de indios. Buscan mejores tierras donde asentarse. Buscan la salvación.

Muchas penurias han tenido que enfrentar en este tiempo. La sequía se ha comido todo.

Primero se tomó toda el agua de los ríos y arroyos.

Después se comió las frutas de los árboles.

Más tarde se comió toda la hierba verde.

Los animales comenzaron a morir por decenas.

Al fin, Tupi y Avati decidieron marcharse de aquellas zonas en las que vivían. Lo hicieron juntos, para marchar con más fuerza. Unieron las tribus y comenzaron la búsqueda de mejores horizontes. Pero la búsqueda ha resultado, hasta el momento, infructuosa. Nada más que pastos quemados, árboles secos y animales muertos han hallado en el camino...

Apenas un hilo de agua cada tanto o un charco sucio donde algunos calman la sed. Los indios que mueren van quedando en el camino. Ya no se preocupan ni de sus muertos.

Una noche que puede ser esta que estamos viendo ahora, Avati subió a un cerro cercano al campamento que habían levantado y pidió a Tupã que les ayudara en su camino.

"Oh sagrado padre, tú que siempre has guiado nuestros pasos, llévanos hasta las buenas tierras, danos la oportunidad de juntar nuestras fuerzas y ganarnos el sustento", clamaba Avati en la cumbre cuando de pronto apareció ante él un guerrero lujosamente ataviado, alto y fuerte. Su voz era respetuosa pero amenazante:

"Soy mensajero de Tupã", dijo el guerrero, "y vengo a decirte que para obtener el alimento que tanto necesitan deberán luchar en mi contra y vencerme. Ese es el deseo de Tupã". Avatí, aún con las fuerzas reducidas por el peregrinar, bajó hasta el campamento y transmitió lo sucedido a Tupi.

A pesar de no entender el sentido de semejante propuesta, los jefes deciden luchar contra el guerrero enviado de Tupã.

"Del otro lado del cerro", indicó el enviado cuando estuvieron listos.

La lucha fue sin cuartel.

Toda la noche rodaron por la seca tierra una y otra vez los caciques y el enviado. Una y otra vez se cayeron y se levantaron hasta que el enviado acertó con su ita mara en la cabeza de Avati y éste cayó muerto, aprovechó entonces la ocasión Tupi y terminó con el enviado clavándole una lanza en el corazón. Entonces Tupi pudo observar el milagro. El enviado como si nunca hubiera existido, despareció y del sitio en el que cayera Avati, se levantó una planta verde y espigada que maduró rápidamente dando unos frutos como mazorka.

Allí, antes sus ojos, creció de una vez el maíz que sirvió de alimento a todo su pueblo. La peregrinación cesó pues a la mañana siguiente la lluvia se descargó sobre aquel sitio y las plantas de avati se reprodujeron rápidamente calmando el hambre de aquellos indios.



## La leyenda del Kaure'i

La mañana aún no termina de despertar. Alarga sus brazos apenas luminosos sobre la niebla que se levanta del lecho del río y se pasea por los campos y los cerros. Se despereza lentamente.

Una mujer joven, bellamente ataviada, corre por el monte hacia una choza ubicada en la falda de un cerro poblado de árboles.

En la puerta de la choza un viejecito. Un humo oloroso puebla el interior de la humilde habitación.

El pequeño viejecito, antiguo mago de aquellas comarcas, conocedor de las propiedades de las plantas y capaz de crear filtros que curan todos los males del cuerpo y del alma, bebe ahora una infusión caliente en la fresca mañana. Con calma, en la puerta de su casa, ve venir a la mujer y la recibe. De inmediato sabe que se trata de una mbya y de alto rango. Lo descubre por sus adornos y su vestimenta.

La mujer llega desesperada y le solicita ayuda. Una tribu de salvajes la ha raptado y ella ha podido escapar, pero ahora la persiguen. Desea que el viejo comunique a su esposo, el cacique mbya, el lugar donde ella se encuentra.

La mujer y el mago entran en la choza. Utilizando su magia, el viejo se comunica con el esposo de la mujer y le revela el lugar donde ahora está. Prepara uno de sus mágicos caldos en una vasija adornada de colores que coloca sobre el fogón que arde incesante. Por tres veces hunde su cayado en la vasija y luego unta la frente de la mbya con una sustancia verde, repitiendo palabras mágicas que la mujer no llega a entender porque están pronunciadas en una lengua extraña y antiquísima.

Se escucha el berrinche que, por el camino a la choza, vienen armando los perseguidores de la mujer. Se escucha el grito de guerra que clama por la mujer. Son gritos animalescos. Poco tienen de humano aquellas voces. Poco tienen de humano aquellos salvajes.

La mujer ha desaparecido del interior de la choza. Un pequeño pájaro sale por un ventanuco y se queda mirando la barbarie desde la rama de un árbol. El mago se ha tendido en el suelo como si estuviera muerto. Los salvajes entran en la choza y le destrozan la cabeza con un hacha. Buscan a la mujer. Destruyen todo a su paso. Incendian la choza. Se concentran en su violenta orgía de destrucción. El pequeño pájaro mira la escena horrorizado.

Llegan las tropas del cacique mbya. El esposo de la bella mujer viene en su busca y encuentra la cruel fiesta de los salvajes. Hacen prisioneros a los malvados. Buscan y rebuscan por los alrededores. No hay rastros de la mujer. Sólo el cadáver del viejo mago, con la cabeza aplastada y ahora carbonizado. El mbya manda a azotar a los salvajes, pero ellos no saben más que él. La mujer ha desaparecido. De pronto, el cacique mbya se encuentra con el pequeño pájaro, lo mira y el ave vuela hasta posarse en su mano. El cacique lo contempla estupefacto. Nunca había visto un pájaro así. Las plumas de colores que lleva sobre la cabeza son idénticas al adorno de su mujer. El mbya lo entiende todo. Llama a sus hombres y emprende la vuelta a su aldea.

El cacique mbya sabe que el encantamiento no podrá desatarse porque quien lo ha hecho ha muerto y no hay nada en la tierra que pueda desatar un encantamiento mágico sino el propio mago.

Vuelve triste el cacique a su aldea.

Al llegar entrega el pájaro a una sierva de la tribu. Una vieja bisca y desdentada. Le pide que lo cuide como su mayor tesoro. El cacique se retira a su lugar de descanso, pero lo único que allí logra es inquietarse aún más. Se levanta y sale a vagar por el bosque.

Día tras día las únicas palabras que dirige, las dirige al avecilla que canta para él bellas melodías como antaño lo hacía su esposa. El cacique se vuelve hosco. Lejano. Ya no quiere relacionarse con nadie. Evita a las mujeres jóvenes de la tribu. Y sólo habla con la sierva a quien da las órdenes para que cuide al pájaro.

Tiempo más tarde, en uno de sus inquietos paseos por el bosque siente la sangre bullir. El deseo lo ha alcanzado. Sabía que tarde o temprano esto pasaría, pero no suponía que fuera de la manera en que se presenta. El cacique arde de deseos por la sierva desdentada y bizca y sin poder evitarlo corre hacia la choza donde ella vive.

Desde entonces las tardes y las noches más ardientes las vive con aquella mujer desdeñada por todos los hombres de la tribu. Las jóvenes de la aldea, indignadas, no comprenden el

comportamiento de su cacique y concluyen que la vieja le ha hecho un paje.

Mientras tanto el ave se vuelve cada vez más triste. Ya casi no canta y sale a volar de rama en rama en vuelos cortos sólo durante las noches. Se le ve acongojada.

Las jóvenes indias convencidas de que la vieja ha atraído al cacique con un paje, se dirigen a visitar a una mujer sabia que vive detrás de los cerros. Una vez allí la vieja les revela el secreto. "Quien posea al pájaro o siquiera una pluma de él, poseerá al cacique". Felices con el descubrimiento y decididas todas a apoderarse del mágico ave, las mujeres vuelven a la aldea. Esa noche, sin tardanza, capturan al pájaro y cada una de ellas se lleva una pluma para sí.

La pasión despierta en el cacique que generosamente se entrega a las indias de su aldea.

Una noche en que el cacique está literalmente tirado en su hamaca, cansado ya de su triste situación y sin poder gobernarse a sí mismo, escucha el canto del ave. El mismo canto de antes pero renovado. Ahora suena con más fuerza. El cacique se levanta y como hipnotizado sigue el sonido que lo conduce por el monte. Camina como un sonámbulo. Ahí va el hombre detrás de las melodías que su esposa le regalara con tanto cariño en los buenos tiempos. Ahí va detrás de la felicidad. Tan concentrado y vivo se siente el mbya que no alcanza a ver el barranco que enfrenta. Al fin pierde pie y cae en el profundo cauce de un torrente seco.

De allí, rasgando el aire de la noche, surge un pájaro idéntico al que había traído de su búsqueda. El pájaro sube y sube hasta encontrarse con su igual que cantando melodiosamente le estaba esperando. Juntos, como siempre estuvieron, como siempre estarán, marchan en la noche. Juntos en la melodía del amor que nadie pudo separar.



## La leyenda de Ka'i

Corría por la aldea como ningún otro chico. Parecía siempre disparado por alguna extraña máquina que no le dejara detenerse. Tenía hormigueros bajo los pies o simplemente se trataba de un chico travieso e inquieto. Fuera lo que fuere era siempre él con su cuerpito esmirriado quien lideraba las andanzas de los niños de la aldea por los alrededores.

Aventuras de importancia se contaban entre sus logros.

Muchas veces sus padres debieron reprenderlo por excederse en sus juegos.

Le decían mberu'i porque siempre andaba por ahí zumbando.

Lo cierto es que el chiquilín siempre tenía una contestación simpática a flor de lengua. Uno le decía tal o cual cosa y él le desarmaba a uno con una respuesta que convocaba a la risa.

Así pasaban los días, nadando en la costa del río. Trepando a los árboles. Subiendo a los cerros. Haciendo excursiones por el monte. Robando nidos. Juntando caracoles. Haciendo patitos sobre el agua con piedras planas.

Muchos le habían dicho que esa manera de ser le iba a acarrear desgracias en el futuro pero el pequeño no hacía caso de las palabras de los mayores. Volvía a responder con otro chiste y desaparecía yéndose a proseguir sus aventuras.

Una tardecita descubrieron un gran grupo de árboles de guavira pytã del otro lado del cerro y como era muy tarde calcularon todo para atacar las frutas al día siguiente bien temprano.

Tal como lo habían planeado, al día siguiente el chiquilín y sus amigos se fueron de

excursión bien temprano. Llegaron al otro lado del cerro y ubicaron los árboles de guavira pytã. Sin pensarlo ni un momento y haciendo un gran estruendo subieron a los árboles y se pusieron a comer las sabrosas frutas. Acertó a pasar por allí un anciano que venía de otras tierras. Sus provisiones se habían acabado y necesitaba algo con que saciar el hambre. Así que, viendo la turba de chiquillos sobre los árboles se detuvo y en una pausa de las chanzas que se lanzaban unos a otros les dijo: "Niños, vengo de muy lejos y ya no me quedan provisiones, como ven soy viejo y no podría trepar a los árboles, ¿serían tan amables de acercarme alguna fruta para saciar el hambre?".

Una vez que el viejo hubo terminado su pedido las risas se reanudaron. Esta vez el centro de las burlas y chanzas era el anciano. Lo invitaban a subir a los árboles, a jugar con ellos, le faltaban el respeto... Pero alguien los observaba. Allí estaba, no frente a ellos, pues nunca se hubiese mostrado ante los niños, pero sí viéndolos. El ka'aguy póra no pudo soportar más aquello y un sólo rayo de sus ojos lanzó hacia los niños que quedaron convertidos en ka'i. Los chiquilines intentaban aún sin darse cuenta de que habían perdido el habla comunicarse entre ellos. Sólo unos chirridos horrendos salían de sus gargantas. Sus nuevos cuerpos les permitían dedicarse para siempre a la broma, pero no disfrutar jamás de la superioridad humana. Así, una vez más, el ka'aguy póra imponía justicia en el monte.



## La leyenda del chahã

Lavan y se divierten las muchachas a orillas del arroyo. Sus risas, antes de perderse en la espesura del monte saltan sobre las piedras del arroyo, se dan un chapuzón que las enfría y se dejan ir de hoja en hoja hasta perderse en las ondas de la brisa.

Las chicas se tiran agua a la cara. Se corren para mojarse. Se persiguen con calabazas llenas de agua espumosa. Juegan y son felices a su manera cantando un estribillo de moda:

"Juegan y se divierten a su manera. Esa es la vida de las lavanderas".

Pero esa tarde la vida de las jóvenes lavanderas cambiaría para siempre. Jasy había decidido bajar a la tierra para dar uno de sus acostumbrados paseos y venía acompañada por Mbyja. Las dos, cuando visitaban los sitios terrenos, se convertían en muchachitas campesinas que iban de viaje por el monte en busca de sus padres.

Jasy junto a Mbyja acertaron pasar por aquel arroyo donde lavaban y jugaban las lavanderas. Extenuadas y sedientas estaban las dos mozuelas y llegaron junto a las lavanderas. "¿Podrían darnos un poco de agua limpia para calmar nuestra sed", dijo Jasy. Las lavanderas, entre risas le contestaron que allí no había nada para calmar la sed. Entonces Jasy y la pequeña siguieron su camino.

De pronto las lavanderas aparentemente arrepentidas, llamaron a las dos jovencitas mostrándoles dos calabazas en las que supuestamente había agua fresca. Pero al llegar junto a ellas encontraron que las calabazas estaban llenas de espuma y las chicas volvieron a irse, ahora la más pequeña: Mbyja lloraba de sed. Las lavanderas prorrumpieron en risas cada vez más estentóreas. Risas gordas que al pretender saltar de piedra en piedra caían con fuerza en el agua del arroyo desintegrándose, risas espumosas que no podían avanzar ni con la ayuda del viento.

Jasy entonces levantó la vista hacia los cielos como para pedir ayuda y ante sus ojos apareció el gua'a divino que les dijo: "Allí hay un manantial de agua fresca, vayan y beban" y

acercándose a las lavanderas les dijo: "Y para ustedes ahí va este castigo".

Las lavanderas pretendieron huir asustadas del gua'a, pero no tuvieron tiempo. Una de ellas alcanzó a decir "jaha" que por el susto le salió como si dijera "chahã" pero en el acto fueron convertidas en dos aves idénticas, de carne fofa como la espuma del jabón y, por lo desatentas que fueron cuando humanas, hoy viven obligadas a prestar vigilancia a los demás habitantes del monte. Es por eso que el chahã vive en pareja y en permanente vigilia, avisando de los peligros al resto de los animales.



## La leyenda de la Mandio

Un temblor extraño recorre la espalda de Mandi.

Mandi es una vestal de la tribu de las marahyva. Una tribu de mujeres que rechazaban el contacto con los hombres y que se mantenían sin mancha en el Pindoráma.

Un temblor extraño y nuevo recorre la espalda de Mandi.

Piensa la joven virgen en un hombre. Pensamiento pecaminoso pero inevitable. Piensa la joven en el castigo a las vestales que infringen las leyes de la castidad. Ella, que cuidaba la pitón sagrada, sabía muy bien como trituraba a sus víctimas la enorme serpiente. Había visto alguna vez como engullía a aquellas que habían cometido alguna falta en el campo del amor.

Inevitable, una y otra vez, el extraño escozor se presentaba en el cuerpo de Mandi al mismo tiempo que la imagen de Mborotúva. Sonaba el nombre del guakara cada vez con más fuerza poblando el alma de Mandi.

La joven estaba exenta de las tareas de la caza y la pesca. Esas eran actividades reservadas para el común. Ella era sacerdotisa y se había entregado en cuerpo y alma al culto de la luna. Sabía que su temblor y el nombre del guakara constituían un imposible para su condición.

Las marahyva aceptaban la unión carnal con los hombres una vez al año y tan sólo con la tribu de los guakara. Ellas adormecían a las serpientes que custodiaban las puertas del Pindoráma y recibían a los guerreros. Los hijos engendrados durante aquella noche de libaciones y amor, si nacían varones eran sacrificados o retirados por sus padres. Las hijas mujeres, en cambio, pasaban a integrar la comunidad de las marahyva y las más bellas se convertían en vestales por designio sagrado.

Mandi, entregada a la luna, había contemplado su fría luz y se había extasiado en su belleza reflejada en las aguas de los ríos de fuertes torrentes que rodeaban el Pindoráma. Mandi pensaba en la luna más que en ella misma pero ahora sus pensamientos sagrados, su adoración había menguado producto de aquel extraño escozor que le recorría el cuerpo entero cuando la luz del jefe guakara se encendía en sus recuerdos. Lo había visto una sola vez pero eso bastaba.

Mandi miraba a la luna con otros ojos ahora, casi con indiferencia. En aquel disco plateado se reflejaba no el rostro de la divinidad sino el rostro de Mborotúva.

Ha llegado el día del encuentro con los guakara.

Mandi junto a las demás vestales se retira del lugar custodiada por las ancianas de la tribu. Ellas no participan de la jornada de amor y lascivia en la que se sumergen las cazadoras y los guerreros, pero un algo quemante le indica que debe estar allí.

Reluce el Pindoráma a la luz de la luna. Las melenas de las palmeras refulgen en medio de la noche estrellada. Es una fiesta en la que el cielo borda con habilidosas manos y las lágrimas de rocío un manto cristalino que todo lo embellece. El placer se sienta en el trono por una vez en el año y ordena la orgía fantástica. Los guakara se entregan a las jóvenes marahyva a sabiendas de que es su única oportunidad. Sólo Mborotúva está silencioso en un espacio apartado de la fiesta.

Mborotúva siente en su cuerpo el mismo temblor que Mandi siente encerrada en el templo.

Mborotúva sabe que Mandi vendrá hasta él.

Lo sabe desde aquel día en que cruzaron sus miradas por vez primera.

Ahí está. Mandi ha burlado la vigilancia de las confiadas ancianas y llega junto al cacique que le aguarda con impaciencia. sin mediar palabra el jefe guakara le dice: "Huyamos, en el río tengo preparada una piragua más veloz que el viento, nadie podrá alcanzarnos". La joven siente que su alma se desgarra. Sabe que no podrá escapar de la serpiente sagrada. Sabe que toda huida sería inútil. Guarda silencio. El jefe guakara, ansioso, camina en círculos a su alrededor admirando la perfecta y única belleza de aquella joven, dispuesta a entregarse, pero rendida al designio que le ha sido impuesto. Al fin ella le contesta. "Jamás podremos escapar, vete". Mandi huye hacia el templo nuevamente. Regresa junto a las demás vestales. Las ancianas no han notado su ausencia y tampoco la ven reintegrarse al grupo. Pero Mandi sabe que nadie puede engañar a la serpiente sagrada. Mandi se siente condenada y lo único que enciende la luz en su alma es el rostro del guerrero.

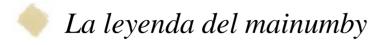
Desde aquel momento de tensión, amor y miedo, Mandi ya no puede descansar en paz.

Cada vez que se acerca a la boa esta se agita con movimientos que Mandi presiente destructores. Empalidece día a día la niña. Languidece. Los ojos vidriosos de la pitón han fijado la imagen de la estela que la piragua de Mborotúva ha dejado en el río y el temblor del cuerpo de la niña. Sensible como ningún otro animal, la serpiente espera el momento. Mandi lo sabe.

Pero el desencanto por el amor perdido puede más que las miradas oblicuas de la boa. El desencanto y la pena terminan por matar a Mandi. Mandi muere tumbada en su hamaca. Nadie sabrá jamás de su amor. Nadie sabrá jamás que la misteriosa desaparición de Mborotúva se debió a la persecución de la serpiente sagrada. Nadie sabrá de aquel extraño temblor que se instaló en el cuerpo de Mandi a partir de un cruce casual de miradas. Nadie sabrá jamás que ella perteneció no a la luna, sino al guerrero al que entregó su alma.

Mandi fue puesta en una vasija y enterrada junto a sus pertenencias más queridas.

Tiempo después, en aquel lugar creció una planta hasta entonces desconocida. Las marahyva la llamaron Mandi'óga. La planta poseía unas raíces henchidas y fuertes. Más que raíces aquellas daban la impresión de ser frutos subterráneos. Con la desaparición de las marahyva, los guarani heredaron aquella raíz casi sagrada que sirvió de alimentación a todo el pueblo. A aquella raíz los guaraníes la llamaron Mandio. El nombre de la pequeña vestal enamorada se ha eternizado así hasta nuestros días y el amor de aquella niña acude a nuestra mesa renovando esa entrega tan profunda.



Concierto de colores en el manantial.

Las azucenas silvestres con sus arreboladas coronas. Los helechos de verdes sólo imaginables a la hora de escribir estas hojas. Plantas acuáticas se regodean desparramando sus hojas en la limpidez de la surgente. Enredaderas de flores azules y rojas trepan a los troncos de los árboles que se bañan en el constante salpicar de la naciente. Desde arriba puede uno asombrarse con el espectáculo. Sólo donde fluye el agua se puede encontrar la tremenda variedad que ahora tenemos frente a nuestros ojos.

Las flores más pequeñas, blancas como perlas o los racimos de flores que caen de las orquídeas gigantes, todas las plantas aportan su instrumento como si fuera esto un gran concierto de colores cuyo único rumor saliera del agua que salta de la roca espontáneamente, del agua que sube en la savia de las plantas, del agua que surge en la transpiración de las hojas.

El agua. Siempre el agua.

No lejos de allí, descansa Itakuéra con su dulce hija y dos de sus criadas.

Descansa bajo la sombra de un samu'u que de vez en vez deja caer sus flores blancas y esponjosas sobre la tierna hierba que crece a su alrededor.

Ytakuéra es madre de grandes guerreros. Yvotyjuru es la hija más pequeña de Itakuéra.

Envía la mujer a una de sus criadas por agua al manantial.

Presurosa parte la joven llevando una calabaza hueca para traer el líquido, pero no regresa.

La vemos allí junto a la surgente, como hipnotizada. Se diría que está en trance. Apenas estuvo junto al agua, una sombra juguetona llamó su atención. Una sombra que no es gris como todas las sombras sino multicolor. Lleva prendidos en su plumaje, pues se diría que son plumas tejidas por algún orfebre místico lo que cubre aquel latir pequeñísimo, los colores de aquel lugar hermoso.

La criada no regresa. Entonces Itakuéra envía a su otra criada a ver que ha sucedido, por qué no regresa con el agua fresca, pero ella tampoco regresa. ¿Qué estará sucediendo allí abajo?

Itakuéra y su hija bajan a ver lo que sucede. Llegan junto al pequeño arroyito y encuentran a las dos criadas tal como las describimos. Hipnotizadas por un pequeño pájaro que se mueve inquieto de flor en flor. La fina espada de su pico ya penetra a una azucena, ya a un jazmín, ya los pensamientos de las criadas. Madre e hija se han quedado estupefactas ante el ave de refulgentes colores.

Las cuatro mujeres no responden por sí mismas. Es tanta la hermosura del pajarillo que se han quedado mudas de asombro. Lo ven ir y venir hasta que en un momento de encantamiento el mainumby llega junto a la hija de Itakuéra e introduce el pico entre los rojos labios vírgenes.

Un remolino de luz. Un aleteo incesante. Un roce infinito y la niña traspasa las fronteras de lo humano. Ella también vuela ahora con el mismo aspecto del pájaro que las ha embelesado.



## La leyenda de la Virgen de Ka'akupe

Es el bosque sembrado de luces, de sombras, de chillidos y cantos. Es la tarde brillante de oros y verdes azulados. Es el paraíso para el muchacho indio que se ha internado en el monte en busca de maderas apropiadas para el trabajo. El indio ha salido de las misiones con ese objetivo y recorre el monte observando los árboles, la magnificencia del paisaje, las luces, las sombras, los chillidos, los cantos. Los pájaros y los animales han llamado su atención y se ha alejado de las misiones tal vez demasiado. El indio ha recogido algunas maderas que lleva consigo pero, extasiado ha ido de aquí para allá extraviando el camino. Esconde la madera que ha juntado en un sitio que le parece seguro y comienza a buscar el camino de regreso.

José es el nombre cristiano del indio. Se lo han puesto los misioneros al bautizarlo.

José es joven y fuerte. Avanza seguro de sí mismo. Seguro de encontrar el camino de regreso. Pasan las horas y José no puede hallar el camino, tan denso es el bosque, que se ha perdido.

Ya no podría decir con exactitud ni tan siquiera dónde dejó las maderas que ha recogido para las tallas que se proponía encarar.

Ha aprendido el oficio de tallar la madera y todos en las misiones lo consideran un artista. José es feliz allí. Trabaja para sí mismo y para los demás. Aprende cosas nuevas. Honra a Dios y no le falta nada. ¿Qué más podría pedir?

José y el monte, hermoso y escabroso.

De pronto José siente que alguien lo sigue.

Escucha murmullos. José apura el paso. Trata de alejarse de aquellas voces. ¿Lo han escuchado? ¿Lo han visto? José teme que sí y trata de despistar a quien lo sigue.

Ahora corre. Avanza entre las lianas y los arbustos que le lastiman la piel.

José corre. Desconoce el monte en esta zona y cada vez le parece estar internándose en regiones más lejanas y sombrías.

Lo persigue un grupo de guerreros mbya. La tribu que no se ha hecho amiga de los misioneros. La tribu que rechaza la evangelización. Terribles y poderosos son los guerreros mbya.

José presiente que se trata de ellos. Lo han descubierto y lo persiguen como el cazador persigue a su presa. Lo rodean. Dan gritos. Se comunican en una lengua que José no entiende.

La persecución es larga. José está agotado. No sabría cómo seguir. Se detiene en un claro. ¿De dónde vendrán estos guerreros? ¿Estaré rodeado? piensa José. Y se lanza de nuevo hacia la espesura a ciegas. Ha logrado salir nuevamente del círculo que los mbya le tienden.

A punto de desfallecer, José llega junto a un gran árbol. Se detiene apoyándose en su tronco enorme. Se acurruca. Reza ahora José.

Implora. Clama a la Virgen María. Hace su promesa.

Si salgo con vida de esta te prometo Virgencita que he de tallarte una hermosa imagen con la madera de este mismo árbol que ahora me protege, dice para sí mismo José.

Escucha los pasos de los guerreros. Ellos lo huelen. Está seguro de eso. José se esconde en una grieta que el tronco tiene hacia sus grandes raíces.

Ya se escuchan las voces de los guerreros acercándose.

El círculo se hace cada vez más pequeño.

Ahora José puede verlos. Vienen hacia él. Son siete los guerreros. Están armados y son fuertes y jóvenes. Están furiosos de haber descubierto a un intruso en sus tierras. José reza en silencio.

Los mbya pasan junto al árbol, perciben la presencia del extraño pero no lo ven.

Pasan los guerreros junto a José sin verlo y desconfiados continúan su búsqueda yéndose hacia otros lugares del bosque. José respira aliviado y agradece a la Virgen. Los mbya, a juzgar por sus gritos y señales que se escuchan a lo lejos, han perdido el rastro.

Una vez que los mbya se han perdido en la lejanía, José arranca del árbol un buen pedazo de madera y retoma el camino de regreso. Ahora cree reconocer el lugar donde se encuentra y sin problemas retorna a las misiones.

De inmediato José se dispuso a cumplir con la promesa hecha a la Virgen y comenzó a tallar una imagen con aquella madera. Semanas más tarde José tenía lista dos imágenes de la Virgen. Una, destinada a la veneración pública y otra más pequeña para su culto personal. La primera reposa hoy en el altar de la iglesia de Tobatí y la más pequeña es la milagrosa imagen venerada por cientos de miles de personas de todo el mundo en la Basílica de Caacupé.



## La leyenda de Ka'a

Sentada sobre el borde rocoso del arroyo una bella joven juega metiendo sus pies en el agua. Las gotas que levanta vuelven al cauce más brillantes que antes, como tocadas por una varita mágica. Un ave de blanco plumaje bebe a orillas del arroyo. La muchacha observa al ave.

El tiempo parece inexistente a esta hora de la tarde. Nadie más se ve en las inmediaciones. El pájaro bebiendo a sorbos pequeños, picotea el agua. Ka'a juega con el agua. Los pies de la niña y el agua del arroyo son lo único móvil. No hay una gota de viento. Las plantas parecen expectantes.

Del otro lado del arroyo una enmarañada vegetación de verdes fulgurantes. De este lado, las piedras y una amplia extensión de doradas arenas. La tierra parece detenerse a observar la imagen de la chica en el arroyo. De la espesura surge de pronto una pequeña caravana. Va encabezada por un hombre joven, alto y altivo.

Ka'a nota a la caravana porque un momento antes de aparecer, el ave levanta vuelo asustada dejando en el aire un graznido que ahora flota sobre la cabeza de quienes van cruzando el arroyo sobre las piedras. El hombre que encabeza la caravana llama la atención de Ka'a. Es alto y fuerte. Su mirada está clavada en algo con fijeza, pero Ka'a no sabe precisar dónde. Su mirada resulta irresistible para la joven que con los pies en el agua observa a los forasteros. Ninguno de ellos parece percatarse de la presencia en la costa. Pasan muy cerca de donde está Ka'a pero nadie dirige un saludo ni una mirada. Los largos pasos del hombre se adentran en un estrecho sendero y se pierden en un recodo.

Más tarde, Ka'a vuelve a la aldea y cuando cae la noche procura descansar. La fiera mirada del forastero que ha visto durante la tarde le inquieta. Ha perdido su habitual tranquilidad. Hay una vibración extraña en la joven. Nunca se ha sentido de esa forma. Da vueltas en su hamaca sin poder conciliar el sueño durante horas. Cuando la noche ya está muy avanzada el sueño la vence y cae en una especie de sopor. En sueños los negros ojos del forastero le calan el corazón.

El sol alarga su luminoso cuerpo cuando Ka'a despierta. Despierta posiblemente al escuchar una voz desconocida. Su padre conversa con alguien. Ka'a se queda quieta en su hamaca. Su padre conversa con el hombre de la caravana. Y el hombre al que ahora puede ver de cerca está relatando los objetivos que lo han traído hasta las tierras de Ka'a.

"Como avare mbya tengo la misión de recorrer estas tierras en busca de una gran ofrenda para el templo de Mbaeveraguasu. Es bien conocida la riqueza en metales preciosos que se da en estas tierras y los mbya queremos recorrerla sin chocar con nadie".

"Délo por hecho", contestó secamente el padre de Ka'a.

Ka'a no pudo evitar la fascinación que la mirada de aquel joven sacerdote despertaba en ella y estuvo viéndolo a través del tejido de la hamaca en la que, ya despierta procuraba ni siquiera respirar para que nadie advirtiera su presencia. En aquella incómoda posición, Ka'a recordó todo lo que de los mbya había escuchado en el pasado. Decían que se creían insuperables y que ningún mbya, mucho menos los avare, se casaban con gentes de otras tribus. Tan elevado era el amor propio de los mbya. Ka'a se dijo para sí misma que eso a ella no debía importarle, puesto que intentaría conquistar a aquel que estuvo mirándola y entró en sus sueños toda la noche.

El avare se despidió del cacique diciéndole que durante aquel día andaría observando los alrededores sin alejarse mucho. Ka'a que era toda oídos se levantó ni bien el sacerdote se hubo retirado del lugar y anduvo recorriendo los alrededores de la aldea con la esperanza de encontrarse con aquel que había venido a visitarla en sueños.

Anduvo así durante varias jornadas y muchas fueron las veces en que los jóvenes cruzaron sus miradas. Ka'a sentía el ardor del avare. Lo notaba en las cosas imperceptibles y misteriosas que sólo se dan a conocer cuando el amor despierta. Varias veces se cruzaron en el bosque y en los arroyos, el avare y los suyos buscaban piedras preciosas. Ka'a buscaba al sacerdote.

Una tarde sombría Ka'a se enteró de que el avare volvería a su pueblo. El dolor atravesó el corazón de la joven. Ante la posibilidad cierta de perderlo para siempre, Ka'a salió en busca del avare a quien pensaba manifestar su amor.

Ka'a marcha decidida. Dispuesta a usar todas las armas de la seducción para despertar la pasión que intuye escondida en el alma del sacerdote mbya. Una extraña fuerza gobierna cada paso de la muchacha que avanza hacia el arroyo como si supiera que allí va a encontrarse con el avare.

Ka'a está frente al hombre.

Todo indica que será correspondida. El mbya siente que su sangre hierve. Se reprime. Lucha contra sus propios sentimientos. Lucha contra la pasión que le inunda el cuerpo.

El ascetismo contra la pasión.

Despiadada es la lucha en el interior del hombre que, por un lado está enceguecido de amor por la joven y por el otro tiene una misión que cumplir para la cual ha sido adiestrado durante largo tiempo. Ka'a baja hasta la arena y danza para el avare. Su cuerpo se mueve con gracia despertando cada vez con más intensidad el deseo del avare.

Ahora Ka'a se desliza a través de las piedras. Se acerca al hombre. Le confiesa su amor. Lo abraza. Hay un momento que se hace eterno cuando las palabras de Ka'a se enredan en los vestidos del sacerdote. Es en ese instante eterno cuando el ascetismo aprovecha la distracción y aniquila a la pasión. El joven sacerdote toma el hacha de piedra que lleva consigo y sin pensarlo ni una sola vez la azota sobre la cabeza de Ka'a que se desploma sin un solo quejido. La sangre de la joven mancha la piedra. El mbya sin siquiera mirarla guarda su arma y se marcha dando la espalda a la pasión y al amor para siempre jamás.

Han pasado los años.

El dolor de la tribu por la muerte de Ka'a ya casi no se recuerda.

Un viejo sacerdote mbya llega hasta aquella aldea. Viene el hombre con la espalda doblada por los años. Viene el hombre cargando el peso de la muerte de la pasión en su alma. Se detiene en aquella piedra junto al arroyo. Se sienta allí a descansar. Un arbusto de hojas desconocidas para el sabio sacerdote le brinda su fresca sombra en la tórrida tarde de verano. De las brillantes hojas del arbusto se desprende un aroma que le lleva a tomar unas cuantas hojas y masticarlas. El jugo de las hojas penetra en su cuerpo como un elixir de vida. Ya no hay dudas, el viejo sacerdote ha venido a encontrarse con su último momento al único sitio donde conoció la vida con plenitud. Allí donde en sus años de juventud perdiera la posibilidad del amor de una vez y para siempre. El mbya siente que viaja hacia el amor. La yerba que ha probado por primera vez no es sino la encarnación de aquella dulce joven que le confesara su amor. Ahora el avare viaja su viaje infinito y último para reunirse con su amada. Lleva en su boca el recio sabor de la yerba mate.



## La leyenda de Laguna Sirena

El joven indio solía rondar las orillas del arroyo Yhaguy. Hasta allí llegaban a lavar la ropa unas mozas que respondían con risas a las atrevidas palabras de Kavare. Las endulzaba el indio con su facilidad para versificar y contar historias fantásticas de las que eran protagonistas principales las flores, los árboles y los animales.

Una siesta en la que Kavare no encontró a nadie en el arroyo, se alejó un poco de la corriente y se adentró en un bosquecito cercano. Grande fue su sorpresa cuando descubrió que detrás de los árboles había una laguna de quietas aguas. Diestro en la natación, Kavare no perdió ni un segundo y se tiró a la laguna.

Nada el muchacho relajado.

Se desliza mansamente sobre la superficie de plata.

Al llegar al centro mismo, una fuerza extraña lo estira hacia las profundidades. Kavare se deja llevar. Ducho en "remansos" sabe que en unos momentos el agua lo devolverá a la superficie. Pero el fondo de la laguna parece no existir y el joven pierde el conocimiento. Cuando despierta se halla en un aposento nuevo para él. Una joven le habla delicadamente al oído y luego se aleja dejándolo en compañía de varias mujeres que le atienden proporcionándole comidas, bebidas y todo lo necesario para que no se sienta abrumado por el cambio. Cada noche la joven de la exquisita voz le visita y pide sus favores. El joven, encantado con la nueva situación, no se preocupa demasiado por las cosas de su vida anterior.

Cierto día Kavare pregunta a la mujer por qué sólo aparece de noche. Entonces ella le confiesa que si él viera su rostro a la luz del día ella desaparecería para siempre de su vida.

Terribles palabras que despertaron la natural curiosidad de Kavare. Los pensamientos del joven indio lo llevan a anhelar lo prohibido. Jamás pensó que sería cierto lo dicho por la joven. Kavare busca dos piedras duras y, cuando llega la noche y con ella la joven a visitarlo, Kavare golpea las piedras entre sí y deja que un montón de paja seca que había juntado previamente, arda con las chispas. La luz de la fogata desata el hechizo: de inmediato la joven desparece de su vista y un arco iris se instala sobre la laguna. Un arco iris que fulgura como retorciéndose en sus propios colores hasta hundirse en las aguas.

Kavare despierta.

Está ahora en la casa de sus padres.

Cuenta los hechos vividos tan recientemente. Los padres lo escuchan atentos y nerviosos.

"Hijo, dice su madre, has estado preso de una Sirena". Un tiempo que para él no fue más allá de algunos días, en la realidad humana ocupó un espacio de dos años. "Has tenido suerte en regresar" le dice el padre ahora y se dispone a contar historias viejas de cuando unos tíos suyos fueron raptados por la misma extraña mujer, lejos en una laguna llamada...



## La leyenda de Ka'aguy Póra

Un grupo de hombres a caballo avanza por el monte.

Van contando sus hazañas y, chacoteando, se tientan unos a otros. Para quien los observa desde el follaje es claro que estos hombres están bajo el picante efecto de la caña. Han bebido y se han largado al monte en busca de presas. Lo hacen para competir entre ellos. Quien logre la pieza mayor se quedará con la gloria por un momento. Los otros deberán esperar una nueva oportunidad.

Armados de grandes escopetas avanzan por el monte.

Los caballos se muestran inquietos. Presienten algo malo.

Los hombres se detienen en un claro y rodeados de sus perros, dejan sus cabalgaduras y parten a pie entre el chircal. Buscan venados, chanchos salvajes, tapires...Cualquier animal que pueda ser cazado y les de ese momento de supremacía que tanto ansían.

El monte los mira con recelo.

Con sus pequeños ojos de gigante sigue cada paso que dan.

En el poblado, otro grupo de hombres se dedica a seguir los caminos del alcohol y esperan la vuelta de sus compañeros. Han prometido volver cuando baje el sol con las presas atadas a sus caballos. Desde lejos se sabrá quién trae la mayor por la polvareda que levantará.

Ladran los perros y olfatean el aire.

Han detectado algún animal. Corren los perros. Todos en una misma dirección.

Los hombres, achispados, siguen los pasos de los canes cazadores con las escopetas listas.

De pronto los ladridos cesan.

Los hombres detienen el paso, esperan.

Los perros comienzan a chillar como si alguien los estuviera apaleando.

Los hombres quedan como postes, clavados al suelo. En su borrachera entienden que algo grave está por ocurrir. Los perros, efectivamente, regresan dando chillidos lastimeros. Se acurrucan a los pies de los cazadores buscando protección.

Uno de los hombres envalentonando a los demás grita:

"Debe ser una manada de chanchos salvajes. Vamos a cazarlos."

Y los demás siguen los pasos de quien se ha convertido en adalid. Corren hacia la arboleda de donde vinieron los perros.

"Rodiémoslos", dice el líder, y los hombres se esparcen formando un semicírculo.

Son cazadores expertos. Muchas veces han entrado en el monte a y han vuelto con buenas piezas. Muchas veces han enfrentado el peligro de los tigres que aparecen de improviso saltando desde los árboles y de las serpientes que nunca se sabe de dónde aparecen.

Ahora entran en la arboleda cerrada por numerosas lianas y helechos gigantes.

El bosque los mira.

"Allí están", dice el líder, y alza su escopeta para disparar sobre un chancho enorme que le viene a torear de frente. Suena el disparo, potente y seco. Retumba largamente con un largo chiflido por todo el monte. El animal cae y comienza un berrinche agónico que los hombres festejan con risotadas. Los otros chanchos de la manada huyen hacia otro sitio más espeso.

"Difícil que puedan superarme. Es el más grande de la manada", dice el líder de los cazadores.

Bromas y chacota están en la punta de la lengua de los otros. Todo es algarabía. El cazador pela de su cintura un gran cuchillo y mirando a los ojos del animal le produce un gran corte a la altura del cuello. El chorro de sangre salta bañándole el pecho y los otros festejan con ruidosos sapukái.

El cazador ata las patas delanteras del chancho con una cuerda y ata la cuerda a un árbol cercano. "Para que no se lo lleve el Ka'aguy Póra", dice malicioso tentando a los otros. Ríen los cazadores. Todos. Todos, excepto uno. El más viejo mueve la cabeza negando y murmulla para sí. "Lo ha convocado" dice el viejo, pero nadie lo escucha.

"Vamos a buscar a los otros", dice uno de los cazadores.

Y la cacería se reinicia. La manada que se encontraba cerca de allí observando a los hombres desde la espesura, corre alocada hacia otro sitio. Los hombres vuelven a hacer un rodeo.

La caza ha continuado y varias son las presas que traen arrastrando con cuerdas. Tácitamente, el lugar donde fue cobrada la primer pieza ha quedado designado como el lugar de encuentro. Hacia allí marchan los cazadores. Ninguno ha podido cazar un animal más grande que el primero y todos vienen hablando del tema.

Cuando llegan al sitio, no encuentran al gran chancho.

"Ka'aguy Póra" dice el viejo entre dientes.

Los hombres, azorados, no saben qué decir.

"Me robaron la presa" grita el que en un momento se erigió en líder del grupo. Obnubilado

por el alcohol y la sangre el hombre busca un culpable. "Ese fuiste vos, viejo", grita el hombre. "Ka'aguy Póra" vuelve a decir el viejo entre dientes. "Ahora entiendo, cuando desapareciste fue para robarme la pieza. ¿Dónde la pusiste?" increpa al hombre. "Estamos cazando sin necesidad", dice el viejo. "Eso no te da derecho" insiste el hombre sacando amenazadoramente su cuchillo por segunda vez en el día. El viejo no se defiende. Un rugido terrible se escucha en el monte. Los hombres quedan paralizados, pues de inmediato y detrás del cazador que amenaza al viejo un gigante de cinco metros de altura aparece haciendo a un lado los árboles. En su enorme cabeza los ojos fulgurantes hipnotizan a los cazadores. "Ka'aguy Póra" dice el viejo entre dientes y es lo único que seguirá diciendo por el resto de sus días.

Agita su salvaje crin el gigante y una especie de pipa hecha con una calavera que lleva en su mano. Ruge furioso el monstruo y se abalanza sobre los hombres.

En vano esperaron en el poblado la vuelta de los cazadores a la puesta del sol. Los hombres siguieron bebiendo hasta caer en un profundo sueño.

Al día siguiente, preocupados y sobrios, los hombres del poblado se organizan para salir a buscar a los cazadores perdidos. Los más optimistas dicen que no vale la pena. Que pronto volverán. Que se habrán quedado en el monte para cobrar más piezas. Pero algunos temen. El monte es peligroso.

Ninguno sabe que todos los preparativos serán inútiles.

Por el camino se acerca un hombre de a pie.

Es el viejo.

Es el único sobreviviente.

Delira y repite en su extravío: "Ka'aguy Póra".

Los hombres del poblado lo rodean pidiendo explicaciones sobre los demás cazadores. Pero el viejo parece saber sólo dos palabras: "Ka'aguy Póra". Una y otra vez contesta el viejo "Ka'aguy Póra". Hasta que al fin los hombres entienden. Conocedores de la leyenda y temerosos de internarse en el monte dejan al viejo en paz. Ka'aguy Póra le ha perdonado la vida pero le ha quitado el juicio.



## La leyenda de Mbaeveraguasu

El atlante se siente incompleto en su nuevo hogar. Añora la ciudad dorada en la que viviera su juventud. No puede quejarse de su destino pero tampoco le resulta el más alentador.

Un buen día, de plática con Tume Arandu, su cuñado, Paragua confesó sus penas.

Necesitaba ocuparse en algo grande. Quería construir una ciudad que se pareciera a aaquella que sucumbió ante las enardecidas olas del mar. Quería hacer la réplica de Atlántida, su ciudad natal.

Tume Arandu le habla del lugar donde Tupã creó al primer hombre y a la primera mujer, sus padres. El valle entre los cerros, el intenso verde de la vegetación, el cielo azul...

Marchan los hombres hacia la colina de Areguá. Los acompaña el primogénito de Paragua. Arekaja es su nombre y posee facultades extraordinarias para las invenciones. Joven y fuerte, hombre de gran dinamismo, Arekaja es el indicado para iniciar empresas.

Instalados en la colina, los tres hombres observan el majestuoso espectáculo de la naturaleza. El valle luce esplendoroso. Frente a Areguá una hermosa cordillera. "Al pie de aquellos cerros", dice Paragua y los tres hombres inician la travesía del amplio valle.

Surgentes cristalinos caen desde las faldas de los cerros. Los pájaros se multiplican en aquella tierra virgen. "Aquí", dice Paragua a su hijo, señalando una roca que marca el sitio donde levantarán la nueva ciudad. "Aquí levantaremos la nueva Atlántida".

Días más tarde cientos de aldeanos de la tribu de Paragua se incorporan al trabajo frente a la colina de Areguá. Verlos trabajar desde la distancia es una maravilla para los ojos. Arekaja dirige las obras. Las maderas que traen desde el otro lado de los cerros. Las piedras pulidas. Los hornos que cocinan el barro. Máquinas extrañas producto de la invención de Paragua y su hijo que alivianan el trabajo de los hombres. En medio del vergel, la presencia del hombre.

No tardaron mucho tiempo en terminar los trabajos.

La ciudad, nueva y limpia, lucía como una aparición cuando la luz de la mañana rebotaba contra las blancas paredes. Resplandecía la nueva Atlántida, pero Paragua aún no estaba contento con el trabajo. Apreciaba el esfuerzo y la colaboración de su pueblo pero deseaba darle a aquella ciudad luminosidad nocturna. Deseaba que brillara tanto como cuando el sol le daba a pleno.

Paragua ordena ahora, con la ayuda de Arekaja, que se inicie la excavación de un pozo. Señala el lugar, muy cerca de la casa que ha elegido como su residencia. Pocos días después los excavadores han perforado la tierra varios centenares de metros. Ya no se puede ver el fondo de aquel pozo. Ahora brota de las entrañas de la tierra un líquido lechoso, blanco y espeso. con él pintaron los edificio más imponentes del poblado, redoblando su poder resplandeciente. Los aldeanos descubren que el líquido es sabroso y comienzan a ingerirlo. Luego de una cantidad determinada, esa extraña leche de la tierra, produce embriaguez y una somnolencia que los transporta a un estado de deleite maravilloso. La leche de la tierra, además, engorda a quienes la ingieren sin medida, pero les debilita los huesos hasta producirles la muerte. Entonces Arekaja decide continuar con la excavación. Buscan el líquido amarillo que en Atlántida se utilizaba como generador de luz artificial. Buscan afanosamente. La excavación sobrepasa el millar de metros. En ese momento, de las profundidades brota un fuego seco que produce una gran alarma en los excavadores. Arekaja ordena el cierre del pozo y dice a todos: "Ibamos buscando el antro de la luz y nos hemos topado con el infierno, hasta aquí hemos llegado".

Lejos de caer vencidos, Arekaja y su padre continúan, ahora en soledad, con sus experimentos a fin de obtener alguna forma de luz artificial. Una y mil veces prueban artefactos que no sirven a sus propósitos. Una y mil veces recomienzan la tarea, hasta que un buen día consiguen armar un extraño recipiente que, accionados sus mecanismos, produce una luz intensa. De inmediato se entregan a la fabricación en gran cantidad y los distribuyen por toda la ciudad. Por la noche las luces emergen, ahora, de las ventanas de todos los edificios con inaudita brillantez. Tanto es así que los aldeano llamaron a esa extraña ciudad Mbaeveraguasu, la ciudad resplandeciente.

Han pasado los siglos. Mbaeveraguasu es famosa por sus luces. La vista que de ella se tiene desde la no menos famosa colina de Areguá, es maravillosa. Los viajeros llegan hasta allí pasmados de admiración y sus habitantes han conservado el orgullo con el que trabajaron sus creadores.

Ya no existe sobre la faz de la tierra el viejo patriarca Tume Arandu.

Ya no existe sobre la faz de la tierra el nostálgico atlante conocido aquí con el nombre de Paragua.

Ya no existe sobre la faz de la tierra Arekaja, el dinámico hombre inventor.

Y a no existen sobre las faz de la tierra sus hijos ni sus nietos.

Ahora Mbaeveraguasu es una ciudad sagrada para los guarani.

La llegada del karaiete está cerca. Así lo ha dejado escrito Tupã en el destino de la raza.

Una mañana estival, desde la ciudad sagrada se escuchan tres fuertes explosiones. ¿A qué atribuirlas? ¿Quién puede haber producido semejantes ruidos? Muy pronto los guarani se enterarían de la llegada del karaiete que entró en aquellas tierras a sangre y fuego. Ellos habían hecho detonar sus poderosos cañones y ahora se acercaban a la ciudad resplandeciente.

En tiempos ya lejanos Tume Arandu había implorado a Tupã para que la radiante ciudad guarani, la cuna de la luz y el misterio, el mbaeveraguasu desapareciera bajo las aguas antes de ser profanada por las plantas del enemigo. Tupã acogió favorablemente aquel ruego del patriarca guarani e hizo que las aguas del Tupã Ykua se enturbiaran y comenzaran a bullir día y noche.

Muy pronto la bellísima ciudad y sus habitantes fueron sólo una leyenda luminosa. Desapareció bajo las aguas como la tierra que la había inspirado. Durante mucho tiempo el Tupã Ykua, luego de cubrir la ciudad, continuó arrojando grandes volúmenes de agua. Tanto que éstas amenazaron cubrir toda la superficie de las tierras de Rupave. Fue entonces cuando llegó a aquel lugar un karaiete bondadoso que bendijo las aguas, bautizó aquellos parajes y conjuró el peligro, pero esa es otra historia y por suerte ya ha sido contada en otra ocasión con lujo de detalles.



## La leyenda de Perurima

Mucha es la nostalgia que cae con todo su peso sobre el corazón de Paragua. Guarasyáva hasta aquel momento desconocía la pena que su marido no había podido superar. Fue en un atardecer en el cual mbaeveraguasu brillaba más que nunca cuando Paragua le contó sus cuitas. Guarasyáva reprochó a su esposo el no habérselo dicho antes, pero luego comprendió su silencio y le apoyó en lo que él quería hacer ahora.

"Partir para reencontrarme con Amaraso es lo que quiero ahora. Tal vez eso calme un poco mis penas y termine con mis quebrantos". Paragua no imaginaba que volvería a su terruño natal y que ya no volvería a ver la bella ciudad que había construido con Tume Arandu y Arekaja.

Pero el poeta hoy está de buen humor y no quiere transitar largos caminos ni contar historias de travesías gigantescas como fue aquella sino ir directamente al grano. Una vez en Amarasoia, Paragua y su esposa fueron víctimas de las chanzas del más pequeño de sus sobrinos que por entonces se llamaba Toryja.

Entabló conversación Paragua con el más pequeño de los hijos de Amaraso, uno al que apodaban Toryja. Toryja era un gran mentiroso, poseía la admirada capacidad de inventar historias de todo tipo. No pasó mucho tiempo de charla y ya Paragua se hallaba completamente enredado con la conversación de aquel chiquillo. Le contó historias fantásticas y le invitó a visitar el lugar donde todas las tardes se dejaba ver un Ypóra de tres cabezas. Paragua creyó en su pequeño sobrino y se dejó guiar, pero después de andar durante horas se dio cuenta de que se trataba de una broma y recriminó duramente al muchachito por su comportamiento. Paragua amenazó con castigar a Toryja si no le llevaba de regreso. En

esa discusión estaban cuando apareció un tigre y se abalanzó sobre Paragua. Desesperado, el hombre pidió al sobrino que buscara auxilio, pero el niño se quedó mirando la escena impávido primero y luego abandonó su tío a su suerte y volvió a la aldea.

Al llegar a la aldea, Toryja inventó una historia en la que su tío se había quedado con unas amables mujeres que lo llevaron a su casa y que no había querido regresar. Guarasyáva entonces le prometió al chiquillo una buena propina si le llevaba hasta esa casa donde se había quedado Paragua. El niño aceptó gustoso y de inmediato se pusieron en camino. Muchas horas después, se sentaron a descansar a orillas de un hermoso lago. Habían andado una gran distancia. Guarasyáva cayó en la cuenta del engaño y se puso a llorar desconsolada. En ese momento apareció ante ella una enorme serpiente lista para atacarla. Guarasyáva huyó de inmediato pero con tanta mala suerte que fue a enredarse en medio de un espinar. Salir de allí sin lastimarse feamente era imposible. Ni siquiera la serpiente se animó a entrar, y Guarasyáva quedó atrapada allí. Toryja no hacía caso de los gritos de su tía pero pensaba en alguna solución. "Si con un susto enorme fue a meterse allí, con otro susto podrá salir", se dijo para sí el chiquilín y prendió fuego al espinar. Ardían las ramas chisporroteando y presa del terror, Guarasyáva salió de aquel lugar. ¡Lo había logrado! No se puede decir que el remedio fuera peor que la enfermedad pero le andaba cerca. Guarasyáva salió arañada y chamuscada de aquel sitio tan parecido al infierno, pero al menos pudo regresar a la aldea.

Tupinambá escuchó el relato de su hermana que iba recorriendo sus desventuras con lujo de detalles y tuvo que apenarse con ella. Los aprietos en los que Toryja le había puesto eran realmente graciosos y, como había regresado sana y salva, el rostro chamuscado y el cuerpo así tiznado provocaron la risa en Tupinamba. ¿Cómo le había creído a aquel chiquillo malcriado?

Pero la sorpresa mayor de la aldea fue ver llegar a Paragua. Cansado, arañado por las garras del tigre y sucio penetró en la aldea. Lo primero que quería hacer Paragua era castigar al mocoso que le había estado tomando el pelo todo el tiempo. Tupinamba se interpuso a Paragua y le explicó la desventura de su esposa. "Nos ha tomado del pelo a todos", dijo Paragua y la aldea entera estalló en una carcajada. Los mismos protagonistas de las desgracias no pudieron contener la risa festejando la habilidad del chico para tender trampas, mentir e inventar historias.

Toryja marchó en la comitiva que su padre y Paragua organizaron en busca de Halánte, su ciudad natal, perdida entre las aguas del mar. Muchos años anduvo Toryja con su padre y su tío en busca de la perdida Halánte, hasta que los dos hombres encontraron al fin la ciudad de sus nostalgias y se recogieron en ella que yacía en el fondo del mar. Toryja, único sobreviviente de aquella expedición regresó a Amarasoia, la tierra de su padre con cientos de historias que contar.

"¡Traigan primero algo para comer!" decía Toryja sentado en una especie de trono que le prepararon cuando arribó a la aldea de su madre. Toryja con su estilo fuera de juicio pedía y pedía. "Coloquen una hamaca y háganme descansar columpiándome. Que me hamaquen las más hermosas doncellas de la aldea. Traigan un poco de chicha para beber. Quiero estar alegre para así contarles mejor las aventuras de nuestra expedición".

Las indias que le rodeaban se reían de él y remedaban su forma de pedir. "Pedir y pedir, pedir más es lo único que sabe el indiecito...", le decían al oído. "Es tan insaciable que desde hoy le llamaremos Perurima", dijo una de ellas en voz bien alta.

Tres días estuvo pidiendo y pidiendo. Cuando el recién "bautizado" Perurima se sintió satisfecho, recién ahí comenzó el relato. Perurima se hizo famoso en poco tiempo y de todos lados llegaban gentes que le pagaban para que les relate aquellas fabulosas historias. Perurima se hizo un experto en la narración. Dominaba aquellos pasajes en los que la emotividad o la comicidad se hacían protagonistas llevando a los oyentes a prorrumpir en llanto o a desternillarse de risa según fuera el caso.

Días después Perurima decidió irse con su tía Guarasyáva a conocer Mbaeveraguasu. Allí

llegó a ser muy famoso. Muchas invenciones realizó Perurima en los propicios aires de Mbaeveraguasu, pero de él han quedado sobre todo el increíble repertorio de chistes y cuentos llenos de ingenio y vivacidad. Narraciones que aún hoy son recreadas por el pueblo.



## El Museo Mitológico de Capiatá

Como todas las mañanas desde hace veinte años, tempranito, el Museo Mitológico "Ramón Elías" abre sus puertas sobre la Ruta nº 2, justo a la altura del km 19, donde –se puede decir así— comienza Capiatá. Brillante carta de presentación para la ciudad este museo que hoy lleva el nombre de su creador, el incansable profesor Ramón Elías.

Muchos años de trabajo, sacrificios y recorridos por todo el país fue el costo que don Elías pagó para recopilar, recuperar y restaurar valiosísimas piezas del arte jesuítico y franciscano; documentos, fotografías y armas de la Guerra Grande y de la Guerra del Chaco.

En sus andanzas por el interior, apoyado siempre por su esposa, Elsa Céspedes, hoy a cargo del Museo, don Ramón tuvo la oportunidad de conversar con personas que le fueron transmitiendo sus conocimientos acerca de los mitos y leyendas del Paraguay. Su curiosidad innata hizo el resto. Fue averiguando e indagando hasta formar en su rica imaginación la imagen de los "monstruos" (como él los llamaba) de aquellas historias. Como carecían de imagen él se propuso construirles una.

Así fue como comenzó a tallar en la madera de nuestra tierra imágenes que representaban fielmente los fantásticos relatos que fue escuchando en los distintos rincones del país. Uno a uno fueron apareciendo mbói tui, ao ao, jasy jatere, pombéro, teju jagua, mala visión, tupã y tantos otros.

Don Ramón no sólo era profesor e investigador de nuestro pasado, sino que también estaba profundamente arraigado en la vida social y cultural de su pueblo.

En la faz deportiva, fue jugador de básquetbol en la selección de Capiatá, jugador de fútbol en la primera división, presidente de un club, animador de los corsos asuncenos con bellas carrozas que mostraban su inagotable creatividad...

Arriero porte con sus vecinos y con quien necesitara de su ayuda. Amigo del brillante antropólogo León Cadogan quien lo alentaba a seguir adelante, don Ramón Elías no cejaba en sus esfuerzos por recuperar la memoria del Paraguay, la histórica y aquella que forma nuestro inconsciente colectivo.

Nunca recibió ayuda oficial para su tarea, tampoco la pretendió.

El realizaba su trabajo a pura conciencia.

Cuando las piezas reunidas eran tantas que ya no pudo guardarlas en su casa pensó en crear un sitio acorde para su conservación. Un sitio donde no sólo él pudiera apreciarlas sino que fueran útiles a la sociedad. Aunque nadie lo sabía él ya se había formado una idea bien clara de cómo sería el lugar donde ubicaría las tallas propias y aquellas piezas históricas.

Quería una casa tradicional pero no quería levantarla con materiales actuales. Su idea era otra. Así fue como comenzó a recorrer las demoliciones de las casas coloniales en todo el país. Recuperaba de allí las tejas, los horcones, las vigas, las tejuelas, los ladrillones, las aberturas, las rejas. Fue una dura tarea de acumulación y una inversión enorme y costosa. A medida que pasaba el tiempo la tarea se le iba simplificando, pues como su interés era conocido en vastos lugares, cuando había ese tipo de demoliciones lo llamaban y la gente se

acercaba a ofrecerle materiales. Su empeño era construir una casa tradicional con los materiales de otras casas tradicionales que lamentablemente iban desapareciendo.

Doña Elsa comenta con orgullo que el museo y la casa donde hoy vive fueron levantados completamente con materiales antiguos, originales. No hay nada de hoy excepto la mano de obra.

Esta casa es una re-construcción. En esta casa conviven varias casas de la época colonial. Mucho tiempo llevó a don Ramón Elías construirla. Juntar cada elemento de los que él había imaginado y anexar otros que se le fueron presentando por el camino. Las obras fueron dirigidos por él mismo y la casa se levantó en base a su propio diseño.

Recién en 1979 fue inaugurado el Museo tal como hoy se lo ve.

Sólo dos años después, en un desgraciado accidente automovilístico, fallecía el creador.

Dejaba tras de sí un trabajo y una historia de vida incomparables. Las figuras de algunos de los mitos por él tallados se transformarían en la imagen "oficial", por decirlo de alguna manera, de aquellos monstruos. Artesanos de todo el país adoptaron los rasgos creados por don Ramón Elías y multiplicaron su obra. Monstruos como el ao ao, el kurupi, el pombéro, el jasy jatere, el luisõ, el mbói tui y el moñái encontraron su figura definitiva y se han multiplicado con la forma que les diera don Elías.

El Museo es un legado invalorable.

Además de las tallas propias, numerosas imágenes hechas por los franciscanos y los jesuitas, perfectamente datadas se encuentran allí para admiración y deleite de los visitantes. Fotografías y armas de la guerra del Chaco. Elementos de la vida cotidiana de la época colonial. Documentos de la Guerra de la Triple Alianza. Todo en esa casa tan especial que el profesor dejara para la posteridad.

Hoy en día, doña Elsa Céspedes dirige el Museo con el mismo amor con que lo hacía el profesor. El cariño de sus nietos y nietas rodea la casona del km 19: puerta de una pujante ciudad.

El Museo sigue brindando satisfacciones a sus dueños aunque a veces se haga difícil su mantenimiento, sobre todo teniendo en cuenta que aquí no se cobra entrada a nadie.

Un emprendimiento privado alejado del egoísmo que a veces parece regar todos nuestros ámbitos. Un emprendimiento que, sin mezquindades, con veinte años de vida y otros tanto de trabajo anterior, es el único en su tipo en todo el país.

# Sitios geográficos de los mitos y leyendas del Paraguay.



Antes que nada queremos destacar unas sentidas palabras de agradecimiento a la gente que nos ayudó en la empresa de recorrer los sitios geográficos reales relacionados con mitos y leyendas de nuestro país. Casi anónimos, ya que en estas páginas encontrarán algunos de sus nombres y/o testimonios, estas personas pusieron la mejor buena voluntad para ayudarnos en nuestras búsquedas y viajes.

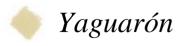
No pretende éste capítulo cerrar una investigación que aún puede extenderse, sino marcar un camino en este sentido. Un camino que de algún modo dejara abierto Narciso R. Colmán con aquellos parrafitos en los que citaba nombres de personas y lugares en los que el misterio se enseñoreaba manifestándose de diversas formas.

Hemos andado muchos kilómetros en este recorrido. Los hemos hecho de todas las formas en ómnibus, en automóvil, en moto, en bicicleta, a pie... Hemos saludado a cada persona con la que nos hemos cruzado. Siempre obtuvimos respuestas que nos ayudaron a seguir adelante. Nadie dio vuelta la cara ante nuestros requerimientos lo que habla a las claras del profundo sentido de la hospitalidad de nuestra gente.

Sabrán disculpar la calidad de nuestras fotografías, pero están hechas por aficionados y poseen ante todo un valor documental más que artístico.

Cada palabra de estas crónicas es la simple realidad que hemos vivido. No incluimos en estas líneas ni un poco de fantasía con el propósito de que ustedes, los lectores puedan conocer los sitios por los que anduvimos con total objetividad.

Existen sí cosas inexplicables como las huellas sobre la piedra, por ejemplo, pero comprobables por los ojos de quien quiera acercarse a ver. La sinceridad ha sido nuestro principio al elaborar las crónicas. Vayamos a ellas.



#### La ciudad actual

La ciudad de Yaguarón, situada sobre, o mejor dicho atravesada por la Ruta nº 1 se encuentra entre las localidades de Itá y Paraguarí, y está signada por las leyendas. La Iglesia de San Buenaventura, el Cerro Yaguarón, el Museo "Dr. Francia" y un poco más allá la Compañía Mbáe Sa Guasu, marcan lugares que, en aquellos relatos que han quedado en la memoria del pueblo, aparecen como escenarios de aventuras memorables.

La ciudad de Yaguarón es nuestro primer destino en estas "crónicas" que pretenden dar fe de los sitios reales que la imaginación, o tal vez algunos hechos misteriosos, han relacionado para siempre con los mitos y leyendas de nuestra tierra.

### El museo, sitio de visita obligada.

En primer lugar nos dirigimos hacia el Museo "Dr. Francia", situado a tan sólo dos cuadras de la referencia más importante de la ciudad: la Iglesia San Buenaventura. Allí conversamos amenamente con la encargada y pudimos observar las poquísimas piezas del museo: "Es que esta casa se recuperó vacía y las piezas que hoy podemos mostrar proceden de donaciones voluntarias. Aquí vivió el padre del Dr. Francia, don José Engracia García Rodríguez, que habitó en el tiempo en que la Corona Española le nombró Administrador de Tabacos de Yaguarón", dice nuestra anfitriona.

Cuatro maniquíes que muestran los supuestos rasgos del Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia en diferentes edades, vestidos con atuendos de la época, se encuentran en una de las habitaciones. Se destacan también en el lugar las fotografías de la hija del Dr. Francia (¿la Niña Francia de la leyenda?) y la nieta, esta última emparentada con los Peña que fueron propietarios de la famosa Quinta de Yvyrai, lugar de residencia de "El Supremo", en el barrio Trinidad de Asunción, de la cual hablaremos en capítulo aparte pues se relaciona con la Leyenda de la Niña Francia.

### Rumbo al misterioso cerro yaguaron

Caminamos ahora hacia el Cerro Yaguarón. Nos acompaña, Rubén Darío Oviedo, joven de 19 años que se ha pasado la infancia recorriendo los lugares que ahora buscamos documentar. Transitamos por la Ruta Nº 1 a pie hasta llegar a la curva de entrada a la ciudad –estamos realizando el camino inverso al de nuestra llegada, como si nos dirigiéramos hacia Asunción– donde nos adentramos hacia la izquierda. Cruzamos el Cementerio y seguimos andando unas cuántas cuadras más en zigzag, primero a la derecha y luego a la izquierda, a la derecha y a la izquierda hasta llegar al pie del cerro. "Hay tres caminos para subir y bajar del cerro –nos explica nuestro guía– uno de ellos está avanzando hacia la derecha, es como una calle y es el más accesible, el otro es éste que está aquí frente a nosotros. Es el camino del Vía Crucis, las cruces que están cada tanto en la ladera del cerro señalan las últimas estaciones. Este Vía Crucis comienza en la iglesia y termina en la cumbre del cerro. Y el tercer camino es una escalera que se ha construido en la roca misma y está en aquella punta, hacia la izquierda". Conocer los tres caminos es nuestra propuesta.

Allá vamos. Decidimos trepar primero por el camino del Vía Crucis. El más difícil según nuestro guía. Es escarpado y hay que ir pisando en rocas salientes pues las piedras sueltas en cualquier momento pueden provocar el resbalón. Una vez arriba, nos dirigimos hacia el extremo que apunta a la ciudad. Desde allí apenas podemos distinguir el techo de la iglesia debido a la gran cantidad de árboles que crecen a su alrededor, una fracción de la ruta, el cementerio y algunas callecitas.

La mayoría del pueblo está bajo los árboles.

Hacia el horizonte, la cordillera. Las suaves pendientes que dibujan una hondonada como recortada a tijera. Nebulosas se ven aquellas alturas por efecto de la distancia.

### Las lágrimas de kerana

A escasos 50 metros del lugar donde alcanzamos la cumbre se encuentra un ykua pequeñito.

Apenas un hilo de agua, casi imperceptible, brota desde una roca en forma de pequeña olla. Seguramente el agua lo ha formado con su incesante fluir. Aquí lloró de pena Kerana. Lloró hasta la muerte. "Esto, durante semana santa estaba todo señalizado. No sé por qué habrán sacado los carteles", dice Rubén Dario. Los pobladores de la zona no relacionan el ykua como el lugar donde Kerana llorara hasta quedarse sin lágrimas, hasta la muerte. Pero tampoco saben dar nombre a esta pequeña surgente en la cumbre del cerro. Aunque después de leer a Narciso R. Colmán en Ñande Ypykuéra, yo no puedo dejar de imaginarme a Kerana en aquel momento. Destruida por todo lo que le había sucedido en su corta vida. Apagada su belleza. Hecha jirones de llanto, agonizando en este lugar que habrá sido mucho más inhóspito en aquel entonces tan lejano.

### Las huellas en la piedra

Frente al ykua, a escasos diez pasos, se encuentran las "huellas sobre la roca". Se trata de dos pisadas correspondientes a un paso humano. Al contrario de lo que he hemos leído en algunos libros, las pisadas son de un tamaño normal, en otras palabras, huellas de un ser humano. Algunos autores han mencionado que se trataba de pisadas de gran tamaño. Otros las atribuyen, dada esa característica, al pombéro y en Yaguarón los pobladores dicen que son las pisadas de Santo Tomás (en algunas versiones se menciona que desde una roca Santo Tomás se elevó hacia los cielos dejando sus pies marcados en la piedra). Por su parte, Rosicrán menciona en el Génesis de la Raza Guaraní que se trata de una patada de "rabia" dada por Tau, maldiciendo a Tume Arandu y jurando venganza por la muerte de sus hijos. Lo cierto es que las huellas en la roca no dejan de ser misteriosas. Escapa a nuestros conocimientos el considerar las posibles causas que dejaron esas pisadas grabadas en aquel lugar. ¿Qué extraña combinación de la realidad y lo sobrenatural pudo habernos legado ese documento? ¿De qué época histórica datarán? Misterios que sólo los especialistas podrían aclarar.

### Rumbo a la gruta

Desde el lugar donde se encuentran las huellas, bajando y en dirección al pueblo, nos encontramos con un camino muy estrecho en la escarpada ladera del monte. Por este camino hacemos un recorrido que no deja de ser riesgoso pese a algunas barandas bastante deterioradas. Es el camino a la cueva o gruta. Después de algunos esfuerzos logramos llegar hasta ese lugar. Una inscripción la nombra como Cueva de Santo Tomás. En cambio, volviendo a la obra –única en su género– Ñande Ypykuéra, podemos leer que en esa cueva fue donde Tume Arandu y su tribu destruyeron a los siete hijos fenómenos de Tau y Kerana, o sea a Teju Jagua (que era quien habitaba ese lugar sin poder abandanarlo dada su deformidad), Moñái, Jasy Jatere, Kurupi, Luisõ, Mboi Tui y Ao Ao, quienes murieron junto a la inmolada Porãsy, hija de Marangatu.

La gruta, en realidad no es tal, pues no se trata de una excavación en la roca sino que las piedras que cayeron, producto —me atrevo a afirmar— de alguna explosión de origen geológico, formaron una especie de "casa", bastante estrecha.

En algunas de las diferentes versiones que existen de la Leyenda de Santo Tomás, se dice que el Santo vivió sus primeros días en estas tierras en una cueva. Tal vez por eso los pobladores de Yaguarón la nombran de esta forma.

Conviene aclarar que, lo que en Rosicrán podemos encontrar como Moñái Kuare, los mismos pobladores afirman que se trata de otro sitio, fuera de los marcos del cerro Yaguarón pero no muy alejado, pero no hemos encontrado quien nos guíe hasta allí. El sitio parece perdido en los rizos del olvido.

### El cerro tiene sus vueltas

Una vez recorridos los sitios antes descritos, y documentados fotográficamente los mismos, nos dispusimos a bajar por el sendero que antes se presentaba a nuestra izquierda ("la escalera" según nuestro guía) y ahora tenemos a nuestra derecha, mientras observamos el pueblo de Yaguarón. No fue tan "dulce" como pensábamos el descenso. Un camino tanto o más extenso que aquel por el cual trepamos. Sembrado de dificultades en la primera parte y con unas gradas de piedra bastante altas un poco más abajo. El cansancio no nos ayudó a hacer de este descenso algo más relajado. Nuestra fuerzas se agotaban. Trepar cerros como éste y descenderlos no es tan fácil como pudiera parecer a simple vista. De todas formas la experiencia vale la pena.

Quisimos conocer la tercera vía: la más fácil según nuestro orientador. Allí fuimos entonces, de un extremo al otro, siempre andando al pie del cerro. Ante nosotros una especie de calle enripiada asciende nuevamente hacia la cumbre del cerro.

Hicimos una pausa antes de acometer la dura empresa. Una vez recuperados iniciamos el segundo ascenso. Ciertamente fue mucho más tranquilo que el primero. Este camino conduce a la segunda mitad de la cumbre. En ella reina la vegetación. Esta mitad se encuentra en la parte opuesta al pueblo de Yaguarón y no es visible desde aquel. Un palmeral impone su presencia y entre las palmeras (mbokaja) existen parcelas que son cultivadas por algunos campesinos que afirman que se trata de propiedad privada.

Para mejor descripción diremos que nuestro cerro posee la cumbre trunca, como si alguien le hubiese cortado la punta. De esta forma la "cumbre" es una extensión bastante amplia del terreno, más o menos irregular pero en general plana, por la que uno puede moverse como si estuviese en una amplísima terraza de varias hectáreas de superficie. De un lado, pura piedra, del otro pura vegetación.

### ¿Otra leyenda esta naciendo en la cumbre del cerro?

Atravesamos el bosque que tenemos ante nosotros y volvemos a salir a la parte rocosa.

El sol aprieta nuestras cabezas. El sendero más cercano para bajar, después de andar entre monte y salir nuevamente a la punta rocosa que mira al pueblo, es la "escalera". Pero antes divisamos algo que se nos había pasado por alto. En esta cumbre plana existen dos elevaciones del terreno. Como pequeñas montañitas. Suponemos que para un alpinista esa, la más alta, debe ser la verdadera cumbre. Cumbre sobre la cumbre.

Preguntamos a nuestro guía acerca de si existe sendero para trepar a aquel lugar que a la distancia se ve muy enmarañado, lleno de árboles a simple vista espinosos y ahora grisáceos por la prolongada sequía. "Sendero hay pero no podemos ir hasta allí", nos dice y ante las nuevas preguntas dice: "Hace mucho tiempo que nadie se anima a ir allí". Un silencio caliente salta, da tres vueltas en el aire y cae sobre el grupo, entonces el guía explica: "Allí, se dice, cuentan, que se suicidó un hombre. Era muy malvado según parece. Se ahorcó en esa cumbre. Hace muchos años. El póra ronda sobre todo al mediodía que es la hora en que se mató. Una chica subió sin saberlo hace poco y demasiado grande le asustó el fantasma de ese señor". Miramos nuestros relojes. Las agujas marcan las doce en punto. El guía no quiso acompañarnos. Nosotros preferimos quedarnos con la duda. Tal vez una nueva leyenda esté naciendo en la cumbre del Cerro Yaguarón.

### El templo san buenaventura

Hemos dejado para lo último esta visita a la Iglesia San Buenaventura. Joya del estilo barroco que predominó en las construcciones franciscanas del siglo XVIII. Su fundación data de 1755 aproximadamente. Buscábamos en el templo, además de observar la belleza de su altar mayor, los retablos, el púlpito y la sacristía, que conocíamos de referencia; un bajorrelieve que, según menciona Concepción Leyes de Chávez, en su libro "Río Lunado", página 102, existiría en la iglesia, mostrando la lucha entre un indígena (sería el Guarán de la leyenda titulada Yaguarú) y el monstruo de la mitología guaraní llamado Jaguaru. Lo único similar es un bajorrelieve circular que se encuentra adosado a la pared del frente del templo, a un costado de la puerta y que, según datos de la persona que allí guía a los visitantes, habría estado en la parte superior del frente, encima de la puerta principal. En dicho bajorrelieve se aprecia a un guerrero luchando con una lanza contra un animal. Según referencias de la misma persona, en tiempos pasados se podía ver bien que se trataba de un guerrero romano luchando con un león y que existirían fotografías que lo demuestran. Lamentablemente ninguna de esas fotografías se encuentran en el templo. Este bajorrelieve es lo único que se asemeja a lo mencionado en aquel libro. Dados los hechos tendremos que concluir que la imaginación de Concepción Leyes de Chávez transformó al guerrero romano en un indígena y al león en Jaguaru, ubicando el bajorrelieve en la pared posterior del templo y no en el frente como comprobamos in situ.

### El valle de sa guasu

Decimos adiós al templo de San Buenaventura con sus tallas exquisitas recubiertas con pan de oro y nos encaminamos al valle Sa Guasu abandonando Yaguarón. Una leyenda que se inscribe en este mismo libro da nombre a este lugar. Viajamos en un ómnibus que recorre las compañías cercanas a Yaguarón. Hoy en día se le llama Compañía Mbáe Sa Guasu y se encuentra ubicada en el camino que va de Yaguarón hacia Pirayú, antes de llegar a la serranía. Nada de particular encontramos en esta compañía. Campesinos trabajadores, alejados de la leyenda del monstruo antropófago. Sólo algunos pobladores la conocen, muy pocos. Y nadie teme, hoy en día andar por los caminos antiguamente asolados por el cíclope de nuestra mitología.

## Atyrá

Atyrá es otra ciudad-referencia cuando hablamos de mitología y leyendas de nuestra tierra. Su pasado cargado de historias y su presente pleno de realizaciones comunitarias llamaron nuestra atención y movieron el interés para que sea la segunda ciudad en nuestra larga lista de viajes y visitas. A Atyrá se llega desde Altos y desde Tobatí por caminos de tierra y parcialmente asfaltados, y desde la Ruta nº 2 (a la altura de Caacupé) por un desvío hoy completamente asfaltado de 15 km.

### El sitio de reunion de los avare y el pueblo

Cuentan que en el lugar que hoy ocupa el edificio de la Municipalidad de Atyrá, antiguamente existían siete yvapovõ, bajo cuyas sombras se reunían a deliberar los avare y el

pueblo se acercaba a participar en las Asambleas. De hecho, el nombre de la ciudad: Atyrá proviene de la palabra Atyha que significa lugar de reunión. Ya no quedan rastros de los yvapovo si es que alguna vez existieron.

Desde este sitio, hoy centro de Atyrá, Tumé Arandu habló al pueblo pidiendo concordia y amor en el momento en que los siete fenómenos —los hijos de Tau y Kerana— sembraban el odio y desataban la furia de las diversas aldeas. Allí el sabio, comunicó con cautela los planes para destruir a los monstruos que asolaban las tribus. Allí innumerables veces se reunieron las tribus de la región para resolver sus asuntos.

Los veo ahora bajo la sombra de los árboles discutiendo en grupos pequeños. Veo a algunos líderes naturales pedir la palabra y hacer sus discursos. Veo a los avare dar respuesta a los interrogantes. Los veo entrar en una choza grande a deliberar. Veo los cerros tal cual están hoy, dando marco a estas reuniones y alimentándose de las palabras que llegan hasta ellos rodando sobre la hierba. Veo esas palabras floreciendo en los cerros y alegrando su existir milenario...

### El presente de atyra

Ahora Atyrá es conocida por su dedicación hacia la higiene. La llaman con justicia, la ciudad más limpia del país. Dicen que su trabajo "ecológico" es también loable. Sus calles son tranquilas y en todas ellas nos encontramos con carteles que reproducen frases de célebres pensadores. Frases que ayudan a vivir en armónica convivencia y que fomentan el crecimiento individual y comunitario. La iglesia, la pequeña peatonal donde tienen sus locales los artesanos del cuero, el reloj solar, el cementerio que, al contrario de lo usual, reivindica con alegre colorido la vida eterna, y la casa museo del ex-intendente (el que puso en marcha la renovación de Atyrá), son referencias de la ciudad. También lo es la cascada que aquí llaman "el chorro" aunque está ubicada a unos kilómetros pasando la comunidad de Monte Alto. Y las compañías que rodean a Atyrá: Monte Alto, Mbururú, Candia Loma, Candia, Caacupemí... Ha trabajado mucho la gente de Atyrá para hacer de su ciudad una ciudad habitable, una ciudad que les sirva de espejo, una ciudad atractiva para el turismo que, si bien no acude en gran número, es constante. Todos los días llegan visitantes hasta el pequeño pueblo.

### El cerro kavaju

El cerro Kavaju tal vez no se encuentre entre las referencias obligadas de los pobladores de Aturá, pero todos lo conocen. Saben de su existencia y muchos lo han visitado. De hecho, un muchacho de 16 años, Nicanor Vera, nos acompaña como guía en nuestra excursión al cerro. Aunque bien se podría decir que se trata de una incursión.

La mañana es tranquila y abierta. El azul del cielo parece querer teñir los campos un poco secos en esta temporada invernal. ¡El azul del cielo paraguayo! Polvorientos y rojizos caminos nos han traído hasta el pie del Cerro Kavaju. Contenidas expectativas comienzan a soltarse como si fueran pandorgas y se van quedando atrapadas entre las ramas de la densa vegetación que cubre el cerro. Subimos. El camino es sumamente complicado. Ante éste, el cerro Yaguarón es un juego de niños. El Kavaju, llamado así por la forma de la cumbre que dibuja una especie de silla de montar, apreciable sobre todo desde el camino que va de Caacupé a Tobatí, es difícil de trepar. La ladera que mira a las compañía Mbururú aparece casi en ángulo recto, desde la cumbre hasta el suelo. Plantas exóticas se prenden en las rocas y dejan caer largos brazos desde lo alto. Enormes y erosionadas piedras reposan quién sabe desde qué siglos unas encastradas en otras. El blancuzco color de las rocas aparece tamizado por oscuridades que forman las caprichosas formas que el agua y el viento les han ido tallando en la superficie. Subimos, subimos, subimos... No podemos dejar de comparar este cerro con el cerro Yaguarón. Este es más alto, más impresionante...

No sabemos exactamente con qué nos vamos a encontrar. Buscamos la cueva en la que, según la leyenda, Moñái escondía sus hurtos. El ascenso lo hicimos trepando uno de los lados menos empinados hasta llegar a la cumbre más alta y no encontramos rastros de la dichosa cueva. ¿Existirá en la realidad o es una invención más de la frondosa imaginación de los escritores que se han dedicado a narrar las leyendas? Nuestro guía asegura que existe, pero que está del otro lado. Cerca de la cumbre descubrimos una serie de "fallas" que forman como habitaciones estrechas. ¿Será una de estas la cueva donde se escondía Moñái? Las recorremos a todas. Nos deslizamos bajo las piedras para llegar hasta ellas. Trepamos. Saltamos. No nos convence lo que vemos.

Desde esta cumbre podemos observar un campamento evangélico, una olería, los cerros, que a lo largo de todo el horizonte nos encierran en una ronda neblinosa, algunos caseríos, algunos caminos visibles por tramos debido a la abundante vegetación.

Luego de un breve descanso iniciamos el descenso por el "otro lado". Es más peligroso este sitio. "Ahí está la cueva", dice nuestro guía al que tanto acosáramos con nuestras preguntas. Ahora sí. Mirándonos unos a otros sorprendemos gestos de satisfacción. Esto es lo que buscábamos. En un lugar poco accesible sobre la piedra que cae en ángulo recto y entre la vegetación una boca oscura abre sus fauces y se queda inmóvil para la eternidad. Desde la senda donde nos encontramos la observamos arriba. Documentamos. Fotografiamos. Allí sube la sombra de Moñái, con sus cuernos de luz, reptando entre los árboles. Sólo él puede llegar hasta allí. Allí sube la graciosa figura de Porãsy. Un coro de mariposas le da luz al camino para que la bella joven no tropiece. Las mariposas y su polvo de estrellas. Los pasos de Porãsy sobre esa luminosa avenida que desde nuestra senda es apenas perceptible. Estimo que Moñái duerme la "mona" de sus fechorías. Veo a la hermosa mujer perderse en aquella boca siniestra. Es el comienzo del fin. Es el comienzo al fin.



#### Dos pueblos unidos a una leyenda

Hemos visto en la leyenda que el indio José, perseguido por guerreros de otra tribu, salvó su vida después de invocar a la Virgen prometiéndole que tallaría una imagen con la madera del árbol que le ocultó de los salvajes.

En el recorrido por los sitios reales de aquellos hechos legendarios, guiamos nuestros pasos hacia las localidades cordilleranas de Tobati y Caacupé, ciudades donde podemos observar las dos imágenes que el indio José hiciera de la Virgen.

#### La imagen mas pequeña

Caacupé es desde tiempos lejanos sinónimo de espiritualidad. Hacia allí converge cada año la devoción de cientos de miles de paraguayos y extranjeros que adoran a la Virgen y que se dan cita cada 8 de diciembre para venerarla. Pero el santuario es atracción, para los fieles católicos, durante todo el año. En la gran explanada frente a la Basílica que guarda la imagen de la Virgen, innumerables velas arden día y noche. A Caacupé llegamos a través de la Ruta Nº 2, hermosa carretera rodeada de bellísimos paisajes donde los cerros, plenos de vegetación, dan un marco imponente. Abundar en la descripción de esta tierra, de la basílica y de los milagros de la Virgen de Caacupé resultaría una tarea no justificable. Poesías y canciones demuestran la fe inquebrantable de un pueblo profundamente devoto. Es difícil encontrar un paraguayo que no haya pisado el templo de Caacupé. Que no se haya arrodillado delante de la imagen de la Virgen, que no le haya pedido alguna gracia, que no le

haya encendido alguna vela...

La imagen, hoy protegida dentro de una urna de vidrio que en su parte superior es abovedada, mira a todos los visitantes con la misma bondad. Sus devotos sienten que les mira a cada uno con infinita ternura y con una sonrisa mansa, propia de la santidad. Su manto azul y oro es conocido y reconocido en todas partes.

La imagen, que no llega al metro de altura, pequeña en dimensiones, es grandiosa en expresión y despierta las lágrimas en más de un visitante... Cuenta la gente que esta imagen es la que el indio José talló con infinito amor para su devoción particular. Es la imagen que él hizo para su hogar.

#### La virgen de tobati

Quisimos entonces conocer a la otra Virgen, la que da brillo a la iglesia de Tobatí y hacia allí nos dirigimos. Al enfilar hacia aquella ciudad, el camino se torna más agreste que en otros sitios del departamento Cordillera. Los cerros aparecen con sus rocas desnudas como deslizándose curiosos hasta el costado del camino. Son estos, antiquísimos sistemas orográficos que nos muestran la acción de los vientos y del agua en sus piedras milenarias. Como si los artesanos de Tobatí, que trabajan con maestría la madera, se hubiesen unido en armonioso ejército de trabajadores para tallar la piedra. Numerosas fábricas de cerámica y olerías dejan correr el humo de sus hornos en las alturas más altas de la Cordillera. En la plaza, frente a la iglesia de este pueblo de trabajadores, se encuentra una fuente que deja caer el agua de dos cántaros, obra realizada durante el Concurso de los Pueblos, en el cual Tobatí se destacara por sus proyectos y realizaciones obteniendo el primer lugar.

La iglesia está cerrada con llave cuando llegamos a ella. En la fachada principal, arriba, un vitral de forma circular representa al Indio José tallando la madera. Afortunadamente encontramos a la señora Justina Kulzle de Gill ("Nena"), quien guarda la llave del templo en los momentos en que el paí se encuentra ocupado dando clases en el colegio.

De esta forma logramos acceder a la iglesia que, como tantas otras en el departamento, nos muestra un altar realizado por los indígenas bajo la dirección de los franciscanos, fundadores de pueblos allá en el Siglo XVIII. Bellísimo el altar. Alguna vez fue guardado parte por parte en casas de diferentes familias del pueblo y recién volvió a ocupar un sitio central cuando se construyó el edificio de la iglesia actual. En algunas partes faltan piezas. Lamentablemente el robo ha sido una constante en estos templos y las preciadas imágenes han ido a parar a veces a manos de coleccionistas privados, desvirtuándose la función de las mismas. Nos cuenta la señora Justina que muy pronto comenzarán los trabajos de restauración. Nos conduce hacia la sacristía donde descansa una réplica de la Virgen. "Ya no se saca la que está en el altar cuando hay procesiones. Preferimos resguardarla pues es una reliquia invalorable". Si bien esta réplica está hecha con amor por los artesanos del pueblo, al ver la imagen original que preside el altar de la iglesia notamos una gran diferencia. Casi dos metros de alto tiene esta figura que nos mira con ternura desde su sitial. Las manos juntas. El manto azul. La mirada...

Imaginamos a aquel artesano que ahora llamamos indio José. Lo vemos bajo la sombra de un árbol añoso con sus rústicas herramientas, trazando sobre la madera los rasgos de la Virgen. Imaginamos las sensaciones de sus manos al levantar una viruta, al pulir, una vez terminada la talla quién sabe con qué piedras, la madera ya transformada. Imaginamos al hombre y en sus manos, a la imagen. El pan de oro aplicado ahora en una habitación de piedra, cerrada y alumbrada por numerosas velas. Imaginamos la delicadeza de los movimientos al colorear las mejillas, las manos que giran sobre recipientes llenos de pigmentos. Imaginamos el momento en que el manto cae sobre la madera y por último la corona apoyándose con suma delicadeza sobre la santa cabeza. Imaginamos aquel proceso larguísimo y delicado...

Ahora ya estamos en la ruta de regreso, los cerros nuevamente nos imponen su

majestuosidad de piedra y los valles su verdor enmarañado.

#### Ita espejo

Cerca de Tobatí, a una distancia de más o menos 5 kilómetros, sobre el camino que pasa por la Compañía Huyguaty, se encuentra un cerro al que los lugareños denominan Ita Espejo. El monte está completamente dentro de la propiedad de Monte Alpino (fraccionadora de agua mineral). La parte que mira hacia el camino, que termina en la tranquera de la empresa, posee piedras cortadas a noventa grados, lisas y enormes. Del otro lado, una surgente que nace en el cerro alimenta un arroyo que ya fue convertido en balneario por los habitantes de este sitio. Las extrañas formas que adoptan las piedras en el lugar son la clave para entender su nombre. Piedras lisas dispuestas en terrazas y piedras lisas a noventa grados, todas con un alto componente de mica, mineral que produce brillos continuamente cuando la luz del sol les da a pleno. Este es el surgente donde se bañaba Tume Arandu cuando recibió la para nada santa visita de Tau. Repelido por el sabio cuentan que el malvado arrojo su aliento sobre la piedra que Tume Arandu usaba como espejo maldiciéndolo para siempre. Un lugar más en este departamento Cordillera sembrado de misterios.



#### El ykua bolaños, fuente de amor.

Cordillera del Yvyturusu. Desde Villarrica, capital del departamento del Guairá, nos movemos hacia Caazapá, capital del departamento del mismo nombre. Es esta la única ruta en buen estado para acceder a la ciudad del Ykua Bolaños. Aislada en el centro de Región Oriental, Caazapá sufre ese abandono, pero a pesar de todo sus habitantes trabajan para avanzar, y lo hacen con la misma fe con que fray Luis Bolaños hizo correr aquella piedra para que brotara el agua. Cuentan que ya tienen universidades y están orgullosos de recibir alumnos de otros pueblos en esas aulas.

Las únicas calles asfaltadas de Caazapá conducen a quizás el único lugar que los viajeros visitan de esta ciudad: el Ykua Bolaños, fuente del amor, ykua milagroso...

A pie recorrimos el camino, saludando a nuestro paso a los vecinos, costumbre que en el interior de nuestro país, y sobre todo en pueblos como Caazapá, por suerte no se ha perdido. La señalización indica que el camino nos conduce al ykua y al polideportivo de la ciudad. Efectivamente al llegar al sitio lo primero que aparece ante nuestra vista es una gran construcción: el polideportivo.

Es domingo y aquí hay preparativos de fiesta.

En el amplio salón, al cual nos asomamos para saludar a las pocas personas que allí están, las mesas están ubicadas y preparadas con mantelería y cubiertos. Preguntamos por el sitio exacto de ubicación del ykua y un joven nos indica que bajemos por el sendero.

A escasos cien metros del salón, está el célebre Ykua Bolaños, ahora frente a nuestros ojos. Claro, lo hemos visto en fotografías, pero no es lo mismo. Estar ante el surgente milagroso es otra cosa. Exuberante es la vegetación en derredor al lugar. Un sobre-relieve enmarca el surgente recordándonos la imagen del fraile.

En el breve camino recorrido conocemos a una amable persona, se trata de la señora Ofelia

Núñez de González (60) pobladora de la compañía San Miguel. Ella nos explica que esta comunidad queda en el camino de Caazapá hacia Iturbe. Nos cuenta de su chacra, los animales, la huerta, la caña y el maíz que planta su esposo... Nos cuenta que la fiesta de hoy en el polideportivo es para celebrar la ordenación de un tal Sánchez, caazapeño él, como diácono... Nos cuenta de su niñez. Como era esto antes: "Cuando yo era niña, el surgente arrojaba más cantidad de agua y aquí se formaba como una pileta natural de piedras. Ahora han arreglado y adornado. Todo esto no era así. Había un yuyal bastante cerrado. Y allá abajo se formaba un arroyo más grande donde veníamos a lavar la ropa en época de seca. Hubiesen visto en Semana Santa, la cantidad de gente que llegó hasta aquí. Vienen con cortaplumas y se llevan pedacitos de la cruz. Esa cruz chiquita que ven ahí, en Semana Santa era enorme. Ahora quedan pedacitos. La gente se lleva los pedazos de madera para hacer amuletos o crucifijos porque dicen que eso va a hacer que su amado o su amada nunca los abandone sobre todo si viajan mucho. También vienen a tomar el agua del mismo vaso porque se dice que si hacen así nunca se van a separar".

Una mariposa de un azul tornasolado y refulgente llega hasta la naciente y se detiene sobre el agua como si fuera una flor. Liba de las aguas. Quizá esté enamorada...



#### Los dominios primeros de la raza pombero

Tierra de los Akahendy, Carapeguá nos recibe con sus vastas llanuras despojadas de grandes árboles. Matorrales por doquier en el camino a las "tierras bajas". ¡Cuántas veces la Ruta Nº 1 ha visto interrumpirse el tránsito por las aguas de las lluvias en esta localidad! Nosotros mismos nos hemos quedado durante alguna jornada esperando que las aguas bajen para poder cruzar. Algunos aventureros se han lanzado con su vehículo y han sido arrastrados con diferente suerte.

Podemos imaginarnos a aquellos seres "carape", andrajosos mimetizados en esos matorrales que ante nuestros ojos se multiplican hasta el horizonte. Sus lúbricos juegos con inocentes jóvenes a las que, una vez secuestradas mediante hechizos, sometían en el afán de mejorar su raza. Imaginamos la furia de aquel padre que incendió los campos y creyó haber exterminado a los pombéro. Imaginamos a ese mismo padre viendo morir en sus brazos a su amada hija. Lo imaginamos muriendo de pena. Tierras grises, estas de Carapeguá. Tierras de las que poco se puede decir. ¡Tan poco! Tierras que, aún en esa adversidad, sus pobladores actuales han sabido trabajar para hacer de sus vidas algo digno de respeto.



#### Kurusu bartolo, la cruz de la lluvia.

Los datos que los libros nos han proporcionado para llegar hasta el sitio exacto donde reposa la Cruz del pai Bartolo son ciertamente confusos. Confiados en que podremos llegar hasta allí con la ayuda de los pobladores, nos lanzamos a la aventura. Pasope, Puente Liberal, el camino hacia Rosado y otros puntos de referencia son nuestra guía.

Llegamos a Villarrica del Espíritu Santo una mañana fría con cielo despejado.

Parece que ha llovido durante la noche.

En el horizonte, la Cordillera del Yvyturusu.

Idas y vueltas en las conversaciones con los gua'i. No logramos ubicar hacia dónde exactamente debemos dirigirnos. Al fin, con la colaboración de los taxistas de la terminal de ómnibus llegamos a un punto más o menos coherente entre tantas elucubraciones. Algunos de los datos librescos que traemos son errados. Otros apuntan hacia donde dicen debemos encontrar el Kurusu Bartolo.

#### Camino a Rosado.

Marchamos hacia Itapé, donde según nos cuentan existe una imagen de la Virgen muy venerada. Avanzamos hacia las orillas de Villarrica. Tomamos el camino principal por Loma Hovy. Cruzamos el punte sobre el arroyo Guarapó. Apenas un kilómetro hemos andado y nos introducimos —con la ayuda de los vecinos del lugar— en el camino que va hacia la Compañía Espinillo. Buscamos ahora a la familia Portillo que, según afirman algunos, custodia la Cruz. El camino, antes enripiado, ahora se nos muestra arcilloso. Resbalamos frecuentemente. La cordillera sigue allí, frente a nuestros pasos, omnipresente en nuestro recorrido. Cerca de dos kilómetros hemos andado cuando nos detenemos frente a una construcción en forma de rancho. Típica casa campesina: galería abierta en el centro y habitaciones en los extremos. Atravesamos el patio y saludamos a la familia. Una pareja joven y una señora mayor nos reciben. Ella es Damiana Maidana de Portillo y nos invita a pasar para ver la cruz. ¡La hemos encontrado!

Entramos al dormitorio. Dos camitas, un ropero, y el altar donde se erige la cruz: Kurusu Bartolo. Al pie arden las velas. Imágenes de santos junto al símbolo de la cristiandad. La sencillez del campesino acompaña los días de la cruz en estos sitios apartados del ruido mundano. La charla sobre la milagrosa cruz es amena y entretenida. Nos habla la señora Damiana de los tiempos de antes, de cuando en procesión se llevaba a la cruz a dar un baño en el arroyo, cerquita, aquí a dos kilómetros más o menos. El arroyo Bartolo, donde muriera aquel trajinador pai del siglo pasado. Nos cuenta la señora de la existencia de otra cruz. Esta es la más chica –tendrá dos metros de altura– la otra es mayor. Las dos se hicieron con la madera de la cruz original. En la cerrazón de los años se pierde la historia por la cual de una se hicieron dos cruces.

La segunda cruz está en la casa de José Barúa, nos dice la gente de Espinillo.

Volvemos a salir al camino que lleva a Itapé, avanzamos. Pasamos el desvío a Rosado unos quinientos metros más o menos y después de una curva a la izquierda nos detenemos en la casa de José Barúa. Allí, en la galería de entrada, está la otra cruz. Debe tener casi tres metros de altura, y también un pequeño altar la acoge. No hay velas aquí. Don José no se encuentra en casa. Nos atiende amablemente su hija. Documentamos fotográficamente el lugar y volvemos. Seguiremos buscando los lugares de nuestras leyendas. Seguiremos adelante en este camino.



#### Laguna sirena, misterios varios.

Dos veces tuvimos que viajar hasta Itacurubí de la Cordillera para llegar a ver con nuestros propios ojos la famosa Laguna Sirena. La dificultad a superar consistía en lograr el permiso para entrar en propiedad privada. En la primera oportunidad llegamos hasta el lugar: Compañía Loma Medina, en domingo. Craso error. Toda la gente de la Estancia Buenaventura estaba en las cuadreras. ¿A quién pedir la autorización para superar las

tranqueras? Decidimos, entonces, ir nosotros también a las carreras y conocer a la gente del lugar. Hablar, si hubiere oportunidad, de la Laguna Sirena y escuchar lo que se dice al respecto. Andrés Emilce Medina (34) poblador de la comunidad cuenta que la laguna es muy, muy profunda. Cuenta también que cuando se tira una liñada hacia el centro mismo, producto de la profundidad, cae nuevamente a los pies del que pesca. Cuenta que al tirar una piedra con honda, la piedra detiene su camino y cae en el centro producto de alguna atracción extraña. Cuenta que las aguas arriban rápidamente. "Mi tío –dice– fue una vez con un amigo y las aguas arribaron tan rápido que tuvo que pasar la noche prendido a lo alto de un tacuaral hasta que lo rescataron". Cosas mágicas contadas durante las cuadreras.

Al caer la tarde, sin posibilidad de visitar el extraño lugar, prometemos volver y emprendemos el camino de regreso.

Días más tarde volvemos al camino enripiado que conduce a la tranquera de la Estancia Buenaventura, conocida en Itacurubí como "Estancia Maggi". El patrón no está pero nos franquean la entrada. Hay que esperar que vuelva de Coronel Oviedo. Lo hacemos pacientemente. Los peones y capataces se reúnen en rueda y hablan sobre "la Sirena". El póra, el moñái, el pombéro aparecen en sus relatos. Antes, dicen que había sirenas allí. La laguna está íntegramente en la propiedad de la estancia. Queda como a dos kilómetros de acá, dicen. Nadie se aventura a nadar en esas aguas. Hace un tiempo había una canoa que algunos peones habían llevado hasta allí pero ya no está más. ¿Quién sabe qué habrá sido de ella?

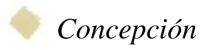
Don Carlos Santos Maggi Rolón, bisnieto del antiguo propietario don Buenaventura Rolón está ahora con nosotros. él en persona nos conduce hasta la laguna. Pregunta sobre nuestro trabajo. Se interesa. Pocos árboles en el camino. Un campo lleno de chircas. Las huellas desdibujadas por el pasto. Avistamos un montecito. Ahí está la laguna. La prolongada sequía hace inimaginable la presencia de agua por aquí. El pasto y las chircas semisecas no dan aviso de agua. Bajamos del vehículo en el que nos transportara don Carlos hasta allí. Entramos en el bosquecito y allí, en el medio... ¡la laguna Sirena! Una extensión de agua relativamente pequeña. Don Carlos se adelanta y hunde, al borde mismo de la laguna, una larguísima vara. No hay fondo, dice. Se cuenta que aquí tiraron carretadas de oro en otro tiempo y de ahí proceden todos los misterios. La vegetación es enmarañada alrededor del espejo de agua. El agua es turbia. El viento apenas riza el estanque. Mi bisabuelo incluso inició algunos trabajos para desaguar la laguna. Misión imposible. Es demasiado profunda. Abandonaron la tarea, pero quedó una zanja, vamos a ver, dice don Carlos. Rodeamos el bosque y entramos por otro sendero. Cerca de aquí está el arroyo Yhaguy. Nos metemos en el bosquecito y después de varios arañazos de ramas y lianas encontramos la zanja que fue excavada hace tantos años para desaguar la laguna. La zanja nos guía hacia el arroyo. Está más cerca de lo que imaginábamos. Cuando hay creciente, el arroyo y la laguna se unen. El agua llega hasta acá, dice un peón, señalando una altura superior a su cabeza. Lo miramos incrédulos pero los demás afirman lo mismo. Llegamos al arroyo, Corre como si no estuviera pasando cerca del misterio, o tal vez corre por eso mismo. Como si nada lo uniera a tantas historias de miedo, a veces pasa impertérrito y otras huye alocado. Una hectárea a lo sumo es la superficie de la laguna, tal vez un poco más. Aquí se pesca de todo, salen hasta surubí. Tarariras es lo que más hay, cuentan los peones que parecen tener más ganas de irse que de quedarse.

Volvemos. Salimos del bosque. Desandamos el camino ya hecho perdiendo de vez en cuando las huellas. Nos estrechamos las manos y prometemos volver de visita en cualquier momento.



#### La casa del dr. francia no es la original

Barrio Trinidad: sobre la calle Sacramento unas dos cuadras después del edificio central del IPS (Instituto de Previsión Social) buscamos la casa que fuera del Dr. Francia. La famosa Quinta de Yvyraí, tan citada en las páginas de Yo El Supremo, la novela histórica de nuestro insigne Augusto Roa Bastos. "La casa quedó dentro de la fábrica de Whaldreen", nos dice un vecino. Nos encaminamos hacia la fábrica de Whaldreen, muy cerca de allí. En el portón, una caseta y en ella un guardia de seguridad. Parece ser que allí se recibe la correspondencia y se habilita o no la entrada de los vehículos. Preguntamos al guardia por la casa. Nos confirma que sí, la casa del Dr. Francia está allí, detrás de un inmenso galpón (la fábrica). ¿Se puede verla?, inquirimos. "Deben solicitar autorización en la tienda, sobre la avenida". La tienda es el conocido Cemento Shopping. Entramos. Luego de varias consultas telefónicas la respuesta es "Deben presentar una nota". No nos desanimamos. Decidimos consultar con el Dr. Pussineri, director de la Casa de la Independencia. Amablemente nos atiende en su despacho. Nuestras preguntas se orientan hacia la casa que está en el interior del Cemento Shopping. "Esa no es la casa original del Dr. Francia. Yo he visto el título de propiedad, data de 1842, y el Dr. Francia ya había fallecido. El lugar sí es ese. Allí estaba la casa original y parece que la casa que quedó es una copia o por lo menos es muy similar a la que habitó en el mismo lugar El Supremo". La incógnita queda develada. La casa no es la original. De todas formas, nuestra curiosidad nos lleva a presentar la nota y probar suerte. Queremos una foto de la casa. Queremos verla, aunque sea exteriormente, pero hasta ahora no nos ha sido posible.



#### La venerada kurusu isabel

El punto más lejano de nuestro recorrido, previamente planificado, es Concepción. Partimos de Coronel Oviedo abordando un ómnibus que nos llevará a través de la Ruta Nº 3 hasta Yby Yaú y luego por la Ruta Nº 5 hasta Concepción. Llegamos a la ciudad norteña a las dos de la madrugada. La fría noche nos muestra una ciudad quieta, silenciosa... En sus calles no hay un alma. Por suerte un hospedaje ha puesto guardias que esperan a los pasajeros de esta hora. Luego de un breve descanso -nos levantamos a las seis- nos disponemos a afrontar el día trabajando para llegar hasta Kurusu Isabel. ¡Estamos de suerte! Víctor González, el sereno del Hospedaje El Ciclón, es originario de la zona donde se encuentra Kurusu Isabel. Conoce bien el lugar y nos acompaña en nuestra caminata hasta el mercado de Concepción en busca de transporte para llegar hasta allí. La leyenda ya está escrita. Lo hemos hecho con la ayuda de la bibliografía existente, pero ahora nos enteramos que Rosa Isabel Sanabria (o Rosa Ysabel Sanauria) murió de sed. Sabemos que no tenía hija alguna. Sabemos también por los datos que recogemos que murió durante el regreso de las Residentas y no durante la ida hacia Cerro Corá. Los datos que hemos utilizado para construir la versión literaria de la leyenda no coinciden con los que comenzamos a recoger en Concepción. Se ve que los autores de los libros que hemos consultado no han estado en este lugar corroborando los datos. ¿Quién sabe desde cuándo se vienen citando un libro sobre otro para que el error parezca hoy más real que la realidad misma?

Sobre la marcha resolvemos dejar nuestra leyenda como está, pero hacer constar los datos

reales en estas crónicas. El lector entonces podrá cotejar las dos "realidades".

Nos despedimos de Víctor González -el también tiene que descansar- y a las ocho en punto nos ponemos en marcha buscando el camino hacia Kurusu Isabel. Hay que recorrer la calle Pdte. Franco hasta la ruta, allí continuar un kilómetro y tomar el desvío que nace junto al Club Hípico que está frente al Regimiento Acaverá. No nos lo han dicho pero para llegar a la ruta, desde el mercado hay unas diez cuadras. Ya en la ruta dejamos atrás el cementerio y luego aparece el regimiento, todo a nuestra derecha, un poco más allá de la puerta principal del regimiento, y a la izquierda aparece el Club Hípico y allí un desvío en forma de "Y". La calle es enripiada y por ella transitan principalmente motos, bicicletas y carretas. Gran cantidad de carretas tiradas por bueyes. Son los campesinos que llevan sus productos al mercado de la ciudad. Ida y vuelta de carretas. En la primera parte del camino nos encontramos con una gran abundancia de loros. Por ello bromeamos acerca de llamar al camino con el nombre de Tape Gua'a, pero avanzando un poco nos encontramos con una gran cantidad de cuervos. Entonces, para nosotros se transforma en Tape Cuervo. Un poco más y alcanzamos la Compañía Santa Rosa. La gran mayoría de las casas se ubican, quién sabe por qué extraño capricho, sobre la vereda izquierda. El caserío, se extiende durante varios kilómetros, parece terminar cuando llegamos a la escuela pero continúa y un poco más allá, sobre la vereda derecha, en una arribada aparece ante nosotros un templete con techo de tejas a dos aguas y paredes pintadas de amarillo. Una pequeña cruz de hierro en la cumbrera del frente nos avisa que hemos llegado.

Las puertas están abiertas.

Ingresamos al recinto llenos de expectativas.

Una hilera de sencillos bancos de madera nos cuentan que allí se reúne la gente a rezar. Funciona como oratorio el templete. Guirnaldas de papel descoloridas por el tiempo, que alguna vez habrán sido azules y rojas, cuelgan de un extremo a otro del recinto. Frente a los bancos una mesa alta también de madera y detrás de ella una puerta de rejas de doble hoja cerrada con candado. Tras las rejas se observa un altar vestido con mantel de encaje blanco y sobre él floreros, crucifijos y candelabros. En el rincón de este segmento cerrado que está iluminado por dos ventanas, se encuentran más de una decena de cruces de diferentes tamaños todas "vestidas" de blanco. Al volver a salir nos percatamos de que junto a la puerta de entrada de un lado hay una pequeña mesa y del otro tres cántaros tapados con platos de hojalata y sobre ellos, jarritos para beber. Los destapamos y encontramos que los cántaros están vacíos y los jarritos llenos de polvo. Hace mucho que nadie deja agua para los viajeros sedientos que, como Rosa Isabel Sanabria, pasan por este lugar. Campos desolados en aquel norte recorrido. Tierra reseca en este Trópico de Capricornio donde estamos parados. Montes huraños avanzan con la mirada oblicua sobre los caminantes y un sol despiadado que aún con las baja temperatura invernal de esta jornada nos obliga a andar casi en cueros.

Rosa Isabel Sanabria. La joven quinceañera que no soportó la caminata de las Residentas y murió de sed no sabía que su nombre y su cruz se convertirían en leyenda. Los vecinos no han sabido o no han querido responder a nuestras preguntas. Tal vez haya algunos otros misterios que descubrir en Kurusu Isabel... Nosotros no pudimos desentrañarlos.



#### El lugar de la creación

La colina donde hoy se alza la iglesia principal de Areguá, es la misma en la que apoyaron las plantas Tupã y Arasy. Desde allí crearon todas las cosas del mundo. Cuando el lago aún no era lago. Con su tierra Tupã amasó la materia de lo que sería el primer hombre y la primer mujer. Con su tierra los artesanos aregüeños amasan el barro para sus cántaros y sus

figuras de cerámica rústica. En su tierra crecen con fuerza sin igual los frutillares. Tierra elegida desde un principio. Destinada a los dioses y a los hombres. Desde sus alturas los viajeros divisaban la esplendorosa Mbaeveraguasu.

Suenan las campanas de la iglesia y las gentes suben la colina para escuchar la palabra de Dios. Desde Asunción podemos llegar a esta localidad por tres caminos, el que va desde Luque, el que accede directamente a la colina por un desvío de la Ruta Nº 2 unos kilómetros antes de Itauguá y el que pasa por Ypacaraí y Patiño.

Suenan las campanas de la iglesia y su llamado se hunde en las profundidades de las aguas del lago atrayendo a los peces y enriqueciendo la pesca. Suenan las campanas y el barro cuaja más fuerte bajo la protección de la música divina. Areguá es mágica. Ella es la puerta a los mitos de nuestra tierra, de nuestros antepasados... Desde sus calles, pero sobre todo desde su colina todo se presenta con mayor naturalidad para el interesado en conocer los relatos fantásticos de la raza.

Areguá, puerta de entrada.

Ella sabe que en el lecho de ese lago joven está la más hermosa de las ciudades que se haya construido en estas tierras. La construyó un atlante y la llamaban Mbaeveraguasu.

Areguá guarda los secretos de la música que en la resplandeciente sonaba.

Areguá vió y vivió el desborde alocado del Tupãykua.

Los árboles de Areguá vieron pasar la belleza de Porãsy, la fuerza de Tupinamba, la sabiduría de Tume Arandu, la bondad de Marangatu.

La hierba de la colina sirvió de lecho al primer encuentro amoroso de Rupave y Sypave, los padres primeros. Allí fueron engendrados Japeusa y Guarasyáva que tan distintos destinos tendrían. El uno trágico, la otra glorioso.

Areguá es la cuna, para qué decir más.



#### El lago Ypacarai

Conocido en todo el mundo por la famosa canción que lo nombra, el Lago Ypacaraí es, a esta altura, símbolo del Paraguay. Ese enorme espejo de agua situado entre Areguá, San Bernardino e Ypacaraí posee una historia muy particular. Se cuenta que sus aguas bravías fueron "amansadas" por la bendición de fray Luis Bolaños. Que antes de eso los surgentes se derramaban con gran fuerza aumentando el volumen de sus aguas constantemente con el peligro de hacer desaparecer las poblaciones de su alrededor. La leyenda dice que el lago se formó por voluntad de Tupã que no permitiría que los karaiete conocieran la bellísima ciudad llamada Mbaeveraguasu que se levantaba en aquel valle.

Hoy en día el lago no es tan azul como dice la canción, sus aguas están contaminadas. Numerosos balnearios y playas privadas le dan vida y se la quitan en un sólo acto. Le dan vida con sus movimientos, sus colores, sus construcciones. Se la quitan arrojando sus desperdicios en las aguas.

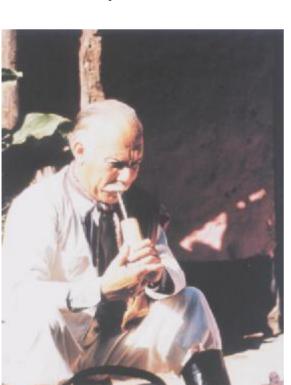
Los paseos en barco son, a pesar de todo, algo maravilloso. La sensación de estar en un pequeño mar, la visión de las costas. Tener la oportunidad de disfrutar de la fresca brisa que recorre la superficie de las aguas enroscando sus dedos en las olas pequeñas.

### Herencia guaraní

La influencia de los guaraníes sobre otros indígenas y sobre los propios conquistadores fue enorme y sigue hasta el presente.



Hoy, hablan guaraní cinco millones de criollos del Paraguay, el Brasil y las provincias argentinas de Misiones, Corrientes y Formosa. Además, en muchas partes de la región pampeana, palabras de esa lengua denominan a grupos indígenas, lugares, animales y plantas locales; son los nombres que les daban los guias guaraníes que participaron en la Conquista española durante el siglo XVI, o los mestizos llegados desde el Paraguay con Juan de Garay, fundador de Santa Fe y de la segunda Buenos Aires. Muchas de esas palabras no tienen equivalentes en castellano.



Otra herencia guaraní es el famoso *che*, que -aunque también se usa en el Paraguay y parte del Uruguay-identifica inmediatamente a los argentinos en el exterior. Significa *yo* o *mi*, y su sentido actual proviene de una mezcla de castellano y guaraní: "Hola, *che* amigo", por ejemplo, significa "Hola, *mi* amigo"; pero luego, por abreviatura, quedo "Hola, *che"*. La población criolla de partes de la Argentina, Para guay y Brasil consume de diferentes formas la mandioca dulce, y con su harina se preparan varias comidas típicas de origen guaraní, entre ellas el *mbery* -especie de torta frita- y el *chipá*, un bollito que en los últimos años se ha popularizado en grandes ciudades como Buenos Aires.

Pero en materia de alimentación, lo mas notable es la costumbre guaraní de tomar mate, que se arraigó especialmente entre los criollos del Paraguay, del sur de Brasil, del Uruguay y de la Argentina; en grupos indígenas chaquenses, pampeanos y patagónicos, y luego en los inmigrantes europeos. La *caá* o yerba mate crecía naturalmente y los guaraníes bebían su infusión fría en calabazas, por medio de cañitas acabadas en un filtro de fibra vegetal. Al principio, los jesuitas pensaron que era una "bebida del Demonio" pero pronto advirtieron sus ventajas, comenzaron a cultivarla y se convirtieron en sus grandes divulgadores.

Tomar mate, una costumbre diaria de gran parte de la población sudamericana, fue un invento guaraní. Los criollos del Paraguay y del Nordeste argentino creen en el poder de amuletos y hechizos llamados *payé* por su relación con la magia guaraní, aunque pueden incluir elementos europeos y figuras de santos católicos (se dice que está *empayesado* quien se supone que está embrujado). A estos *payés* se les atribuye poder de proteger a su dueño o de causar maleficios. Las plumas de caburé son famosas como talismán para conquistas amorosas (pues dicen que esa pequeña ave rapaz atrae con la mirada a los pájaros, para comérselos). Por eso se venden en negocios especializados.



Catherré-4
Pájans Cattilvero de Podes Marrénes

Atras con se subblido carecterístico a la mia variada camidad de priparos, elegantilo la presa de su agrado, lo hiprotica y con se alerno carruendose, abuyenta a las formits.

De ahi es que existe la croencia de quièn posee una de sin plumas ese poder es transmittifica

#### PALABRAS GUARANÍES DEL HABLA CRIOLLA

Topónimos: *Iguazú* ("Río Grande"), *Oberá* ("Resplandeciente"), *Paraná* ("Pariente del mar"), *Uruguay* ("Río de los caracoles de agua"); también *Ibera, Itatí, Paraguay, Yapeyú*, etc.

Animales: aguará-guazú (un carnívoro pariente de los zorros), caí (un mono), coatí, yaguareté (jaguar), tatú (un armadillo), yacaré, yarará (una víbora), piraña y surubí (dos peces), inambú (perdiz), ñandú, tucán, tuyú (cigüeña), chogüí y urutaú (otras aves), etc.

Plantas: *ambay* (yuyo medicinal), *ananá*, *caranda* (una palma), *caraguatá* (pita), *irupé* (planta acuática), *isipó* (bejuco), etc.

Otros: *cuñá* (mujer), *gurí* (niño), *tanga* (pequeño taparrabos de las mujeres de algunas tribus), *maraca* (sonajero), *caracú* (tuétano), *guaraná* (una bebida refrescante), *tereré* (mate frío), etc.

Grupos indígenas: *guaykurú* ("salvajes", son pueblos del Chaco), *toba* ("frentones", pueblo chaquense), *querandí* ("los de la grasa", por la costumbre de los indígenas pampeanos de comer grasa).

Entre los criollos quedaron también creencias guaraníes. La selva, con sus misterios, siempre fue un lugar propicio para leyendas de apariciones y fantasmas. Con los malignos *añás* o demonios aborígenes se mezcló la creencia europea de las *almas en pena*, y se produjo un riquísimo folklore de personajes maravillosos como *Yacy Yateré* (secuestrador de ni-

ños y seductor de muchachas), *Caá-Porá* (protector de la fauna), *Cu-rupí* (que ataca a las mujeres), *Teyú-Yaguá* (con aspecto de yacaré), Pí-*rá-Ñu* (pez que vuelca las canoas) y muchos más.



Máscara
chiriguano-chané.
Muchas de estas
artesanías se
convierten en adornos
de las casas urbanas,
donde a veces
se desconoce
su origen guaraní.

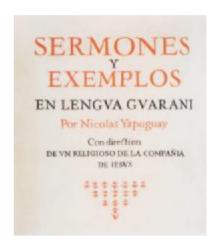
# Para estudiar a los guaraníes

Arqueólogos, historiadores y antropólogos sociales suman esfuerzos para conocer a este pueblo y su historia.



No fueron muchos los cronistas de la Conquista que se ocuparon de registrar los usos y costumbres de los guaraníes. En el siglo XVI, Ulrico Schmidl -un soldado alemán que llegó al Río de la Plata en 1536, con Pedro de Mendoza- participó en la fundación de Buenos Aires y luego viajó con Irala por el Paraguay; tiempo después, escribió un libro donde relataba sus viajes y sus aventuras en tierras guaraníes. Otro alemán, Hans Staden, describió su vida entre los tupíguaraníes, de quienes fue prisionero. Y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, primer europeo que vio las cataratas del Iguazú, también dejó escritas sus impresiones sobre este pueblo.

Para los siglos XVII y XVIII, los historiadores cuentan con mayor información, porque los jesuitas describieron minuciosamente la vida cotidiana en las Misiones y también las actividades de los *payés* que luchaban contra ellos. Estos datos figuran en sus *Cartas Annuas* -informes anuales de los misioneros a sus autoridades- y en relatos como el del padre Antonio Sepp sobre su vida en Yapeyú. Por su parte, el padre Antonio Ruiz, de Montoya registró en su *Tesoro de la lengua Guaraní* el vocabulario y la gramática de ese idioma.



Los jesuitas conservaron hasta sermones de guaraníes cristianizados, como Nicolás Yapuguay. Este libro se imprimió en la imprenta de la Misión de Loreto.

Los arqueólogos, a punto de desenterrar una urna funeraria, es decir, una gran vasija usada para sepultar un cadáver.



En el siglo XX, unos pocos antropólogos vivieron en las *tekoas* y fueron admitidos en los rituales secretos, como el alemán Kurt Unkel (que recibió el nombre de *Nimuendajú* y se quedó a vivir para siempre con un grupo guaraní) y el paraguayo León Cadogan. Así conocieron íntimamente y nos transmitieron tradiciones orales, cantos religiosos, cuentos, oraciones mágicas y cantos infantiles.

Los estudios arqueológicos han conseguido reconstruir la dirección y el sentido de las migraciones guaraníes. En el húmedo ambiente selvático, pocos restos logran preservarse, pero los arqueólogos reconocen la presencia guaraní en las vasijas o trozos de cerámica de diseños característicos. Además, cuantío encuentran algunos trocitos de materiales orgánicos entre los restos de antiguos fogones, pueden analizarlos con el método del Carbono 14 y así conocer su antigüedad.

Ava llegados para la Exposición Rural de Buenos Aires, en 1924. En **aquellos** tiempos, era común la presencia de i**ndígenas** en ciertas muestras, como **elemento** exótico.





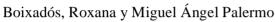
"Cainguás"
(mbyás de
Misiones),
en una foto
tomada
alrededor
de 1920.

## Gente que se ocupa de los guaraníes

Barreiro-Saguier, Rubén y Jean-Paul Duviols [eds.)

Tentación de la Utopía. La República de los Jesuitas en el Paraguay.

BARCELONA, TUSQUETS EDITORES, BIBLIOTECA DEL NUEVO MUNDO, 1992.



Los Guaraníes.

BUENOS AIRES, LIBROS DEL QUIRQUINCHO. 1991.

Cadogan, León y Á. López Austin

La literatura de los guaraníes. MÉXICO, EDITORIAL JOAQUIN MORTIZ, 1970.

Carbonell de Masy, Rafael

Estrategias de desarrollo rural en los pueblos guaraníes (1609-1767). MADRID. ANTONIO BOSCH EDITOR. 1993.

Gálvez, Lucía

Guaraníes y jesuitas. De la Tierra sin Mal al Paraíso. BUENOS AIRES, SUDAMERICANA, 1995.

Las Misiones Jesuíticas del Guayrá.

MANRIQUE ZAGO EDICIONES S.R.L. 1993

Roulet, Florencia

La Resistencia de los Guaraní del Paraguay a la conquista española (1537-1556).

POSADAS. EDITORIAL UNIVERSITARIA, LINIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES, 1993

Susnik, Branislava

Dispersión Tupí-guaraní prehistórica. ASUNCIÓN. MUSEO ETNOGRÁFICO ANDRÉS BARBERO, 1975.

Poblados. Viviendas. Manufactura utilitaria. ASUNCIÓN. MANUALES DEL MUSEO ETNOGRÁFICO ANDRÉS BARBERO. 1996.



"El verdadero Padre Ñamandú, el Primero, do una pequeña porción do su propia divinidad, do la sabiduría contenida en su propia divinidad, [...] concibió el origen del lenguaje humano [...] e hizo que formara parto de su propia divinidad. Antes de existir la Tierra, en medio de las tinieblas primigenias, antes de tenerse conocimiento de las cosas [...]. Habiendo concebido el origen del futuro lenguaje

[...] concibió el fundamento del amor al prójimo ."

Canto mbyá "El fundamento del lenguaje humano", en L. Cadogan y A. López Austin, La literatura de los guaraníes, México, J. Mortiz, 1970.

"¡Nuestro Padre Namandú Verdadero, el Primero!
Por tu inmensa morada terrenal ya otra vez, en verdad, tus hijos, los Ñamandú Rekoé, se levantan al mismo tiempo que tu reflejo, el Sol.
Por eso, el fundamento del lenguaje humano, el fundamento de la alegría, viene derramando (el Sol).
[...] Gracias a esto, de aquello con que hemos de alimentarnos nos ocuparemos nuevamente.
Gracias a esto, en medio de las ciudades y pueblos de los extranjeros, hemos de andar rebuscándonos, para que aquéllos a quienes hicimos descender (hijos) tengan con qué alimentarse,

En consecuencia, a los extranjeros de buen corazón y que quieren demostrarlo hemos de encontrar. En consecuencia, sobras de sus comidas hacia nosotros acercarán."

De la "Oración a los Ñamandú Rekoé", en Lorenzo Ramos, Benito Ramos y Antonio Martinez, El canto resplandeciente. Ayvu rendy verá. Plegarias de los mbyáguaraní de Misiones, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1984.